

FACULTAD DE TEOLOGÍA PONTIFICIA Y CIVIL DE LIMA
ESCUELA DE TEOLOGÍA



**LA IGLESIA AL SERVICIO DE LA VERDAD EN JOSEPH
RATZINGER**

Disertación para obtener la Maestría en Teología
Dogmática

Presentado por: Roque Vásquez Ruiz

Asesor: Prof. DR. Gustavo Sánchez Rojas

Fecha de entrega: Noviembre – 2017

DEDICATORIA

A mis padres, que siempre me supieron inculcar la fe cristiana católica, tanto con su vida como con sus pequeños pero significativos conocimientos.

A mis amigos, maestros y compañeros de estudio, que siempre han estado pendientes de mis procesos académicos y de mi vida personal. Mostrándome su amor inquebrantable a “la Iglesia, servidora de la verdad”.

INTRODUCCIÓN

Iniciamos este trabajo considerando unas palabras de nuestro Señor Jesucristo, recogidas en el Evangelio según San Juan, quien estando en el pretorio fue interrogado por Pilato acerca de su realeza. Y es, entonces, cuando presenta el verdadero sentido de su potestad regia, que consiste fundamentalmente en servir a la verdad, tal como Él mismo lo expresa: «Sí, como dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18,37). Por tanto, podemos decir que el Verbo de Dios encarnado se distingue de los reyes terrenales por estar al servicio de la verdad, verdad que a Pilato le resulta desconocida y hasta desconcertante, por lo que se atreve a preguntar al Señor: «¿Qué es la verdad?» (Jn 18,38). El Señor responde con un silencio apabullante. Cristo se presenta como aquél que va a dar testimonio de la verdad, no como alguien distinto a la verdad, sino como la Verdad misma. Así lo manifestó a los Apóstoles en la última cena: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6). Cristo es la verdad, y al dar testimonio de la verdad es servidor de la verdad.

En virtud de Cristo la Iglesia, que es su cuerpo, se convierte en servidora de la verdad. Así lo entiende San Pablo: «El Dios de nuestro Señor Jesucristo [...] le constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo» (Ef 1,17.22-23; cf. 5,21-27; 1Co 11,3; 12,12-30); y añade el Apóstol: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo» (1Co 12,27). Por tanto, la Iglesia, al estar íntimamente unida a Cristo, llega a participar de esta verdad, y se constituye también en testigo de la verdad, y, por ende, en servidora de la verdad. Estas ideas, como veremos más adelante, son desarrolladas de una manera muy precisa por Joseph Ratzinger, «colaborador [servidor] de la verdad», tanto en su aporte teológico como en su testimonio de vida.

Ratzinger nació un sábado santo¹ en la localidad alemana de Markt am Inn, en el seno de una familia bávara de hondas raíces cristianas.

¹ «A mí me alegra mucho haber nacido ese día, en la vigilia de Pascua, cuando es ya inminente, pero aún no es, aún está escondida. Además, me parece que es muy bonito, porque en cierto modo indica lo que es mi propia visión de la historia y lo que es mi situación personal: estar a las puertas de la pascua, sin entrar todavía del todo en ella [...] A mí aún me emociona esa coincidencia de nacer a la misma hora en que la Iglesia preparaba el agua para los bautismos y el hecho de

Nuestro teólogo nos refiere que de sus padres no sólo aprendió a vivir de manera honesta y honrada, sino que aprendió a amar y a servir a Dios. También, conoció lo que significa vivir la pobreza y la sencillez de una familia aldeana. El contacto con la naturaleza le llevo a apreciar la belleza y la grandeza de la obra creadora de Dios y, por ende, de su Creador. Pero también le toco experimentar el dolor y el sufrimiento.

La infancia y adolescencia están marcados por el dolor y el sacrificio impuestos por el III Reich y el nacionalsocialismo. El niño y joven J. Ratzinger tocó con su mano esa terrible experiencia que fortalecería su espíritu y dejaría una huella imborrable, al igual que no se borraría jamás la sencillez de la vida en el pueblo, la presencia de la Iglesia, el domingo y los cantos, y la grandiosidad de lo pequeño que acrecentaba el amor a la verdad².

Ratzinger con ocasión de su Consagración (ahora diríamos ordenación episcopal): escogió el siguiente lema: «Colaborador de la Verdad». Él pondrá en ejercicio este lema en su primera tarea pastoral como Arzobispo de Munich y Frisinga. Misión, no obstante, que se prolongará a lo largo de toda su vida.

Como lema espiritual escogí dos palabras de la tercera epístola de San Juan: “colaborador de la verdad”, ante todo porque me parecía que podían representar bien la continuidad entre mi tarea anterior y el nuevo cargo; porque, con todas las diferencias que se quieran, se trataba y se trata siempre de lo mismo: seguir la verdad, ponerse a su servicio. Y desde el momento en que en el mundo de hoy el argumento “verdad” casi ha desaparecido porque parece demasiado grande para el hombre y, sin embargo, si no existe la verdad todo se hunde, este lema episcopal me pareció que era el que estaba más en línea con nuestro tiempo, el más moderno, en el sentido bueno del término³.

Ratzinger en su afán por servir a la verdad se ha destacado como uno de los más grandes teólogos y pensadores de los últimos tiempos, como demuestra su ingente labor docente y sus múltiples producciones literarias. Asimismo, podemos decir que su doctrina ha iluminado la vida de la Iglesia y la realidad de nuestro mundo contemporáneo tan profundamente hundido en el relativismo y alejado de la verdad. En este sentido, si nos preguntamos sobre cuáles han sido algunos de los temas más mencionados por nuestro teólogo, seguramente la respuesta más numerosa sería, con unas palabras u otras, «el servicio a la verdad». Efectivamente, la búsqueda y afirmación de la verdad han sido y es el empeño vital e intelectual del recorrido intelectual y doctrinal de Joseph Ratzinger, su permanente trabajo de requerir la ayuda de la razón humana para llegar a la verdad y, en consecuencia, su imperioso y valioso papel en el acto de fe y en la auténtica reflexión teológica le hacen un teólogo singular en los inicios del Tercer Milenio.

haber sido el primer bautizado con aquellas aguas bautismales recién bendecidas» (J. RATZINGER, *La sal de la Tierra : Quién es y cómo piensa Benedicto XVI*, Traducción de Carla Arregui Núñez, *Palabra*, Madrid 2006, 47).

² A.M. ROUCO VALERA, «Prólogo», J. RATZINGER, *Mi vida*, Traducción de Carlos d'Ors Führer, Encuentro, Madrid 2006, 6.

³ J. RATZINGER, *Mi vida*, 159.

Al iniciar mis estudios de teología empecé a interesarme también por otros temas de índole intelectual que me explicaran la situación de mi propia vida, pero, sobre todo, que me desvelaran el misterio de la verdad [...] Cuando uno empieza a estudiar teología, no es porque quiera aprender un oficio, sino para poder llegar a entender la fe, y eso –en palabras de San Agustín– presupone que la fe es verdad. La fe también abre el acceso a un recto conocimiento de la propia vida, del mundo y de los hombres⁴.

Estas ideas son muy bien corroboradas por su Eminencia y amigo el Papa San Juan Pablo II, a quien más tarde sucedería en el ministerio petrino, en una carta que dirigió al Cardenal Ratzinger con ocasión del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal:

Son horizontes que tú venerable hermano, has explorado: en Pedro destaca el principio de unidad; fundado en la solidísima fe del Príncipe de los Apóstoles; en Pablo, la exigencia intrínseca al Evangelio de llamar a todos los hombres y a todos los pueblos a la obediencia a la fe. Estas dos dimensiones, por lo demás, se conjugan en el común testimonio de santidad que ha cimentado la generosa dedicación de los Apóstoles en el servicio a la inmaculada esposa de Cristo [...] En esta óptica de fe deben ser vistos los brillantes estudios filosóficos y sobre todo teológicos que has realizado, así como tu precoz llamado a la labor docente en las más importantes universidades alemanas. El propósito que siempre te ha guiado en tus estudios y labores académicas está bellamente expresado en el lema que elegiste con ocasión de tu nombramiento episcopal: “*Cooperatores veritatis*”. El objetivo que has perseguido siempre, ya desde los primeros años de tu sacerdocio, ha sido el de servir a la Verdad, buscando conocerla cada vez más a fondo y que se ha cada vez más ampliamente conocida⁵.

Ratzinger nos hace ver con claridad que la falta de verdad o la crisis de verdad son una de las principales causas del mal en el mundo. Y, en consecuencia, esta crisis de verdad se manifiesta en el olvido a la verdad tanto de Dios, del hombre como del cosmos; que, desafortunadamente, han sido favorecidas por determinadas ideologías de turno, mediante lo que el entonces cardenal decano y hoy Papa emérito definiera como «dictadura del relativismo».

Además, tenemos los distintos fundamentalismos, ya sean religiosos o políticos que causan zozobra a la comunidad mundial. Por ello, nuestro teólogo reclamaba la urgencia que tiene el mundo actual de reencontrar una sólida fundamentación, tanto en la vida de las personas como en la entera sociedad civil, que garantice la dignidad de la persona humana y sus derechos inalienables. También, ha de garantizar un auténtico progreso y una verdadera convivencia de los pueblos desde la paz y la libertad. Según nuestro teólogo esto sólo es posible si se tiene a la verdad como fundamento de todo.

El trabajo intelectual de Joseph Ratzinger ayudará al hombre de nuestro tiempo, por un lado, a descubrir y conocer la verdad y, por otro, a saber dar un sentido último y definitivo a su existencia. Él mismo dirá

⁴ J. RATZINGER, *La sal de la tierra*, 65.

⁵ JUAN PABLO II, «Carta», J. RATZINGER, *Al servicio del Evangelio: Meditaciones sobre el sacerdocio en la Iglesia*, Vida y Espiritualidad, Lima 2003, 11-13.

que no hay «verdad sin caridad» ni «caridad sin verdad». Por tanto, señala que la caridad sin verdad sería ciega; la verdad sin caridad, sería como «bronce que resuena o címbalo que retiñe» (1Co 13,1b).

Vivimos en un mundo que, en cierto sentido, no sólo desconoce la verdad, sino que presume de ser ‘tolerante’, y, por ello, nos exige que aceptemos todo cuanto presenta o se propone como ‘verdadero’, llegando al extremo de dogmatizar el relativismo. Es, por eso, que estamos convencidos de que este tema, «la Iglesia al servicio de la verdad», es un tema de profunda actualidad e interés para todo hombre que se tome en serio su propia existencia.

La Iglesia en sí misma, servidora de la verdad, no es ajena a esta realidad, porque dentro de Ella se han infiltrado ciertas corrientes de pensamiento que son contrarias o, hasta cierto punto, divergentes de la verdad revelada. Este fenómeno, como lo veremos en el desarrollo de esta investigación, ha estado presente a lo largo de la historia, desde los inicios del cristianismo.

Por eso, afirmaba el Cardenal Ratzinger que hace falta en estos tiempos entender de un modo correcto la relación entre fe y razón.

Se trata, pues, de un problema antropológico: si religión y razón no aciertan a encontrar su justa relación, la vida espiritual del hombre se disgrega en un racionalismo chato y lleno de tecnicismos, por una parte, y, por otra, en un oscuro irracionalismo. La moda del esoterismo, a la que hoy asistimos, demuestra que los estratos más profundos del ser humano no pueden integrarse en el racionalismo positivista dominante, por lo cual, las formas atávicas de la superstición se apoderan nuevamente del hombre. El positivismo niega el conocimiento de la verdad del hombre y lo limita a lo factible y a lo experimental: triunfa lo irracional allí donde se sale del ámbito del ‘hacer’. El hombre, que aparentemente está totalmente liberado, deviene entonces esclavo de poderes impenetrables⁶.

Si dirigimos la mirada un poco más allá, podemos ver que el tema de la verdad ha sido siempre la inquietud más importante del hombre a lo largo de toda la historia. El hombre ha deseado conocer quién es, de dónde viene, a dónde va, cuál es el sentido de su existencia, el porqué de la muerte y la enfermedad, etc.; ha buscado conocer la verdad acerca de la existencia de Dios y del universo⁷. Por tanto, en el hombre siempre ha habido una inclinación natural a la verdad, ya sea en su dimensión temporal o eternal, secular o sacra. La verdad ha sido, metafóricamente hablando, la fruta más deseada, buscada, perseguida y nunca agotada, saciada o encontrada del todo o atrapada en los límites de la frágil razón humana. De esta manera, la verdad se ha convertido en una

⁶ J. RATZINGER, «Introducción». En: J.J. ESPINOSA (Dir.), *El don de la verdad: sobre la vocación eclesial del teólogo*, Traducción de Pedro Antonio Urbina, Palabra, Madrid 2005, 18-19.

⁷ «La fe tiene que ver con la verdad, y sólo si el hombre es capaz de conocer la verdad, se puede decir también que él está llamado a la libertad» (J. RATZINGER, «Introducción». En: J.J. ESPINOSA (Dir.), *El don de la verdad: sobre la vocación eclesial del teólogo*, 19).

tarea permanente a la que muchos pensadores, filósofos, poetas y científicos han invertido toda su vida y fortuna.

En los tiempos modernos se ha producido una fragmentación del saber que ha terminado por fragmentar al hombre, a la cultura y a la sociedad (familia y religión). Se han puesto a un lado los fundamentos de la realidad, para ocuparse de manera casi exclusiva de los fenómenos de la misma. Por tanto, esto hará que los hombres vivan con mucha superficialidad cualquier aspecto de su vida, ya sea privada o pública.

Por otro lado, consideramos que se han roto todos los límites y barreras que impedían que los hombres se atropellen y se lastimen mutuamente. Ahora casi todo está permitido, porque al parecer el hombre tiene derecho para todo y, al mismo tiempo, ha perdido sus derechos fundamentales. La vida humana, p. e., es valorada no desde sí misma, sino desde intereses secundarios: ¿es o no una carga para la familia, para la sociedad, para el Estado? Según esta valoración otros deciden si tenemos que seguir viviendo o no. Así, pues, asistimos a un mundo cada vez más ‘moderno’, más ‘civilizado’ y, paradójicamente, más ‘arcaico’, ‘inhumano’ y ‘salvaje’. Hoy se cometen no sólo muertes, fruto de las guerras o crimen organizado, sino genocidios que en épocas primitivas no sucedía. Uno de los casos, p. e., más lamentable es el aborto, cuando tiene una base ideológica eugenésica.

Por esta razón, consideramos que es de suma importancia, en el quehacer evangelizador de la Iglesia, introducir a todo bautizado en la búsqueda de la verdad; como nos dicen los Padres conciliares: «Todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo referente a Dios y a su Iglesia, y una vez conocida, a abrazarla y practicarla»⁸. También San Pablo nos recuerda: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2,4). Esto que acabamos de decir nos lleva a hacer una apreciación muy positiva de los Padres de la Iglesia, que ayudados por sus conocimientos previos hicieron accesible la verdad del Evangelio a los hombres de su tiempo y de todos los tiempos.

San Juan Pablo II decía en su Exhortación Apostólica Postsinodal *Familiaris Consortio*: «la Iglesia, siguiendo a Cristo, busca la verdad, que no siempre coincide con la opinión de la mayoría»⁹. Es, por tanto, la búsqueda de la verdad una tarea que siempre tendrá que ejercer la Iglesia, sabiendo que no contará con la aprobación de todos los hombres.

⁸ *Dignitatis Humanae*, 1. En: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. Edición bilingüe patrocinada por la Conferencia Episcopal Española. Presentada por Ángel Suquía Goicochea; Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1993. En adelante los documentos del Concilio Vaticano II se citaran de esta edición.

⁹ SS. JUAN PABLO II: Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* 5. En: Guía de lectura y estudio de Hernando Sebá López, Bogotá, San Pablo, 2009. En adelante citaremos FC.

Ratzinger, ciertamente, no ha elaborado un tratado acerca de la verdad desde un punto de vista sistemático. Sin embargo, en sus escritos el más grande interés ha sido conocer, amar y servir a la verdad. «No en vano, Juan Pablo II le dedicó en público este elogio que no es frecuente escuchar a un Papa, para referirse a alguien que todavía está en plenitud de funciones: infatigable buscador de la verdad»¹⁰.

Finalmente, hay que señalar que los aportes teológicos del cardenal Joseph Ratzinger se van a convertir para la Iglesia, en este Tercer Milenio, en una tarea, una responsabilidad y una misión. Sobre todo, considerando la crisis de verdad que la acosa diariamente so pretexto de que Ella debe estar más actualizada al modo de pensar de nuestra época.

¹⁰ J.L. RESTÁN, «Introducción», J. RATZINGER, *Ser cristiano en la era neopagana*, Edición e introducción de José Luis Restán, 2ª ed., Encuentro, Madrid 2006, 11-12.

PARTE I

PERSPECTIVA HISTÓRICA

En este apartado hacemos un breve recorrido histórico del concepto de verdad, tanto en su valor lingüístico como en su evolución y servicio por parte del hombre en todas las etapas de la historia. Este servicio a la verdad cómo búsqueda de la misma se ha dado en el campo de la filosofía y de la religión. Por eso, presentamos algunos aportes de la filosofía griega y de la mentalidad bíblica tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Además presentamos algunos aportes de los Padres de la Iglesia, de la Escolástica y también del pensamiento filosófico moderno.

CAPÍTULO I

APROXIMACIÓN LINGÜÍSTICA, FILOSÓFICA Y BÍBLICA

La Iglesia al servicio de la verdad encuentra el fundamento de su ministerio en la verdad revelada, a la que sirve con todas sus fuerzas. Por esta razón, haremos un breve recorrido histórico por la Sagrada Escritura, indicando brevemente la terminología y el valor teológico del servicio a la verdad. Pero, además haremos, en primer lugar, una breve aproximación lingüística y teórica a la noción de verdad, tal como aparece en el pensamiento filosófico griego.

En este apartado podemos ver, cómo los hombres desde tiempos muy antiguos, han buscado la verdad y se han consagrado a su servicio, invirtiendo en ello toda su vida, confort y fortuna, cuando han atisbado su presencia. La riqueza del desarrollo del pensamiento desde sus más remotos inicios en el mundo griego son de vital importancia para el desarrollo de nuestro trabajo; tal como ha sucedido con nuestra fe cristiana en su desarrollo doctrinal y teológico¹¹.

1. Pensamiento filosófico griego

1.1 *El concepto de verdad*

El pensamiento filosófico griego nos aporta los elementos más fundamentales para comprender con detalle el concepto de verdad y el servicio que los hombres le han prestado a lo largo de la historia. Por esta razón, nos interesa ver su significado etimológico y su comprensión conceptual. Veamos, pues, algunas aproximaciones:

El sustantivo *a-letheia*, derivado del verbo *lantháno*: estar escondido (¿con a privativa?), y usada ya por Homero, en el que aparece con un sentido irónico como *aletheie*, significa en su sentido original, y en traducción literal, la no-ocultación, y en formulación positiva la verdad. De él deriva el verbo

¹¹ «Para Ratzinger, la filosofía griega no llegó a ser revolucionaria; en el mejor de los casos fue evolucionaria a diferencia con el cristianismo que en su postura antimitológica fue radicalmente revolucionario [...] El encuentro entre pensamiento griego y fe bíblica –afirma Ratzinger– no se realizó recién con la antigua Iglesia sino que al interior del camino bíblico» (F. MIREs, *El pensamiento de Benedicto XVI (Joseph Ratzinger)*, LOM, Santiago 2006, 22).

aletheuo, usual desde los presocráticos, y que, referido a personas, significa ser verás o decir la verdad. Los adjetivos *alethés* (desde Homero) y *alethinós* (desde Heráclito) significan ambos verdad, pero *alethés* acentúa la justeza de una afirmación y *alethinós* la realidad de lo contenido en ella [...] El adverbio *alethós* (desde Esquilo) expresa, igualmente la verdad, realidad y veracidad de objetos y de personas: verdaderamente, realmente, en verdad¹².

Como podemos advertir la verdad tiene que ver con la realidad misma o la realidad que se desvela como evidente a nuestra razón. En este sentido, se nos dice que se trataría de una visión intelectualista de los griegos, la cual coincide en gran manera con la nuestra¹³, porque nosotros, me refiero a la realidad peruana y latina fundamentalmente, de alguna manera hemos heredado la mentalidad occidental. En este sentido, consideramos que es en el campo de la filosofía donde con mayor frecuencia se habla de la verdad.

En griego, verdad se dice *alétheia*. Se ha discutido mucho sobre esta palabra. La primera *alfa* es privativa; muchos han opinado que *lethos* tiene que ver con ocultar: *alétheia* sería el estado de no oculto, lo manifiesto, lo desvelado, lo des-cubierto. Con todo, no es seguro que sea éste el verdadero sentido de la palabra. El filólogo francés Benveniste sostiene que *lethos* tiene que ver con olvido. Según esto, la verdad es lo que se salva del olvido, lo que no cae en el pasado. Pues bien, aunque estas dos opiniones sobre el significado propiamente griego de *alétheia* son valiosas para la filosofía, la segunda tiene que ver en directo con la admiración. La verdad es lo que, al mantenerse en presencia, no se sume en el tiempo, y, por tanto, no cae en el olvido, porque no “pasa”, no se va. Lo característico del tiempo es que pasa: es fluyente e inestable [...] Pues bien, *alétheia* no es tiempo ni espacio, sino justamente el con-sistir, la unión consigo, aquello que no tiene nada que ver con el pasar ni con la distancia; por tanto, lo no susceptible de olvido. De esta manera, en su primera versión filosófica se asimila al descubrimiento de lo actual. Lo verdadero es lo siempre igual a sí mismo, no desgastado por el tiempo. La verdad es, por tanto, eterna en el modo de lo actual, en un presente propio (no congelado en el pasado); es, por tanto, lo que vale para todos. El paso de la historia no le afecta¹⁴.

De esta manera, podemos concluir diciendo que la historia de la filosofía ha sido considerada, con razón, como la historia de la búsqueda de la verdad¹⁵. Por eso, cuando hablamos del término ‘verdad’ en el mundo griego nos referimos no sólo a lo no oculto, escondido, misterioso, sino también a lo que no puede ser olvidado, «mordido por el tiempo». Por esta razón, la verdad no puede quedar encerrada en la oscuridad o en el anonimato, sino que, tarde o temprano, saldrá a la luz y dará sentido a todo lo que hasta entonces se presentaba de manera conjetural e hipotética. Pero, al mismo tiempo, se nos advierte que la

¹² H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)». En: L. COENEN -E. BEYREUTHER -H. BIETENHARD, ed., *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, IV, Sígueme, Salamanca 1994, 332. En adelante citaremos DTNT.

¹³ I. DE LA POTTERIE, «Verdad». En: X. LEÓN-DUFOUR, ed., *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1972, col. 2, 930. En adelante citaremos VTB.

¹⁴ L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 3ª ed., EUNSA, Navarra 2002, 33-34.

¹⁵ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad». En: P. ROSANO -G. RAVASI -A. GIRLANDA, ed., *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Paulinas, Madrid 1990, cols. 1-2, 1915. En adelante citaremos NDTB.

verdad no está sometida a la caducidad espacio-temporal, sino que tiene un valor permanente y hasta eterno, tal como lo veremos más adelante.

Al mismo tiempo, debemos decir que el significado etimológico y la aproximación conceptual de verdad son siempre aproximados y limitados debido a la capacidad racional del hombre, que es siempre delimitada. No obstante, lo indicado puede ser corroborado por cualquier filósofo que sea, medianamente, auténtico; porque ellos siempre advierten su propia limitación en su afán por conocer la verdad y, al mismo tiempo, sugieren el peligro que tienen de absolutizar cualquier conclusión gnoseológica esperada. La verdad es una realidad siempre deseada, porque nunca puede ser alcanzada del todo, nunca puede ser definida de manera absoluta, aunque ella en el fondo sea siempre absoluta.

1.2 Verdad y religión

En el mundo griego la religión jugaba un papel muy importante en la vida de los ciudadanos, en los distintos ámbitos de la *polis*. Entendían que los diferentes aspectos de su vida estaban regidos por los dioses a los cuales tenían que invocar, ofrecer culto y sacrificios para alcanzar algún beneficio o para aplacar su ira. Creían que había un dios para cada necesidad. P. e., recurriendo a nuestros conocimientos de la historia de la filosofía y de la literatura griega: Zeus (Júpiter), dios supremo, dueño del rayo; Hera (Juno), esposa de Zeus, reina del cielo; Poseidón (Neptuno), dios de las aguas; Apolo, el dios que ilumina; Atenea (Minerva), diosa de la sabiduría y de la castidad; Afrodita (Venus), diosa del amor y del placer; Ares (Marte), dios de la guerra; Deméter (Ceres), diosa de la tierra fecunda; Artemisa (Diana), diosa de la caza; Hermes (Mercurio), dios de la elocuencia y del comercio. Sin embargo, frente a una gran multitud de divinidades que gozaban de cierto prestigio y poder superior o menor en comparación a las demás, los filósofos se cuestionaban sobre su existencia y, hasta cierto punto, se planteaban la posibilidad de la existencia de un solo Dios; pero también algunos llegaron a negar la existencia de Dios, hecho que era menos frecuente.

Ratzinger desde los estudios que hace acerca de M. Terencio Varrón (116-27 a. C) recogido en sus cuarenta y un libros de *Antiquitates rerum humanarum et divinarum*, nos ofrece una aproximación del mundo religioso de la cultura griega. Este autor aborda el problema del monoteísmo filosófico griego, o sea, de su doctrina filosófica de Dios¹⁶.

La *theologia mythica* es asunto de los poetas, la *theologia civilis*, asunto del pueblo, y la *theologia naturalis*, asunto de los filósofos o de los *physici* [...] El lugar de la teología mítica y política está determinado por el ejercicio humano del culto; el lugar de la teología filosófica, por el contrario, por la

¹⁶ Cf. J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, Traducción de Jesús Aguirre, Encuentro, Madrid 2006, 21.

realidad de lo divino que está frente al hombre [...] La teología mítica tiene por contenido las diversas fabulas de dioses, los “mitos” precisamente, que juntos son el mito; la teología política tiene por contenido el culto del Estado; la teología natural, finalmente, responde a la pregunta quién o qué son los dioses, si son, con Heráclito, de fuego, o con Pitágoras, de números, o con Epicuro, de átomos¹⁷.

Evidentemente, tanto la filosofía como la religión se ocupan de conocer la verdad acerca de Dios o los dioses y de su intervención en la vida de los individuos y en los fenómenos de la naturaleza. Pero Ratzinger considera que es más pertinente seguir la postura de los filósofos, servidores de la verdad, quienes tenían una comprensión verdadera y aproximada de Dios.

La contraposición entre religión y Dios de los filósofos está llevada aquí, en la situación religiosa y espiritual de la antigüedad descrita por Varrón, a su seriedad última. La filosofía, no separada aún de la física, pone al descubierto la verdad de lo real y así también la verdad del ser de lo divino. La religión toma su camino independientemente a ella no le va nada en adorar lo que la ciencia descubre como el Dios verdadero; se coloca más bien fuera de la cuestión de la verdad y se subordina solamente a su propia legalidad religiosa. Con esta separación de verdad religiosa y realización religiosa ha puesto Varrón, o, si se quiere, el pensamiento estoico por él representado, al descubierto, y muy perspicazmente, la problemática propia del politeísmo antiguo, incluso se puede decir el problema fundamental de cualquier religiosidad politeísta¹⁸.

En conclusión, para Ratzinger es más convincente y verdadero el Dios de los filósofos frente a la infinidad de divinidades que nos presenta el mundo religioso de la antigua Grecia. Este aporte va a ser muy importante para el desarrollo posterior no sólo de la filosofía, sino también y sobre todo de la teología cristiana católica. Asimismo, podemos decir que este aporte, el Dios de los filósofos, ha influido también de manera positiva en el contexto de la Revelación, sobre todo en los textos griegos del AT.

1.3 Verdad y realidad

Profundizando un poco más podemos ver que en el pensamiento griego la verdad tiene que ver directamente con la realidad misma. Por tanto, la verdad no puede ser entendida como algo que esté fuera o en oposición con la realidad, porque la verdad de la realidad es la verdad misma que le da su consistencia, su existencia y su ser.

La verdad designa [...] el carácter de cosas y realidades, en cuanto que éstas se dan a conocer en su invariable ser-así (*aletheia pragmaton*). Aristóteles indica verdad con las cosas mostrables (*prágmata, phainómena*) y con la cosa misma (*autó tó pragma*). Lo contrario a la verdad así entendida es la apariencia que esconde la verdadera naturaleza de las cosas (*dóxa*). Ya

¹⁷ J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los Filósofos*, 22.

¹⁸ J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los Filósofos*, 23.

Parménides¹⁹ en su poema doctrinal distingue entre *alethea* y *dóxa* de la realidad²⁰, entre ser y apariencia del ser. Según Aristóteles, la tarea de la filosofía es avanzar a través de la apariencia encubridora hacia el verdadero ser de las cosas. La relación entre el ser y el conocimiento constituye, por tanto, el problema fundamental de la cuestión de la verdad para los griegos²¹.

La verdad, por tanto, no tiene que ver sólo con una dimensión histórico-temporal, sino sobre todo con la existencia y el ser determinado, sin prescindir de manera absoluta, según este modo de pensar, del tiempo y de la historia. Por eso, cuando se habla de la realidad no nos referimos a su sola dimensión de temporalidad y caducidad, sino, sobre todo, a su dimensión de permanencia en el ser. La verdad lleva al desvelamiento de todo lo que aparece a nuestros sentidos con apariencia de verdad y de realidad.

[...] *aletheia* se une a verbos de percepción (ver, oír, enterarse de, etc.) [...] De acuerdo con esto, la verdad se puede mostrar (*deíxai, déloîn*), enseñar (*didáxai*) o decir (*légein* o *aletheúein*). La realidad verdadera (*aletheia*) es descubierta mediante el *lógos* (palabra), que muestra, es decir, deja ver, la *aletheia* de las cosas (cf. Parménides, Frg. 2, 3s; Platón, Crat 385b; Jenofonte, An. IV, 4, 15; Aristóteles, Mataph. 1011b 26ss). De ahí que una afirmación sea verdadera en la medida en que está de acuerdo con el *lógos* y descubre una realidad. En este sentido, *aletheia* designa la exactitud, es decir, la objetividad de una afirmación. Su contrario es el engaño o la mentira (*pseúdos*), una afirmación falsa, que oculta el verdadero carácter de las cosas²².

Como podemos ver en estas aproximaciones filosóficas la verdad de la realidad puede ser descubierta, conocida y al mismo tiempo mostrada y enseñada a los hombres de todos los tiempos. También, hay que señalar la importancia del desarrollo del pensamiento en esta línea, porque nos lleva a valorar la realidad tal cual es, para evitar cualquier peligro de infravaloración o de absolutización de todo aquello que nos rodea.

1.4 El hombre y la verdad

En el mundo griego vemos cómo el hombre y la verdad están íntimamente vinculados, ya que vivir auténticamente, significa vivir

¹⁹ «Que hay tiempo, decía Parménides, es *doxa*, opinión; solo es verdad lo intemporal, lo ente, lo eterno» (L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 30).

²⁰ «La admiración no se desarrolla en una sola dirección, sino en dos. Una dirección, según la cual la realidad es estable y verdadera; y otra, en la que el hombre sabe que su interior también es estable, y que esa estabilidad le permite corresponderse con la estabilidad de lo real, y por tanto, entenderla. Así conectamos con la sentencia de Parménides: pues lo mismo es pensar y ser. Es una primera formulación de la admiración; ese 'lo mismo' quiere decir, en último término, que lo estable en el hombre coincide, es abierto a la verdad del ente; por eso, a la metafísica también se le puede llamar ontología, estudio del ser y del pensar» (L. POLO: *Introducción a la Filosofía*, 39).

²¹ H.-G. LINK, «Verdad (*alétheia*)», *DTNT*, 332.

²² H.-G. LINK, «Verdad (*alétheia*)», *DTNT*, 332.

virtuosamente. En este sentido, la verdad acerca del hombre está referida a su esencia, a su ser. El hombre es el que descubre la existencia de la verdad y procura vivir según ella. La verdad le alcanza y le abarca. La verdad podemos decir que revela al hombre lo que es y le lleva a vivir en conformidad con lo que es por naturaleza. Por esta razón, señalamos que la verdad lleva a vivir al hombre en coherencia consigo mismo y con los demás. Por tanto, la verdad se expresa en el obrar éticamente. Esto no quiere decir que la verdad se reduzca al obrar, sino que la verdad se revela de una manera más plena en el obrar moral del hombre. Así, como p. e., los objetos que se encuentran al exterior de una habitación se ven mejor si los cristales de la ventana están limpios que si están manchados.

También hay que señalar que el hombre es el único que tiene la capacidad para conocer la verdad en sí misma y la verdad de todas las cosas. Pero, no sólo conoce la verdad sobre sí, sino también la verdad en sí, partiendo de todo cuanto lo rodea y acontece. El hombre puede conocer la verdad sobre su origen y sobre su fin y, de esta manera, puede dar un sentido auténtico a su existencia. Es decir, el hombre sólo podrá vivir auténticamente desde la verdad y en la verdad.

Cuando el *lógos* humano, en armonía con el *lógos* general, descubre y hace ver la verdad de las cosas, establece también una relación de la realidad dada con el hombre que conoce. Y en la medida en que el hombre se atiene a la verdad conocida, recibe él mismo el calificativo de verdadero (*alethés* o *aléthinós*, p. ej. en Heráclito, Frg. 133; Aristóteles, De Interpret. 1,16 a 6ss). Un juicio o una conducta pueden proclamarse como partícipes de la verdad sólo cuando están de acuerdo con la realidad [...] De este modo recibe *aletheia* su significado de veracidad, sinceridad, que juega un papel destacado en la doctrina moral de las virtudes: “El que honra la virtud debe honrar, primero de todo, la sinceridad” (Demócrito. Frg. 198; cf. También Eurípides. Frg. 289; Aristóteles, Eth. Nic. II, 7.1108a; IV,13,1127a.b)²³.

Profundizando, descubrimos que los filósofos griegos prefirieron llamarse amantes de la verdad que *sophói*; porque el filósofo es aquel que sabe que en este mundo nunca llegará a agotar el conocimiento de la realidad, de la verdad. En cambio los sofistas, valiéndose del arte de la retórica, pretendían poseer la verdad por la forma y estructura de sus argumentos, haciendo creer a sus interlocutores realidades carentes de verdad como verdaderas. Además, como señala Polo, se consideraban maestros, sabios y superiores a los demás y no humildes servidores de la verdad²⁴, como sucedía con los filósofos.

El camino de acercamiento a la verdad, a lo primordial, no se abriría si no se encontrara acceso a él desde lo que es más somero [...] La filosofía empieza cuando unos hombres se entienden como no enteramente sabios, sino como quienes buscan la verdad y la van alcanzando [...] Los filósofos socráticos consiguieron una gran victoria frente a este tipo de saber, porque un saber que no es verdad no es ningún tipo de saber²⁵.

²³ H.-G. LINK, «Verdad (*alétheia*)», *DTNT*, 332.

²⁴ Cf. L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 16.

²⁵ L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 18.

En conclusión, podemos decir con Polo: «no se es filósofo como un espectador, como quien asiste a la maravilla de una verdad que se desvela desde la admiración, sino que se es filósofo como servidor de la verdad, como amante y realizador de ella»²⁶. Es en esta dirección en la que podemos, a nuestro juicio, enfocar el trabajo académico e intelectual de Ratzinger y la labor de la Iglesia como servidora de la verdad.

1.5 La cuestión de la única verdad y la participación en el único ser

El hombre desde la antigüedad ha buscado incansablemente la verdad en todo aquello que le rodea, que le acontece en su vida cotidiana y en aquellas experiencias que sobrepasan su capacidad de comprensión. Es decir, en aquellas realidades que aparecen como mistericas y llenas de asombro, despertando en el amante de la sabiduría el deseo de conocer su verdad. Pero, sobre todo, el hombre siempre se ha preguntado si realmente existe una única verdad y un único ser, del que participan todos los demás seres. Lo primero que podemos encontrar en el contacto con la realidad es una multiplicidad de verdades y de seres en cuanto a objetos del entorno conocemos. Pero el hombre dotado de inteligencia y de criterio especulativo, se pregunta por la posibilidad de la existencia de la una única verdad y de un único ser, tal como ha sucedido con la gran mayoría de los filósofos clásicos de la antigua Grecia.

Al entenderse la verdad como el carácter no-oculto del ser de las cosas, se hace posible pensar tantas verdades cuantas cosas y objetos hay (cf. Pindaro, Nem. V, 17s; Epicteto I, 28, 29: *tó katá ton tópon alethés*, lo verdadero en cada caso). Pero, en cuanto entra en crisis la natural confianza en lo dado, surge la cuestión de la única verdad, que subyace a las innumerables verdades parciales. Platón²⁷ es, en buena parte, el que acomete y desarrolla el problema que de aquí se origina. Con él nace el 'gran celo por ver dónde se encuentra el terreno de la verdad' (Phaedr. 248b). En su alegoría de la caverna²⁸ transforma la oposición que hacia Parménides entre ser y apariencia en la imagen del sol (*helios*) y las sombras (*sklá*). El habitante de la caverna, al no poder ver más que las sombras, las toma por lo verdadero. Pero, al ser liberado de la caverna y conducido a la luz, reconoce el sol como la causa verdadera, es decir, real de las sombras. En su interpretación de la alegoría compara Platón el mundo de las cosas visibles (*phainoménehédra*) con las sombras de la caverna, y declara que la

²⁶ L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 41.

²⁷ «En el *Teetetos* aparece la aporía de la verdad. El discurrir interno a la mente no la alcanza. Tal aporía se acentúa en otro diálogo, el *Parménides*, que viene a ser su continuación. Si la verdad es en sí, el *noús* (descubrimiento correlativo a la verdad) también es en sí» (L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 48).

²⁸ «Si no conocemos la verdad, si se escapa de la consideración mental por estar en sí, si no podemos alcanzarla, entonces nuestra vida sería como la del hombre dormido, o como la del prisionero de la caverna (que aparece en la *República*, diálogo anterior al *Teetetos*. La aporía de este diálogo, que ahora consideramos, equivale a la siguiente pregunta: ¿cómo se sale efectivamente de la caverna?). El despierto es el que conoce» (L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 49).

liberación de la apariencia engañosa de lo visible está en la ascensión del alma a la contemplación de las ‘cosas superiores’ (*tá áno*). Platón representa la concepción de diferentes peldaños en la verdad, por los que el alma ha de ir subiendo paso a paso para contemplar al final del camino entre todo lo concibe y no sin esfuerzo, ‘la idea del Bien’ como origen de todo lo bueno y bello, de toda verdad e inteligencia [...] La realidad auténtica no está en, sino tras y sobre las cosas; ella es lo que permanece siempre simple o absolutamente en sí, para sí y consigo mismo²⁹.

A partir de lo que acabamos de ver nos damos cuenta que en la mentalidad griega antigua el conocimiento de la verdad significaba el conocimiento del ser. Pero, hay que decir que, no se trataba de un mero conocimiento intelectual sino y, sobre todo, existencial, porque el hombre y todo el cosmos a su manera podían «participar en el único y verdadero ser». Por tanto,

en la medida en que el hombre posee el recto saber sobre la verdad, participa también, según la concepción griega, en el único y verdadero ser [...] Hombre y mundo están mutuamente ligados, gracias al *lógos* que habita en ambos. De ahí el imperativo délfico: “Conócete a ti mismo” (*gnóthi sautón*) y la expresión “conocer la naturaleza” (*katamatheín ten physin*: Epicteto, Ench. 49). Uno y otra presentan la exigencia de seguir la verdad. Epicteto se apropia la concepción socrática, según la cual el verdadero saber lleva a obrar rectamente: “Si has aprendido la verdad, te es necesario ya ponerla en práctica” (Diss. 1, 17, 14). Aquí adquiere *aletheia* el carácter de una norma o doctrina que el hombre ha de conocer para poder llegar al verdadero desarrollo de sí mismo (cf. Epicteto, Diss. 1, 4, 32)³⁰.

1.6 La verdad de lado de lo divino

Después de haber considerado la realidad de la verdad única y la participación en el único ser, surge la cuestión de la realidad divina. El hombre siempre se ha preguntado por el más allá, por la posibilidad de la existencia de algo que está por encima de él que no esté sometido a la caducidad, a la corrupción y a la muerte. En este sentido, el hombre también se pregunta sobre la posibilidad de su existencia más allá de la muerte o después de la muerte. Al parecer esta realidad es la que mantiene al hombre en pie de lucha y de búsqueda por alcanzar la inmortalidad. El hombre quiere ser eterno y divino. Todas estas cuestiones, hasta cierto punto, ya fueron abordadas por los griegos. Sin embargo, alcanzaran su plena claridad en las enseñanzas y en la persona de Jesucristo, que más adelante desarrollaremos.

Los clásicos cayeron en la cuenta de que existe lo intemporal, lo que permanece siempre. Esto dio lugar enseguida a una nueva formulación de la verdad. La verdad se sigue de la consistencia o solidez de lo que no es mordido por el tiempo. El descubrimiento de la verdad en sentido filosófico o teórico es el primer paso en el desarrollo interno de la admiración. Pero, de

²⁹ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 332-333.

³⁰ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 333.

entrada, primero se encuentra con lo estable, y con lo estable comparece la verdad”³¹.

En la mentalidad griega el concepto de verdad, conforme avanza el tiempo y evoluciona el pensamiento, va adquiriendo nuevas comprensiones, aunque no del todo satisfactorias. Decimos esto porque surge la consideración de la verdad sólo del lado de lo sobrenatural eterno y divino, cayendo así en una comprensión dualista de la misma. Esta afirmación, no obstante, ha tenido su propia evolución en la filosofía antigua (Filón, el gnosticismo y el neoplatonismo).

Por vida verdadera (*alethine zoé*) Filón entiende la vida divina, eterna (Leg. All. I,32.35; III,52). Específicamente significativo a este respecto es el tratado hermético ‘Sobre la verdad’ (*perí aletheías*). En él se define la verdad como ‘el Bien mismo sin mezcla, que ni está manchado de materia ni rodeado de cuerpo, la luz manifiesta, lo fijo e inmutable’. Todo lo mudable pertenece a la mentira, incluso el hombre, que, en cuanto hombre, no es verdadero, sino una apariencia onírica (*phantasia*). Finalmente, Plotino habla de la verdadera luz, que ilumina a aquél que accede a la visión de la divinidad (Enn. VI,9)³².

Cuando hemos hablado de la relación verdad-realidad en la mentalidad filosófica griega hemos dicho que la verdad puede ser atisbada en la realidad, pero que la verdad es mucho más que la realidad³³. También hemos indicado que la realidad es verdad o que en ella encontramos verdades; pero que no serían tales si no estuvieran referidas a la verdad eterna y absoluta. No obstante, aunque en un primer momento se identificaba verdad y realidad en la mentalidad griega, ésta será superada en la medida que evoluciona el pensamiento filosófico.

Con ello se abandona la primitiva concepción griega de la verdad, que unía verdad y realidad, y se la sustituye por la antítesis de verdad divina y realidad humana. El cambiante concepto helenístico de verdad puede designar la sustancia (*ousía*) o el poder (*dynamis*) divinos, pero también el conocimiento revelador (*gnósis*), la vida imperecedera (*zoé*) o la luz inmutable (*phos*). Surge así una peculiar sinonimia entre los conceptos de verdad, conocimiento, vida, y luz³⁴.

En la mentalidad filosófica griega, tal como lo acabamos de ver, la verdad casi siempre está referida a lo eterno y divino; pero también se

hace referencia a la realidad manifiesta de lo existente y válido, sean cosas, afirmaciones, virtudes humanas o atributos divinos. La cuestión de crítica del conocimiento ‘¿qué es la verdad?’ apunta al conocimiento del ser verdadero (*óntos ón*) en sentido absoluto (*monoeidés aeí ón*) [...] Las respuestas que se van produciendo a lo largo de la historia del pensamiento griego se van alejando progresivamente de la realidad de las cosas visibles y

³¹ L. POLO, *Introducción a la Filosofía*, 33.

³² H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)» *DTNT*, 333.

³³ Porque la verdad no es solo la que vemos, ni siquiera la que sentimos (cf. F. MIREs, *El pensamiento de Benedicto XVI*, 22).

³⁴ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 333.

desembocan en la aporía de un dualismo entre verdad inmutable, sobrenatural, y realidad cambiante, terrena³⁵.

En conclusión, podemos decir que esta concepción dualista (verdad y realidad como antagónicas) sólo será superada por el pensamiento cristiano, que no supone una ruptura con el pensamiento griego clásico, sino, sobre todo, un avance, un progreso; porque comprende que la verdad eterna tiene que ver con la realidad del hombre, del mundo y de Dios. Por esta razón, Ratzinger sostenía que, «la verdad filosófica pertenece, en cierto sentido, constitutivamente a la fe cristiana, y esto indica a su vez que la *'analogía entis'* es una dimensión necesaria de la realidad cristiana, y tacharla sería suprimir la exigencia propia que ha de plantear el cristianismo»³⁶.

2. En la Sagrada Escritura

La revelación divina está al servicio de la verdad y Dios es su principal garante. Dicha verdad la encontramos envuelta en una serie de elementos humanos limitados. En primer lugar, tenemos los esquemas lingüísticos de la época, las influencias de las culturas circunvecinas con una tradición más antigua de escritura y riqueza intelectual. También, hay que contar con la situación cultural, social y personal como psicológica de los hagiógrafos que Dios eligió para inspirarles su palabra. En este sentido, podemos decir que existe una noción de verdad específicamente bíblica, diversa de todas las que se han mencionado hasta ahora³⁷. La verdad en el AT tiene que ver fundamentalmente con la fidelidad a Dios, a su Ley y a su Alianza. Todo esto desembocará en la persona de Jesucristo como manifestación plena de la verdad al hombre, de la cual dependerá su verdadera realización como persona y como hijo de Dios. Al mismo tiempo, Ratzinger nos da a entender que Jesús predicaba una verdad (el amor) que había de ser entendible³⁸.

2.1 Algunas consideraciones preliminares

Veremos en este apartado el término, concepto y significado teológico de verdad en las Sagradas Escrituras. Para este propósito hay que tener en cuenta, en primer lugar, la unidad y la totalidad de la revelación divina, para no caer en la tentación de tomar un texto de manera aislada del resto y de su contexto vital en el que figura la Palabra divina, tal como nos advierte Ratzinger, ya que nos estamos acercando a un libro sagrado, no un libro de ciencias históricas, geográficas,

³⁵ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 333.

³⁶ J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, 8.

³⁷ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 2, 1915.

³⁸ Cf. J. RATZINGER, «Theologische Prinzipienlehre», F. MIREs, *El pensamiento de Benedicto XVI*, 22. Cf. G. URÍBARRI, «Para una interpretación teológica de la Escritura. La contribución de J. Ratzinger-Benedicto XVI», S. MADRIGAL (ed.) *El pensamiento de Joseph Ratzinger. Teólogo y Papa*, San Pablo, Madrid, 2009, 25-27.

cosmológicas. Por eso, la Biblia como Palabra de Dios hay que percibirla en el plano unitario de la historia divina³⁹.

En cuanto a la interpretación del texto sagrado, Ratzinger considera que si la interpretamos de manera superficial y mecánica es falsa.

Algunos creen tener el código y ven expuesta en el Apocalipsis la guerra atómica, por ejemplo, y Dios sabe qué otros acontecimientos. Como es natural, de ese modo se pueden descubrir correspondencias sorprendentes y supuestamente hallar expuestos todos los sucesos. Que en la Biblia estén en clave todos los hechos empíricos es sin duda falso⁴⁰.

Partiendo de este párrafo caen por el suelo todos aquellos pronósticos futuristas y tendenciosos de mucha gente que, al leer las Sagradas Escrituras de manera libre, pretenden ganar adeptos para su grupo religioso. Como sabemos éste es un fenómeno actual surgido fundamentalmente en ambientes protestantes y sectarios, que ahora pululan por todas partes. Van de casa en casa, por las calles, creando falsas esperanzas de salvación y bienestar en sectores de la periferia.

También debemos tener en cuenta, como ya indicábamos, que hay una correspondencia con la definición y comprensión del término verdad en el mundo bíblico con el de la filosofía clásica griega; tal como consideraba en algún momento Ratzinger, que la verdad referida a Dios en la Sagrada Escritura guarda una cierta correlación con la mentalidad filosófica del mundo griego, pero que la Revelación supone un progreso y una comprensión más plenos. Los “conceptos como eternidad, omnipotencia, unidad, verdad, bondad y santidad de Dios no indican, desde luego, sin más, lo mismo en Biblia y en filosofía, pero no pueden ignorarse aproximaciones considerables”⁴¹.

Pero para conocer la verdad revelada no nos bastan las solas Escrituras, ni una interpretación libre de la misma, como pretenden los ‘protestantes’ o los distintos ‘grupos sectarios’ surgidos de ellos. Para conocer la verdad y ponernos a su servicio hace falta la Tradición y el carisma de la interpretación que el Señor Jesús confió al colegio apostólico y a sus sucesores.

Las Escrituras son el testimonio esencial de la revelación, pero la revelación es algo vivo, más grande, que, para que sea tal, debe llegar a su destino y debe ser percibida; si no, no se produciría ‘revelación’. La revelación no es un meteorito caído sobre la tierra, que yace en cualquier parte como una masa rocosa de la que se pueden tomar muestras de roca, llevarlas al laboratorio y analizarlas. La revelación tiene instrumentos, pero no es separable del Dios vivo, e interpela siempre a la persona viva que alcanza. Su objetivo es siempre reunir a los hombres, unirlos entre sí; por eso la Iglesia pertenece a ella [...] Precisamente a aquello de la revelación que sobresale de las Escrituras, que, a su vez, no puede ser expresado en un código de fórmulas, es a lo que denominamos Tradición⁴².

³⁹ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el mundo: Creer y vivir en nuestra época*, Traducido por Rosa Pilar Blanco, Círculo de Lectores, Madrid 2005, 143.

⁴⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el mundo*, 144.

⁴¹ J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, 9.

⁴² J. RATZINGER, *Mi vida*, 125.

De hecho, el método histórico-crítico⁴³ puede ayudarnos a conocer la verdad revelada, pero hay que advertir su limitación si no se toma en cuenta la Sagrada Tradición viva de la Iglesia. Por eso, a lo largo de la historia se han dado muchas interpretaciones, algunas conforme a su naturaleza siguiendo al Inspirador (el Espíritu Santo) y otras desnaturalizadas por el Príncipe de la mentira, Satanás (cf. Jn 8,44-45)⁴⁴.

Asimismo, el cardenal Scola, quien conoce muy bien la vida y el pensamiento teológico de Ratzinger, señala que para él

la revelación no se puede separar del Dios vivo, y que interpela siempre a la persona viva a la que alcanza. Por eso, del concepto de 'revelación' forma siempre parte el sujeto receptor: donde nadie percibe la revelación, allí no se ha producido ninguna revelación, porque allí nada se ha desvelado. La idea misma de revelación implica un alguien que entre en su posesión⁴⁵.

Concluyendo, podemos decir que aunque Ratzinger no es un especialista en Sagrada Escritura, sus conocimientos son muy profundos y precisos al respecto, ya que aborda el tema de la Revelación desde una perspectiva teológica en plena sintonía con el Magisterio de la Iglesia. Los tres volúmenes de su obra «Jesús de Nazaret» nos ofrecen un aporte maduro y sistemático de su pensamiento exegético⁴⁶. Por esta razón, consideramos sus aportes como un auténtico servicio a la verdad y, al mismo tiempo, podemos ver en él a la Iglesia como celosa servidora de la verdad.

2.2 La verdad en el Antiguo Testamento

En el AT el pueblo de Israel, pueblo elegido por Dios, para ser depositario de sus promesas y de su revelación, está llamado a vivir en la verdad y a consagrarse a su servicio. Como sabemos esta tarea resultará difícil y hasta controversial, porque se verá seducido una y

⁴³ «Y, sin embargo, la investigación histórico-crítica debe continuar pacientemente su tarea, con modestia, pero consciente de su importancia: ella es imprescindible en exégesis, aunque no se deba usar de modo totalizante, sino como una 'dimensión' siempre presente: Hay que decir, ante todo, que el método histórico – precisamente por la naturaleza intrínseca de la teología y de la fe– es y sigue siendo una dimensión del trabajo exegético a la que no se puede renunciar» (L.F. MATEO-SECO, «El largo camino interior de Joseph Ratzinger», SCRIPTA THEOLÓGICA 45 (2013), 697-715 699).

⁴⁴ Joseph Ratzinger hace, por ejemplo, esta distinción: “la teología católica acentúa más en la revelación el momento de la ‘sacra doctrina’, es decir, que en la revelación como palabra de Dios se manifiesta una verdad comprensible para el hombre, aunque ‘sobrenatural’, no alcanzable por su propia indagación”. Frente a esto, la teología evangélica pone todo el énfasis en que la revelación es ‘*actio divina*’, un actor de Dios que nunca puede separarse de la persona de Dios, es decir, que nunca está como tal ‘a disposición’ del hombre”. (J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Obras completas: Comprensión de la revelación y teología de la historia de San Buenaventura*, vol. II, BAC, Madrid 2015, 7).

⁴⁵ J. RATZINGER, *Mi Vida*, 11.

⁴⁶ Cf. G. URÍBARRI, «Para una interpretación teológica de la Escritura. La contribución de J. Ratzinger-Benedicto XVI», S. MADRIGAL (ed.) *El pensamiento de Joseph Ratzinger. Teólogo y Papa*, 27.

otra vez por doctrinas paganas que lo llevarán a prostituirse sirviendo a falsos dioses. Esta corrupción del pueblo se iniciará por sus gobernantes y líderes religiosos, a los cuales Dios califica como falsos pastores, porque conducen al error y a la destrucción. Por eso, Dios los amenaza con castigos severos esperando siempre su conversión. No obstante, el Dios de Israel movido por su amor y misericordia suscita profetas, quienes comunicarán su mensaje de esperanza. Él mismo pastoreará a su pueblo y hará una alianza nueva y eterna (cf. Jr 31; Ez 34).

El conocimiento de la verdad en el mundo semítico desborda el puro saber abstracto y expresa una realidad de carácter vital-existencial. El conocer supone tomar algo de la cosa conocida o establecer una relación personal con aquel a quien queremos conocer⁴⁷.

2.2.1 La raíz básica 'mn (´amen)

En primer lugar, nos encontramos con el término *´amen* (*´aman*, el amén litúrgico: 2Co 1,20)⁴⁸ que, según los especialistas, significa lo seguro, lo firme y lo sólido, digno de confianza. P. e., lo podemos ver aplicado en la elección de un rey, el cual tiene que ser conforme a la verdad; es decir, que manifieste seguridad, firmeza y solidez en su personalidad, para poder luego servir a Dios y al pueblo que se le ha confiado. «Ved cual es el mejor y más justo de los hijos de vuestro señor, ponedlo en el trono de su padre» (2R 10,3; cf. 2S 4,4; Lm 4,5).

En este sentido, podemos indicar que la verdad entendida como lo seguro da confianza y estabilidad no sólo al hombre singular, sino también a la comunidad a la que pertenece. También podemos decir que la verdad comprendida como lo firme da solidez y fortaleza al hombre y a la comunidad frente a las distintas dificultades, ya sea de carácter moral o político-social, porque la verdad alcanza la paz duradera (cf. Jr 14,13). No obstante, esta firmeza y solidez, desde la verdad, garantizan una permanencia y continuidad en el tiempo.

Parafraseando a Link diríamos: el término hebreo *´amen*, en primer lugar, designa como participio un sostener y llevar activo, sobre todo físico. Y, en segundo lugar, en cuanto adjetivo verbal, designa la verdad de una afirmación como segura ahora y en el futuro, es decir, como válida (cf. 1R 1,36). Así, esta palabra establece una relación entre la realidad expresada, la persona que la expresa y aquélla a la que se habla⁴⁹.

⁴⁷ Cf. L.J. ALONSO GONZÁLEZ, *Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador*, Encuentro, Madrid 2005, 29.

⁴⁸ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*; col. 2, 1915; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 1, 931.

⁴⁹ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 334.

2.2.2 Los sustantivos 'emünáh y 'emet

Se nos dice que la *Septuaginta* (LXX) traduce los términos hebreos 'emünáh y 'emet en general como *pistis* y *aletheia*. En este sentido, 'emünáh expresa originariamente lo firme, lo que se mantiene, muy parecido al término 'amen. Pero lo encontramos en un contexto distinto, p. e., cuando vemos a Moisés con los brazos levantados orando por la victoria de su pueblo frente al enemigo (cf. Ex 17,12). Por otro lado, se nos dice que el término 'emünáh de ordinario designa no un objeto, sino la situación permanente del hombre o de Dios respecto a otras personas. Por esta razón, en el terreno de las relaciones humanas 'emünáh significa fidelidad, confianza, lealtad (cf. 2R 22,7; 1Cro 9,22)⁵⁰. También vemos que en el mundo hebreo la verdad está emparentada con la justicia. Dios aparece como el veraz y justo de manera permanente con su pueblo, que no siempre vive en la verdad y justicia, sino en las mentiras e injusticias que le apremian de continuo; p. e., los profetas acusan a Israel de haber abandonado la justicia y la rectitud (cf. Is 59,4; Is 5,1.3; 7,28; 9,2; Sal 12,2).

Por el contrario, cuando Yahvé busca a su pueblo es porque quiere que éste viva en auténtica fidelidad (cf. Hab 2,4). En este sentido, Dios espera la cooperación responsable del hombre, al que llama a unirse a Él; dicho a la manera hebrea, a 'andar el camino de Dios', y, con ello, a adoptar y realizar la verdad divina como propia. Pero es muy significativo ver cómo este término aplicado a Dios designa, sobre todo, su lealtad a la alianza, que se manifiesta en su actividad salvadora y justificante en la historia (cf. Os 2,19s). Esta fidelidad a la alianza se apoya en su palabra: «Pues la palabra de Yahvé es verdadera, y todo su obrar es fiel» (Sal 33,4).

2.2.3 La definición de 'Emet

Este término, en primer lugar, en sentido formal y general significa también lo firme y estable y está ligado en la historia a la intervención de Dios en favor de su pueblo (cf. Dt 7,9; 32,4; Sal 31,6; Is, 49,7)⁵¹. Así se puede hablar, p. e., de un «camino seguro» (Gn 24,48), o de la «señal segura» que pide Rahab a los emisarios de Josué (cf. Jos 2,12). También encontramos a 'emet unido a *hesed* para indicar la actitud fundamental de Dios en la alianza (cf. Sal 89; 138, 2)⁵²; ya que se trata de una fidelidad de Dios que nunca ha sido olvidada. También encontramos a este término unido a 'bienestar' (*sálóm*): Yahvé promete a Israel bienestar y seguridad (cf. Jr 33, 6)⁵³.

⁵⁰ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 334.

⁵¹ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1916; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 1, 931.

⁵² Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1916; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 1, 931.

⁵³ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 334.

Se aplica también este término a las personas dignas de confianza, que no siempre es fácil de encontrar no sólo en nuestros tiempos, sino que ya sucedía en el AT. Por eso, vemos que Dios busca un hombre fiel y temeroso de Dios para darle la confianza del mando supremo de Jerusalén (cf. Ne 7,2). P. e., Moisés busca hombres dignos de confianza, que no se dejen sobornar, para que sean jueces del pueblo (cf. Ex 18,21s)⁵⁴.

Este término está también relacionado con el derecho. Por eso, *'emet* designa una realidad efectiva (cf. Dt 22,20; 13,14; 17,4), que lo podemos ver, p. e., en la respuesta de José a las pretensiones de sus hermanos: «probaréis que vuestras palabras son verdaderas» (Gn 42, 16). En este contexto, lo jurídico (*mispát*) significa, al igual que *aletheia*, la realidad efectiva. Aquí designa *'emet* la validez de una norma de derecho, mientras que *'emūnah* expresa su reconocimiento mediante una conducta recta. Cuando Yahvé hace justicia, los pueblos deben decir: «es verdad» (Is 43,9)⁵⁵.

El término *'emet* también puede ser comprendido en relación al futuro, donde una afirmación es verdadera sólo cuando queda corroborada por la realidad o por un testimonio (cf. Gn 42,20) en el sentido de cumplimiento de una promesa o profecía. Esto sucede, p. e., con la verdad de la palabra profética, tal como lo podemos ver en el enfrentamiento entre Jeremías y Ananías⁵⁶. Aquí vemos que Jeremías formula el criterio de verdad: «Si un profeta profetiza la paz, cuando se cumpla la palabra del profeta, se reconocerá que le había enviado Yahvé de verdad» (Jr 28, 9).

Como ya hemos indicado *'emet* tiene que ver con la fidelidad a la alianza. Pero, también con los atributos de justicia y santidad⁵⁷: «Las obras de sus manos son fidelidad y justicia» (Sal 11,7s; cf. 115,1-3; Os 2,21; Ne 9,33; Za 8,8). Pero también con la misericordia de Dios (*hesed*). P. e., en los salmos se cantan la 'misericordia perseverante' de Yahvé (cf. Sal 25,10; 40,12; 26,3). También los Salmos celebran la verdad de la ley divina, porque la verdad es lo que hay de esencial en la Palabra de Dios⁵⁸. De este modo se comprende que Yahvé reciba el nombre de «Dios de la verdad» (Sal 31,6; Jr 10,10; 2Cr 15,3); esto es, un «Dios compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel» (Ex 34, 6), un «Dios fiel» (Dt 7,9), del que se puede estar seguro⁵⁹.

En resumen, podemos decir que la verdad en el AT no es un concepto ontológico, como sí sucedía en el mundo de la filosofía griega, sino más

⁵⁴ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 334.

⁵⁵ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 334-335.

⁵⁶ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 335.

⁵⁷ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1916; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 931.

⁵⁸ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1916; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 931.

⁵⁹ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 335.

bien designa relación entre los hombres⁶⁰ y de éstos con su Dios y de Dios con su pueblo.

Verdad no afirma un ser-en-y-para-sí, sino un estar-firme o seguro en cosas, objetos, personas o en Yahvé mismo. La verdad no es abstracta; acontece más bien de un modo contingente. “Lo característico del concepto hebreo de verdad es, ante todo, que la verdad no es sólo, como para nosotros, algo sabido, dicho, oído o, en su caso, ignorado, ocultado o negado, sino algo que se realiza, que acontece” (vSoden, 9)⁶¹.

2.3 La verdad en el Nuevo Testamento

En este apartado nos interesa mucho acercarnos a la misma persona de Jesucristo, Él es la verdad que se ha hecho carne, que se ha hecho palpable, la verdad que nos habla y le podemos hablar. No se trata, por tanto, sólo de una personificación, sino de la verdad, la segunda Persona de la Trinidad, hecha uno de nosotros en todo semejante menos en el pecado (cf. Hb 2,17; 10,20). Él es la verdad que nos justifica y nos salva. Él es la auténtica imagen de la Iglesia, servidora de la verdad que, en el fondo, es la misma ‘Divina Revelación’⁶². Y, como afirma Ratzinger, «el hombre vive de la verdad y de ser amado, de ser amado por la Verdad»⁶³.

2.3.1 El servicio a la verdad en los Evangelios Sinópticos

En primer lugar, vamos a hacer una aproximación lingüística al significado del concepto de verdad en los Sinópticos, para poder adentrarnos en el mensaje de Jesucristo y poder, de esa manera, desentrañar el contenido de sus enseñanzas que tiene que ver con la verdad que el Padre le ha enviado a comunicar a los hombres. No obstante, según los sinópticos, a simple vista, parecería que Jesucristo no quiso hablar de la verdad, porque sólo una vez aparece dicha por Él, como lo podemos ver en Lc 4,25. Sin embargo,

Jesús reclamó para sí lo designado con la palabra verdad, como lo demuestra el frecuente y peculiar empleo del término hebreo ‘*amen*’: Al iniciar Jesús sus palabras con la partícula ‘*amen*’, daba a entender que éstas serán seguras y dignas de confianza, se hacía responsable de ellas, y las declaraba obligatorias para sus oyentes y para sí mismo⁶⁴.

⁶⁰ «Para las relaciones de los hombres entre sí aparece la fórmula ‘hacer la bondad y la verdad’ (Gn 47,29; Jos 2,14): significa obrar con benevolencia y lealtad, con una bondad fiel» (Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 2, 1916; ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 931).

⁶¹ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 335.

⁶² Cf. I. DE LA POTTERIE, «La verdad de Jesús», J.L. ALONSO GONZÁLEZ, *Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador*, 29.

⁶³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Jesús de Nazaret*, Traducción de Carmen Bas Álvarez, Doubleday, New York 2007, 327. Esta edición corresponde desde el Bautismo hasta la Transfiguración del Señor.

⁶⁴ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 337.

Jesucristo como buen judío es fiel a las enseñanzas veterotestamentarias, en Él se cumplen las promesas del AT. Por esta razón, hemos indicado, en primer lugar, el término hebreo *amen*, porque Él es *Amen*, Él es la verdad. Sin embargo, en los sinópticos encontramos otras expresiones que están referidas al concepto de verdad: «En Mc 5, 33 *pasa aletheia* significa ‘toda la verdad’, o sea, la verdad tal cual. La fórmula *ep’ aletheias*, unida a verbos de decir o enterarse, indica una afirmación de acuerdo con la realidad (cf. Mc 12,14.32; Lc 4,25; 20,21). Del mismo modo hay que entender el adverbio *aléthós*: (Mt 26,73; Mc 14,70; 12,44)»⁶⁵.

Jesús, la Verdad misma que nos salva, es, al mismo tiempo, servidor de la verdad. Él ha crecido conociendo la verdad y amándola; por eso, se ha consagrado a su servicio; porque nadie puede amar ni servir lo que no conoce. En este sentido, nuestro Señor Jesucristo, ‘servidor de la verdad’, puede llamarse con todo derecho y honestidad ‘Maestro de la verdad’. Creemos que ningún mortal puede arrogarse para sí este título, ni el mismo Jesucristo se atribuye para sí mismo tal dignidad. No obstante, en el ejercicio de este ministerio, nuestro Señor ha tenido que padecer mucho, tanto como peregrino en este mundo y como cabeza de la Iglesia después de su ascensión a los cielos. Por esta razón, decimos que esta verdad ha sido muchas veces cuestionada no sólo por los de su época, sino a lo largo de toda la historia de la Iglesia. P. e., muchos herejes han cuestionado y negado su divinidad o su humanidad.

Ratzinger nos refiere el significado y el alcance teológico del nombre de Jesús, que nos revela la verdad de su origen y misión.

El nombre ‘Jesús’, que el ángel atribuye al niño, tanto en Lucas (1,31) como en Mateo (1,21). El nombre de Jesús contiene de manera escondida el tetragrama, el nombre misterioso del Horeb, ampliado hasta la afirmación: Dios salva. El nombre del Sinaí, que había quedado como quien dice incompleto, es pronunciado hasta el fondo. El Dios que es, es el Dios presente y salvador. La revelación del nombre de Dios, iniciada en la zarza ardiente, es llevada a su cumplimiento en Jesús (cf. Jn 17,26)⁶⁶.

Él es la verdad que salva. Él es el Dios hecho carne para nuestra salvación. Este es el gran misterio que ha irrumpido en nuestra historia y que ha desorientado a más de uno; porque aquellos hombres esperaban al Mesías de otra manera, que viniera con poder y gloria y que pueda someter a todos los enemigos de Israel. Sin embargo, este Dios ha venido de manera humilde, nacido en una familia humilde, en una aldea muy pequeña e insignificante y de una joven Virgen desposada con un hombre justo llamado José (cf. Mt 1, 18-21).

Este Jesús nacido en las condiciones y circunstancias que acabamos de describir, lleva como escondida su divinidad, que durará toda su vida oculta en Nazaret hasta los treinta años aproximadamente. Pero esta naturaleza divina no se confunde con su naturaleza humana.

⁶⁵ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 337.

⁶⁶ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, Traducción de J. Fernando Del Río, Planeta, New York 2012, 37.

En los relatos de los Evangelios se conserva plenamente la unicidad de Dios y la diferencia infinita entre Dios y la criatura. No existe confusión, no hay semidioses. La Palabra creadora de Dios, por sí sola, crea algo nuevo. Jesús, nacido de María, es totalmente hombre y totalmente Dios, sin confusión y sin división, como precisará el Credo de Calcedonia en el año 451⁶⁷.

Siguiendo con estas reflexiones y profundizando en el misterio de la Encarnación, podemos ver cómo la verdad de este misterio muchas veces ha sido puesta en tela de juicio. Ratzinger considera que hay teólogos y exegetas que se atreven a poner en duda tan magno acontecimiento, ya sea indicando que si se dice que nació en Belén es para hacer coincidir este hecho con las profecías, como también señalando este acontecimiento como una realidad mitológica, es decir carente de verdad histórica. En este sentido, afirma: «Si nos atenemos a las fuentes y no nos dejamos llevar por conjeturas personales, queda claro que Jesús nació en Belén y creció en Nazaret»⁶⁸.

«Los relatos de Mateo y Lucas no son mitos ulteriormente desarrollados. Según su concepción de fondo, están firmemente asentados en la tradición bíblica del Dios creador y redentor. Pero, en cuanto a su contenido concreto, provienen de la tradición familiar, son una tradición transmitida que conserva lo acaecido»⁶⁹.

Para servir a la verdad hay que aprender a correr riesgos, tal como lo ha hecho nuestro Señor Jesucristo, quien se vio continuamente obligado a polemizar con muchos hombres cultos de su tiempo. En este sentido, los Evangelistas indican que las enseñanzas de su Maestro eran con autoridad (cf. Mc 1, 22). Nuestro Señor no escatimaba ningún esfuerzo con tal de que la verdad del Evangelio llegue a cada corazón y produzca su efecto. Como sabemos eran muchos los que se convertían a raíz de sus enseñanzas y de los signos que obraba, pero hacía falta una condición, que creyeran en Él (cf. Mc 2,5; Mt 8,10).

Ratzinger comprende que el servicio a la verdad lleva a nuestro Señor Jesús a polemizar con los grupos religiosos de su tiempo.

Si observamos en los Evangelios las enconadas divergencias entre Jesús y los fariseos y cómo su muerte en la cruz era diametralmente lo opuesto al programa de los zelotes, no debemos olvidar sin embargo que muchas personas de diversas corrientes encontraron el camino de Cristo y que en la comunidad cristiana primitiva había también bastantes sacerdotes y antiguos fariseos⁷⁰.

Otro aspecto que podemos destacar en nuestro estudio es la 'lucha frontal' entre Jesús y Satanás. Como sabemos el principal enemigo de la verdad es el Demonio. Por tanto, esta batalla no es contra alguien de carne y hueso, sino contra espíritus revestidos de poderes malignos, que buscan conquistar almas para la perdición con sus seductoras mentiras. En este sentido, Jesucristo, servidor de la verdad, se enfrenta

⁶⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, 58.

⁶⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, 73.

⁶⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, 59.

⁷⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 35.

directamente con Satanás, el ‘Príncipe de la mentira’. Éste es el enemigo de Dios y, por ende, del hombre y de la creación.

Los tres Evangelios sinópticos nos cuentan, para sorpresa nuestra, que la primera disposición del Espíritu lo lleva al desierto ‘para ser tentado por el diablo’ (Mt 4, 1) [...] Es un descenso a los peligros que amenazan al hombre, porque sólo así se puede levantar al hombre que ha caído. Jesús tiene que entrar en el drama de la existencia humana -esto forma parte del núcleo de su misión-, recorrerla hasta el fondo, para encontrar así a ‘la oveja descarriada’, cargarla sobre sus hombros y devolverla al redil⁷¹.

No obstante, en este contexto de lucha contra Satanás, Ratzinger se plantea algunos interrogantes, que cualquier hombre de a pie se podría hacer acerca del misterio de Dios y de la divinidad de Jesús:

La cuestión es Dios: ¿es verdad o no que Él es el real, la realidad misma? ¿Es Él mismo el Bueno, o debemos inventar nosotros mismos lo que es bueno? La cuestión de Dios es el interrogante fundamental que nos pone ante la encrucijada de la existencia humana. ¿Qué debe hacer el Salvador del mundo o qué no debe hacer?: ésta es la cuestión de fondo en las tentaciones de Jesús⁷².

En consecuencia, hemos de advertir que embaucados por el “Príncipe de la mentira” (título con el que los adversarios de Jesús lo acusan en Mt 12,24), corremos el riesgo de alejarnos del Jesús verdadero de los Evangelios y, por ende, de alejarnos de la verdad. En lugar de Servir al Señor Jesús serviremos, sin apenas darnos cuenta, a Satanás. En esta perspectiva, Ratzinger nos advierte de una falsa exégesis del Tentador.

Y el Anticristo nos dice entonces, con gran erudición, que una exégesis que lee la Biblia en la perspectiva de la fe en el Dios vivo y, al hacerlo, le escucha, es fundamentalismo; sólo su exégesis, la exégesis considerada auténticamente científica, en la que Dios mismo no dice nada ni tiene nada que decir, está a la altura de los tiempos⁷³.

En los Sinópticos, sobre todo en los relatos de las tentaciones, vemos que el Demonio es el principal oponente de la verdad y del servicio a la verdad, mostrando su astucia para manipular las Sagradas Escrituras, porque sabe perfectamente que en ellas se encuentra la verdad de Dios y la verdad de Dios dirigida a la humanidad⁷⁴. El Demonio, por tanto, es el que lucha contra Cristo, la verdad que alcanzará la salvación a todos los hombres. Por esta razón, su objetivo fundamental es desviar a Cristo de su misión. Pero como no lo ha podido conseguir sigue atacando a la Iglesia y, en ella, a todos los discípulos de Cristo que buscan vivir en la verdad y sirviendo a la verdad.

Pero Jesús nos dice también lo que objetó a Satanás, lo que dijo a Pedro y lo que explicó de nuevo a los discípulos de Emaús: ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano, y el que afirme que

⁷¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 50.

⁷² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 53.

⁷³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 60.

⁷⁴ Cf. I. DE LA POTTERIE, «La verdad de Jesús», J.L. ALONSO GONZÁLEZ, *Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador*, 30.

puede edificar el mundo según el engaño de Satanás, hace caer el mundo en sus manos⁷⁵.

En los relatos de las tentaciones y en todo el Evangelio encontramos la victoria de Jesús sobre el poder del Demonio. Es decir, la victoria de la verdad sobre la mentira. Sabemos que el Demonio en su lucha contra Jesús asume su derrota, pero no se da por vencido y amenaza con volver: «El Diablo se alejó de Él hasta el tiempo propicio» (Lc 4,13). Este tiempo propicio lo vemos materializado en el inicio de la Pasión: «Entonces Satanás entro en Judas» (22,3). Esto mismo sucede con los discípulos del Señor que en ningún momento deben sentirse libres de tentación, como advierte el Señor en la oración del Padre nuestro: «no nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal» (Mt 6,13). En consecuencia, si queremos permanecer en la verdad debemos estar preparados con las armas de la fe para luchar contra Satanás uno y otro día hasta que llegue el momento de ir a la casa del Padre; porque el Enemigo que ha salido del corazón del hombre se dice: «Me volveré a mi casa, de donde salí» (Mt 12,44). No obstante, en este mismo texto Jesús nos advierte que la lucha será cada día más fuerte, ya que el Demonio al ver que la casa está limpia y en orden decide ir por otros espíritus perores que él, para hacer daño a las almas de Dios (cf. Mt 12,45). Pero el poder de Dios es más grande.

Sí, el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero. La causa de Dios parece estar siempre como en agonía. Sin embargo, se demuestra siempre como lo que verdaderamente permanece y salva. Los reinos de la tierra, que Satanás puso en su momento ante el Señor, se han ido derrumbando todos. Su gloria, su *doxa*, ha resultado ser apariencia. Pero la gloria de Cristo, la gloria humilde y dispuesta a sufrir, la gloria de su amor, no ha desaparecido ni desaparecerá [...] En la lucha contra Satanás ha vencido Jesús: frente a la divinización fraudulenta del poder y del bienestar, frente a la promesa mentirosa de un futuro que, a través del poder y la economía, garantiza todo a todos, Él contrapone la naturaleza divina de Dios, Dios como auténtico bien del hombre⁷⁶.

Así, pues, la victoria de Cristo sobre el reino de la iniquidad ha conseguido la instauración del Reino de la verdad. Nuestro Señor ha devuelto a toda la creación la belleza y orden originarios, que se habían perdido en los orígenes de la creación por envidia del Demonio (cf. Sb 2,24; Gn 3). Por tanto, gracias a Jesucristo ahora nos toca vivir en una realidad nueva que tiene como meta el Reino de Dios.

Por eso es necesario dar el paso hacia el reinocentrismo, hacia la centralidad del reino. Éste sería, al fin y al cabo, el corazón del mensaje de Jesús, y ésta sería la vía correcta para unir por fin las fuerzas positivas de la humanidad en su camino hacia el futuro del mundo; 'reino' significaría simplemente un mundo en el que reinan la paz, la justicia y la salvaguardia de la creación⁷⁷.

⁷⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Jesús de Nazaret*, 69.

⁷⁶ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 70.

⁷⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 81.

En los Evangelios Jesús aparece fundamentalmente como el que está al servicio del Reino de Dios, que consiste en la bienaventuranza de los justos. Pero para alcanzar esta meta el Señor invita a sus discípulos a vivir de una manera nueva el mandamiento del amor (cf. Lc 10,27; Dt 6,5). En este sentido, nuestro teólogo considera que «el amor es el fuego que purifica y une razón, voluntad y sentimiento, que unifica al hombre en sí mismo gracias a la acción unificadora de Dios [...], así entra el hombre en la morada de Dios y puede verlo»⁷⁸. Por lo tanto, podemos afirmar que este Reino de Dios que nos ha traído Jesús es para todos los hombres, y no sólo para unos cuantos privilegiados, como sucedía con el pueblo de la antigua Alianza. A pesar de que en las enseñanzas veterotestamentarias ya se advertía su cumplimiento con un alcance universal, afirma Ratzinger que Jesús «ha traído la universalidad, que es la grande y característica promesa para Israel y para el mundo. La universalidad, la fe en el único Dios de Abraham, Isaac y Jacob, acogida en la nueva familia de Jesús que se expande por todos los pueblos superando los lazos carnales de la descendencia»⁷⁹.

Jesús también nos ayuda a entender que no puede haber un auténtico servicio a la verdad sino hay reconciliación, porque no puede haber verdad sin perdón, ni perdón sin verdad. Por esta razón, descubrimos en los Evangelios que en el centro del mensaje de Jesucristo está el perdón. Como sabemos toda la vida y ministerio del Señor desembocarán en el misterio de la pasión, muerte y resurrección, que serán para el perdón de los pecados. Este perdón que da el Señor a todos los hombres de manera objetiva, se debe hacer realidad de manera subjetiva en cada uno mediante la apertura a la gracia en la celebración de los sacramentos, de manera especial el de la Reconciliación. Pero al mismo tiempo los reconciliados con Dios deben vivir este perdón con sus semejantes, al estilo de Jesucristo, perdonando a los enemigos (cf. Mt 5,44), aunque para algunos resulte insólito.

La idea de que el perdón de las ofensas, la salvación de los hombres desde su interior, haya costado a Dios el precio de la muerte de su Hijo se ha hecho hoy muy extraña: recordar que el Señor “soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros dolores”, que fue “traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes” y que “sus cicatrices nos curaron” (Is 53, 4-6), hoy ya no nos cabe en la cabeza. A esta idea se opone por un lado la banalización del mal en que nos refugiamos, mientras que, por otro, utilizamos los horrores de la historia humana, precisamente también de la más reciente, como pretexto concluyente para negar la existencia de un Dios bueno y difamar a su criatura, el hombre. Pero también la imagen individualista del hombre nos impide entender el gran misterio de la expiación⁸⁰.

Por tanto, el verdadero perdón al que está al servicio la Iglesia nace del acontecimiento Cristo, que lleva a una verdadera reconciliación a los

⁷⁸ J. RATZINGER, “Jesús de Nazaret”, G. DERVILLE, *Amor y Desamor: La pureza liberadora*, Traducción de Mercedes Villar, RIALP, Madrid 2015, 97.

⁷⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 148.

⁸⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 195.

hombres en todo el orbe, para que vivan en una auténtica fraternidad y concordia. Ésta es la verdadera revolución que, según Ratzinger, ha supuesto para toda la creación el amor ofrendado de nuestro Dios hecho hombre hasta su muerte en cruz (cf. Flp 2). «En la entrega de sí mismo en la cruz, Jesús deposita, por decirlo así, todo el pecado del mundo en el amor de Dios, y en él lo limpia. Unirse a la cruz, entrar en comunión con Cristo, significa entrar en el ámbito de la transformación y la expiación»⁸¹.

Los Evangelios nos conducen al encuentro con Jesucristo, la verdad hecha carne realmente presente en la Sagrada Eucaristía. Él es el alimento de nuestra salvación, es la pregustación de la vida del cielo que aguardamos alcanzar. Esta verdad es la que la Iglesia ha defendido y servido a la largo de los siglos. Ésta es la verdad que ha conservado la identidad de la Iglesia católica ante los múltiples adversarios que ha encontrado en su largo peregrinar. Como sabemos ésta es una de las verdades centrales de nuestra fe cristiana, que la Iglesia, servidora de la verdad, fiel a su Señor nos ha transmitido.

Mientras en Marcos (14,22) y Mateo (26,26) las palabras sobre el pan son sólo: “Tomad, esto es mi cuerpo”, en Pablo se lee: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros” (1Co 11,24), y Lucas completa con pleno sentido: “Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros” (22,19). En Lucas y Pablo sigue inmediatamente el mandato de repetir lo que hizo Jesús: “Haced esto en conmemoración mía”, que falta en Mateo y Marcos. Las palabras sobre el cáliz en Marcos rezan: “Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por muchos” (14, 24); Mateo añade aún: “[...] por muchos para el perdón de los pecados” (26, 28). Según Pablo, sin embargo, Jesús dijo: “Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía” (1 Co 11, 25). Lucas lo formula de modo similar, pero con pequeñas diferencias: “Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros” (22, 20). Aquí falta la segunda orden de repetir la acción [...] La narración de la institución comienza en los cuatro textos con dos afirmaciones sobre el obrar de Jesús que han adquirido un significado esencial para la recepción en la Iglesia de todo el conjunto. Se nos dice que Jesús tomó pan, pronunció la bendición y la acción de gracias, y lo partió. Al comienzo se pone la *eucharistia* (Pablo y Lucas) o bien la *eulogia* (Marcos y Mateo): ambos términos indican la *berakha*, la gran oración de acción de gracias y bendición de la tradición judía, que forma parte tanto del rito pascual como de otros convites. No se come sin dar las gracias a Dios por el don que Él ofrece: por el pan que nace y crece en la tierra, y también por el fruto de la vid⁸².

Desde este punto de vista teológico, el término Eucaristía, tal como lo acabamos de ver, expresa la oración de acción de gracias que la Iglesia tributa a Dios, la cual nace, no obstante, de la experiencia de un Dios que se acerca al hombre, no sólo para darle su bendición y unas palabras de consolación, sino, sobre todo, para colmarlo con su

⁸¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 54.

⁸² J. RATZINGER, BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Traducción de J. Fernando del Río, Encuentro, Madrid 2011, 152-153.

presencia, hasta el punto de hacerse alimento y dejarse comer por él. De esta manera, el hombre queda asimilado por Dios; es decir, el hombre se une a Dios, se hace uno con Él. Así pues, el creyente no puede quedar indiferente y surge en su interior un deseo grande de gratitud y un deseo de corresponder con su amor a tanto amor experimentado.

Partiendo de las palabras de acción de gracias de Jesús, que dan a la *berakha* judía un nuevo centro, la oración de acción de gracias, la *eucaristia*, se manifiesta cada vez más como el verdadero modelo de referencia, como la forma litúrgica en la que las palabras de la institución poseen su propio sentido y se presenta el culto nuevo en sustitución de los sacrificios del Templo: la glorificación de Dios en la palabra, pero en una palabra que se ha hecho carne en Jesús y que ahora, a partir de este cuerpo de Jesús que ha atravesado la muerte, abarca al hombre por entero, a toda la humanidad, y se convierte en el comienzo de una nueva creación⁸³.

La Eucaristía, por tanto, es la verdad que alimenta, que salva y da vida eterna. Pero esta verdad tiene que ver también, como ya hemos dicho en otro momento, con la cruz, porque en ella se consuma la entrega de nuestro Señor. La Eucaristía es la carne entregada en la cruz por nuestra salvación: la «cruz y resurrección forman parte de la Eucaristía, y sin ellas no es ella misma. Pero como el don de Jesús es esencialmente un don radicado en la resurrección, la celebración del sacramento debía estar vinculada necesariamente con la memoria de la resurrección»⁸⁴.

Como sabemos, en el cenáculo, nuestro Señor, inaugura el sacramento del amor ofrendado y lo hace en comunión con sus discípulos, en los cuales está representada la Iglesia. Aquí podemos ver que el deseo de nuestro Señor no es sólo garantizar la comunión de sus discípulos entre sí, sino que esa comunión brota de su entrar en comunión con Él; es decir, en comunión con Dios.

La Eucaristía es el acontecimiento visible de reunión que es un entrar en comunión con el Dios vivo, que acerca desde dentro a los hombres unos a otros. La Iglesia nace de la Eucaristía. De ella recibe su unidad y su misión. La Iglesia proviene de la Última Cena, pero precisamente por eso se deriva de la muerte y resurrección de Cristo, anticipadas por Él en el don de su cuerpo y su sangre⁸⁵.

En conclusión, podemos decir con Ratzinger que, la verdadera pretensión de los Evangelios sinópticos, tal como lo acabamos de ver, es la de haber transmitido correctamente el contenido de las palabras, el testimonio personal de Jesús mismo con respecto a los grandes acontecimientos vividos en Jerusalén, de manera que el lector reciba,

⁸³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 168.

⁸⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 170.

⁸⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 165.

sin temor a equivocarse, los contenidos decisivos de este mensaje y encuentre en ellos la figura verdadera y auténtica de Jesús⁸⁶.

2.3.2 La teología paulina al servicio de la verdad

En este apartado también haremos una breve aproximación lingüística al concepto de verdad, para poder luego hacer una consideración teológica del mismo. Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta que Pablo se caracteriza por su servicio a la verdad, ya sea en libertad o en prisión, en salud o enfermedad, en abundancia o escases, en todo es sólo de Cristo y de la Iglesia (cf. 2Co 11,21b-33). Pablo considera que en él está “la verdad de Cristo” (2Co 11,10) y, como sabemos, no descansará en su servicio apostólico hasta que, en lo posible, todos los hombres conozcan la verdad y se salven (cf. 1Tm 2,4).

Benedicto XVI nos exhorta a buscar como Pablo una auténtica experiencia de Cristo⁸⁷; que tuvo como punto de inicio su encuentro con el Resucitado camino a Damasco, donde una luz potente lo dejó ciego. Es el esplendor del Resucitado, afirma Sánchez, que nos revela su realidad interior, su ceguera respecto de la verdad, de la luz que es Cristo. «Toda conversión supone cambio, un giro en la vida que renuncia a lo malo y acoge y vive según la verdad y el bien que se muestran en Dios»⁸⁸.

En primer lugar, se señala que el concepto de verdad en San Pablo tiene un sentido universal. No obstante, hay que decir que Pablo toma elementos, tanto de la concepción griega de verdad y los matices que tenía en los LXX⁸⁹. En este sentido, se dice que al uso lingüístico griego corresponden giros como: ‘de acuerdo con la verdad’ (*katá aletheian*: Rm 2,2), ‘decir la verdad’ (*aletheian légein*) en contraposición a la insinceridad, a la mentira (Rm 9,1; 2Co 12,6; cf. Ef 4,25; 1Tm 2,7; St 3,14) o ‘plasmación de la verdad’ (*mórfosis tes aletheías*: Rm 2,20). A este contexto pertenece también la concepción de la verdad como veracidad, rectitud y sinceridad, tal como aparece, principalmente, en textos parenéticos (2Co 7,14; 1Co 5,8; 11,10; Flp 1,18; cf. Ef 4,15.24; 5,9)⁹⁰. A la vez, Pablo utiliza la expresión ‘decir la verdad’ (Rm 9,1; 2Co 12,6; Ef 4,25; 1Tm 2,7)⁹¹, como actitud propia del cristiano. Sin embargo, parece que el sentido griego es menos usado por San Pablo

⁸⁶ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 273.

⁸⁷ C. ROSELL DE ALMEIDA, «Benedicto XVI, el Papa de la fe». En: REVISTA TEOLÓGICA LIMENSE 47 (2013), 8. En adelante citaremos «Benedicto XVI, el Papa de la fe».

⁸⁸ G. SÁNCHEZ ROJAS, «Un legado doctrinal para el siglo XXI: El magisterio de Benedicto XVI (Segunda parte)», REVISTA TEOLÓGICA LIMENSE 47 (2013), 373. En adelante citaremos «Un legado doctrinal para el siglo XXI (II)».

⁸⁹ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1917; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 932.

⁹⁰ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 337.

⁹¹ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1917; cf. ID., «Verdad», *VTB*, cols. 2 y 1, 932-233.

con relación al sentido hebreo de verdad, que está emparentado al concepto de fidelidad.

En el sentido de fidelidad se toma *aletheia* en Rm 15,8, donde aparece como confirmación de las antiguas promesas a los patriarcas. Ga 2,5 habla, igualmente, de la segura permanencia de la verdad. Las afirmaciones de Rm 3,3-7 se comprenden sólo sobre el telón de fondo de la idea veterotestamentaria de *'emet*⁹².

Profundamente bíblica es la expresión «la verdad de Dios» (Rm 3,7; cf. 3,3; 15,18; 2Co 1,18ss) que significa aquí la fidelidad de Dios a sus promesas, que tiene su pleno cumplimiento en el sí de Cristo⁹³. La validez de la verdad queda acentuada, por tanto, cuando se habla de la sedición contra la verdad (Rm 2, 8; Ga 2, 14). Ello implica la idea del AT de que la verdad ha de ser realizada y, por tanto, exige obediencia (cf. 1Co 13,6; 2Co 13,8; Ga 5,7; 1P 1,22), en oposición directa a la mentira de los ídolos (cf. Rm 1, 25), propia de las religiones paganas.

El aporte de San Pablo ha logrado establecer una relación entre verdad y mensaje de Cristo, por un lado, y entre verdad y revelación de Dios, por otro. Es decir, ha logrado establecer una relación estrechísima entre la verdad y la persona de Cristo⁹⁴. Él, p. e., usa algunas expresiones como, «la verdad de Cristo» (2Co 11,10), «la realidad de Jesús» (Ef 4,21) o «la fragancia del conocimiento de Cristo» (2Co 2,1: aquí, no con *aletheia*, sino con *gnósis*). Además, San Pablo califica el mensaje del Evangelio como “palabra de verdad” y como «evangelio de verdad» (2Co 6,7; Ga 2,5.14; Col 1,5; cf. 2Tm 2,15; St 1,18; Ga 4,16: *alétheúo*; Ef 1,13)⁹⁵ y puede así compendiar todo el contenido del evangelio en el término de verdad usado absolutamente (2Co 13,8; Ga 5,7)⁹⁶. En fin, dice Pablo: «no falseamos la palabra de Dios, sino que, manifestando la verdad, nos recomendamos a la íntima conciencia que tiene todo hombre ante Dios» (2Co 4, 2).

En Rm 1,18-25 vemos que Pablo no se conforma con la revelación natural, sino que da el paso a la revelación cristológica⁹⁷, porque sólo desde Cristo se conoce la verdad plena. No obstante, esto hace que brote en el corazón del Apóstol el celo por el anuncio de la verdad de Cristo, del Evangelio: «No tengo más remedio, y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1Co 9,16). De hecho, Pablo se presenta al mundo con el anuncio de Cristo y éste crucificado⁹⁸.

En las cartas pastorales de San Pablo podemos ver cuál es la teología que nos ha legado. En primer lugar, encontramos la frase: *epígnósis*

⁹² H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 337.

⁹³ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 2, 1917; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 932.

⁹⁴ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1918; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 933.

⁹⁵ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 2, 1917; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 1, 933.

⁹⁶ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 337.

⁹⁷ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 337-338.

⁹⁸ Cf. G. SÁNCHEZ ROJAS, «Un legado doctrinal para el siglo XXI (II)», 375.

aletheías, es decir, conocimiento de la verdad (1Tm 2,4; 2Tm 2,25; 3,7; Tt 1,1). Para los expertos esta expresión es equivalente a la fórmula *hygiainousa didaskalia* (cf. 1Tm 1,10; 2Tm 4,3ss; Tt 1,9; 2,1) y significa, al igual que ésta, la recta enseñanza del cristianismo, en contraposición a las falsas teorías de los adversarios. A esta insistencia pedagógica en la comprensión de la verdad como recta doctrina, con el término *epígnósis* viene a añadirse un elemento racional, que acentúa la inteligibilidad de la verdad y deniega esa comprensión a los adversarios de la verdad (cf. 1Tim 1,7; 6,5; 2Tim 3,8). Resumiendo, se nos dice que *epígnósis aletheías* significa el conocimiento cristiano, que procede de la recta doctrina y se traduce en la vida (Dibelius, 2)⁹⁹.

San Pablo, en sus cartas, recibe el encargo de llevar la verdad del Evangelio de manera particular a los paganos. A esta realidad Ratzinger lo define como el ‘tiempo de los paganos’ que vendría a ser ‘el tiempo de la Iglesia’. No obstante, señala que esta verdad ha sido transmitida por todos los Evangelios y que San Pablo lo lleva a cumplimiento, fundamentalmente centrandolo su mensaje en el misterio de la Cruz:

El mensaje de la cruz es necesidad para los que están en vías de perdición; pero para los que están en vías de salvación -para nosotros- es fuerza de Dios [...] Y si no, hermanos, fijaos en vuestra asamblea: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios; lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los fuertes [...] De modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor” (1Co 1,18.26-29).

En otro texto nos dice San Pablo: «Que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio» (1 Co 3, 18). Pero ¿qué se quiere decir con este ‘hacerse necio’, con este ‘hacerse débil’ que permite al hombre acoger la voluntad de Dios y, en consecuencia, conocerlo?¹⁰⁰ De esta manera, San Pablo se convierte en servidor de la verdad para los gentiles de todos los tiempos¹⁰¹.

El servicio a la verdad, para San Pablo, consiste en presentar a Jesús como el único mediador; planteando de esta manera una radical demarcación con el mundo pagano que presentaba una serie de divinidades intermedias, las cuales cumplían la función de mediación en la vida y destino de los hombres y de los pueblos. Así pues, Ratzinger nos refiere que San Pablo en «1Tm 2,6 habla de Jesús como el único mediador entre Dios y los hombres, ‘que se entregó en rescate por todos’. El significado salvífico universal de la muerte de Jesús se manifiesta aquí con claridad cristalina»¹⁰².

Para San Pablo la única mediación de Jesucristo está íntimamente relacionada con la fe en el acontecimiento de la resurrección, porque la

⁹⁹ Cf. H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 338.

¹⁰⁰ Cf. J. VIDAL, «Mirar a Jesús y ver al hijo de Dios, hecho hombre para nuestra redención», S. MADRIGAL (ed.) *El pensamiento de Joseph Ratzinger*, 73.

¹⁰¹ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 396.

¹⁰² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 162.

aceptación de la verdad del evangelio tiene lugar mediante la fe (cf. 2Tes 2,13; Tt 1,1)¹⁰³. Por tanto, advierte lo siguiente: “Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y quedamos como testigos falsos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es que los muertos no resucitan” (1Co 15,14-15).

San Pablo resalta con estas palabras de manera tajante la importancia que tiene la fe en la resurrección de Jesucristo para el mensaje cristiano en su conjunto: es su fundamento. La fe cristiana se mantiene o cae con la verdad del testimonio de que Cristo ha resucitado de entre los muertos¹⁰⁴.

3.3.3 El corpus joaneo al servicio de la verdad

En el *corpus joaneo* aparece Jesucristo identificado plenamente con la verdad, tal como Él mismo señala: «Todo el que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18,37b). De esta manera, afirma que no puede haber un verdadero servicio a la verdad, como pretendía Pilato, si no hay una verdadera acogida de su mensaje y de su persona. Por eso, Ratzinger consideraba que, para presentar la verdad acerca de Jesús y de su servicio a la verdad, y para hablar del origen del ser y de la misión de Jesús, es importante y necesario interrogarse sobre estas cuestiones, tal como lo hizo Pilato: «El juez romano pregunta sobre el origen de Jesús para entender quién es él realmente, y qué es lo que quiere. La pregunta por el origen de Jesús, como interrogante acerca de su origen más íntimo, y por tanto sobre su verdadera naturaleza»¹⁰⁵, sigue resonando en el mundo esperando una respuesta de parte de los hombres.

La pretensión de verdad, implícita en la actuación de Jesús, como hemos podido ver en los Evangelios sinópticos, queda en el *corpus joaneo* completamente manifiesta y profundamente subrayada. Además, la noción de verdad en la teología de San Juan ocupa un puesto notable, como realidad que se desvela¹⁰⁶. Por eso, nos atrevemos a decir que San Juan es el gran teólogo de la verdad, porque nos hace una presentación de Jesús y su mensaje como servidor de la verdad y como la misma verdad¹⁰⁷ que nos lleva a alcanzar la vida en plenitud. San Juan nos descubre que no hay vida verdadera, ni vida eterna sin verdad.

En la concepción joanea de verdad se conservan el concepto griego de *alétheia* como realidad desvelada o patente del ser, y el concepto veterotestamentario de *'emet* como firme seguridad, y ambos son

¹⁰³ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 2, 1917; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 1, 933.

¹⁰⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 281.

¹⁰⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, 10.

¹⁰⁶ I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 2, 1918; cf. I., «Verdad», *VTB*, col. 1, 934.

¹⁰⁷ Cf. I. DE LA POTTERIE, «La verdad de Jesús», L.J. ALONSO GONZÁLEZ, *Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador*, 30.

combinados para formar una nueva e inseparable unidad. Y el carácter inconfundible de esta peculiar concepción de verdad está en que Juan ya no sólo relaciona, como hiciera Pablo, el concepto de verdad con Cristo, sino que lo identifica con él¹⁰⁸.

Hemos de considerar, que en toda la teología joanea la verdad aparece revelada de manera histórica, la verdad acontece en el tiempo, la verdad se adentra en la vida de los hombres y la transforma¹⁰⁹. La verdad que aparece como una gran luz aleja las tinieblas del error y la ignorancia (cf. 1,4-5.9; 8,12; 1Jn 1,5-7), las cuales conducen a la muerte y destrucción. Aquí, por tanto, vemos una considerable superación de la mentalidad filosófica pagana y de la teología veterotestamentaria. Este progreso será esencial para un desarrollo posterior de la teología católica a la luz de la persona del Verbo hecho carne. En consecuencia, todo lo que hasta entonces se había revelado mediante una serie de imágenes y signos, ahora es la misma Palabra la que se manifiesta hecha carne (cf. Jn 16,25.29-30).

La mejor iniciación a la concepción joanea de verdad nos la ofrece la tercera parte del prólogo del Evangelio, Jn 1,14-18. El v. 14 nos habla de la encarnación del *lógos* en el unigénito Hijo de Dios¹¹⁰. A este Hijo hecho hombre le pertenece el señorío, que el v. 17 transcribe como gracia y verdad: 'El amor y la verdad se hicieron realidad en Jesucristo' (*egéneto*). Verdad no significa aquí, como para los griegos, lo-que-es-siempre-en-y-para-sí, sino el descubrimiento de la realidad divina mediante un acontecimiento histórico. Este acontecimiento queda transcrito con el nombre de Jesucristo, que sintetiza la persona y la historia del Hijo de Dios hecho hombre. La verdad tiene pues, en la concepción joanea, un carácter personal, histórico y de acontecimiento: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (14,6; cf. 4,24-26). Se puede hablar de un concepto de verdad medularmente cristológico. Y esto vale también para los otros aspectos del concepto joaneo de verdad¹¹¹.

Por tanto, hay que considerar, sin quitar el mérito a San Pablo, que San Juan es uno de los más grandes teólogos de su tiempo, ya que, consagrado a la verdad, nos comunica con mucha lucidez la verdad del misterio de Dios desde el acontecimiento de la encarnación de la Segunda Persona divina. Este misterio que estaba oculto ha visto la luz. Son muchos los episodios los que podríamos destacar, pero podemos decir, que todos los momentos de la vida oculta, de la vida pública desembocan en la Pasión. Por eso, la verdad que Jesús anuncia y

¹⁰⁸ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 339.

¹⁰⁹ Cf. I. DE LA POTTERIE, «La verdad de Jesús», J.L. ALONSO GONZÁLEZ, *Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador*, 35.

¹¹⁰ «El hombre Jesús es el 'acampar' del Verbo, del eterno *Logos* divino en este mundo. La 'carne' de Jesús, su existencia humana, es la 'tienda' del Verbo: la alusión a la tienda sagrada del Israel peregrino es inequívoca. Jesús es, por decirlo así, la tienda del encuentro: es de modo totalmente real aquello de lo que la tienda, como después el templo, sólo podía ser su prefiguración. El origen de Jesús, su 'de dónde', es el 'principio' mismo, la causa primera de la que todo proviene; la 'luz' que hace del mundo un cosmos. Él viene de Dios. Él es Dios. Este 'principio' que ha venido a nosotros inaugura -precisamente en cuanto principio- un nuevo modo de ser hombres» (J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, 19).

¹¹¹ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 339.

encarna no sólo procede de él mismo, sino que, además, nos remite a su origen en Dios (cf. 8,40). En el diálogo con Pilato se presenta Jesús como testigo de la verdad divina: «para eso nací yo y vine al mundo; todo el que está por la verdad me escucha» (18,37)¹¹².

En realidad se quiere decir que la verdad divina sólo es accesible mediante el (auto) testimonio de Jesús. La verdad que se encierra en Jesús significa, por consiguiente, la auto manifestación de la realidad divina, es decir, tiene calidad de revelación [...] En él está presente la verdad divina, él es el lugar histórico de la verdad. Con ello se toma el camino opuesto al concepto platónico de verdad: mientras en aquella verdad, a partir de la realidad concreta, se volatiliza en el mundo de las ideas invisibles, la verdad entendida como revelación en Jesús baja del reino de la divinidad invisible a la concreción de la vida inmanente e histórica. Pero ello significa que la encarnación, y por tanto la humanidad del Señor, es la decisiva revelación de Dios. La pregunta de Pilato “¿qué es verdad?” (18,38) representa la concepción griega de verdad, dirigida al conocimiento de objetos. En la confrontación con Jesús, Pilato entiende la verdad como un ‘qué’ objetivo, y no cae en la cuenta de que está ante la verdad en persona¹¹³.

En la teología joanea vemos que juega un papel central el misterio encarnatorio, el cual no deja de manifestarse plenamente hasta su consumación en la manifestación triunfal de la cruz. En la cruz es glorificado Dios y, por ende, es glorificado el Hijo de Dios. En la cruz se manifestará la gloria de Dios (cf. Jn 3,14; 8,28; 12,23.32-34). Es decir, se revelará la verdad de manera plena y total.

Ello se puede entender, en primer lugar, en el sentido de que Jesús, en su anuncio, dice la verdad (8,40.45.46; 16,7). Pero la verdad no sólo se manifiesta en las palabras de Jesús, sino también en sus obras y en la entrega de su vida. Esto queda claro en el discurso de despedida de Jesús (17,17-19)¹¹⁴. La palabra de verdad, que conduce a la verdad, se manifiesta incluso en la muerte de Jesús por los suyos y por el mundo. Con ello, la vida histórica de Jesús, tanto al anunciar como al obrar y al padecer, se presenta como la palabra comprometedora de la verdad¹¹⁵.

En San Juan también podemos ver que el servicio a la verdad está íntimamente ligado a la búsqueda de la libertad por parte del hombre,

¹¹² «Para Kelsen, la pregunta de Pilato es la expresión del necesario escepticismo del político. De ahí que la pregunta sea ya en cierto modo también respuesta: la verdad está fuera del alcance humano [...] Pilato inmediatamente se dirigió a la multitud [...] Puesto que no sabe qué es lo justo, deja que sea la mayoría la que decida al respecto» (J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia. La Verdad interroga al Corazón*, Traducción de José Ramón López Arangüeña, Palabra, Madrid 2010, 58-59).

¹¹³: H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 339-340; cf. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, cols. 2 y 1, 1918-1919; cf. ID., «Verdad», *VTB*, cols. 1 y 2, 934.

¹¹⁴ «Santificalos en la verdad. La verdad es ahora el «lavatorio» que hace a los hombres dignos de Dios. Esto nos permite comprender aquí a Jesús. El hombre debe estar inmerso en la verdad para que sea liberado de la suciedad que lo separa de Dios. A este respecto no podemos olvidar que Juan no toma en consideración un concepto abstracto de verdad; él sabe que Jesús es la verdad en persona» (RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, 76).

¹¹⁵ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 340.

que experimenta una serie de ataduras que lo esclavizan. Fundamentalmente, esta falta de libertad, se ve expresada en una serie de actos egoístas que impiden el ejercicio de la caridad para con sus semejantes. Asimismo, el hombre se ve asediado por una fuerza opuesta al bien que no lo deja hacer la voluntad de Dios. Es, por tanto, en esta situación en la que el hombre encuentra la acción liberadora de Cristo, porque Él es la verdad que libera.

La verdad divina, manifiesta en Jesús, se opone al poder de la mentira. En 8,44 ésta es referida al demonio, que es un 'asesino' y 'nunca ha estado con la verdad' [...] Sólo con la aparición de Jesús se presenta también el poder de la mentira en toda su maldad como oposición contra la verdad de Dios, y entonces es juzgado (3,19-21; 16,8ss). En su encuentro con Jesús 'los judíos' adoptan una actitud de rechazo que desenmascara su devoción por la Ley y la manifiesta como cautiverio en poder del pecado (8,30-36). A los seguidores de Jesús, por el contrario, se les promete una verdadera libertad, que consiste en renunciar al egoísmo y seguir el camino de Jesús como definitiva realidad. Vosotros, para ser de verdad mis discípulos, tenéis que ateneros a ese mensaje mío; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres"¹¹⁶.

Por tanto, podemos preguntarnos ¿cómo podemos llevar adelante esa lucha contra la mentira? Ciertamente, la respuesta puede parecer muy sencilla de formular, más no de encarnar en nuestra propia vida. P. e., por comodidad o por cualquier otro motivo, los hombres con mucha facilidad mienten. En este sentido, nuestro Señor, conocedor de nuestra propia fragilidad, promete a sus discípulos el envío del Espíritu Santo, quien recibirá la misión de conducir a los discípulos a toda la verdad (cf. 16, 13), dándoles fortaleza para luchar contra Satanás, espíritu de la mentira. No obstante, para Juan, la función principal del Espíritu es de dar testimonio de Cristo (cf. 15,26; 1Jn 5,6)¹¹⁷. Sostiene Ratzinger que,

esta verdad, encarnada en Jesús, que descubre y vence a la mentira, se comunica mediante el espíritu de verdad (4,23s; 14,17; 15,26). La acción del Espíritu consiste en mantener el recuerdo de Jesús (14,26) y en abrir a la verdad futura (16,13). "Lo que viene es el futuro de la verdad, que estuvo en la persona, la vida y la obra de Jesús, y ahora está presente de nuevo y plenamente en el espíritu" (Schlier, 199). Así 'reconforta' el espíritu de verdad (*parákletos*) a la comunidad que vive en el mundo mediante la actualización de la verdad puesta al descubierto por Jesús¹¹⁸.

Ratzinger afirma que «en este recordar de la Iglesia ocurre lo que el Señor había anticipado a los suyos en el Cenáculo: "Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena [...]" (Jn 16,13) »¹¹⁹, a la misma verdad y entera verdad de Cristo, a la verdad íntima de

¹¹⁶ H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 340.

¹¹⁷ cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, cols. 1 y 2, 1919; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 934.

¹¹⁸H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 340; cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1 y 2, 1919; cf. ID., «Verdad», *VTB*, col. 2, 934.

¹¹⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 277.

Cristo¹²⁰. Este Evangelio «abre también un camino de comprensión, un camino que permanece siempre unido a esta palabra y que, sin embargo, puede y debe guiar de generación en generación, de manera siempre nueva, hasta las profundidades de la verdad plena»¹²¹.

Por eso, nos dice Jesucristo: «el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios» (Jn 3, 21). Así queda garantizada la acción humana como realización de la verdad en el seguimiento de Jesús. También podemos ver que las cartas de Juan insisten de un modo especial en esto: «Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad» (1Jn 1,6; cf. 2Jn 1-3; 3Jn 3). Por esta razón, el apóstol y evangelista Juan nos invita a todos los cristianos a hacerse «colaboradores en la obra de la verdad» (3Jn 8.12).

Los hijos de la Iglesia viven en la verdad solo si reconocen su condición de pecadores y, de esta manera, ellos se convierten en servidores de la verdad; porque «si decimos: ‘No tenemos pecado’, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es él, para perdonarnos nuestros pecados y purificarnos de toda injusticia. Si decimos: ‘No hemos pecado’, le hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros» (1Jn 1, 8-10). Puesto que también los bautizados siguen siendo pecadores, tienen necesidad de la confesión de los pecados, que «nos lava de todos nuestros delitos»¹²².

En la teología joanea podemos advertir también que el servicio a la verdad forma parte del ministerio apostólico. Por eso, cuando el evangelista Juan presenta a Jesús como el «Buen Pastor que da su vida por sus ovejas» (10,11.14.18), quiere que aquellos a los que ha asociado al ministerio apostólico hagan lo mismo: «os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (13,15). Por esta razón, podemos decir que Cristo sirve a los hombres a través de los hombres. Cristo es, por tanto, el que sigue pastoreando a su Iglesia. Esta tarea lo ha encargado a sus discípulos y de una manera muy especial a Pedro: Ahí está lo más personal de la llamada: se dirige a Simón por su nombre propio, ‘Simón’ (cf. 21,15-17), y se menciona su origen, misión y final. Se le pregunta por el amor que le hace ser una sola cosa con Jesús. Así llega a las ovejas ‘a través de Jesús’; no las considera suyas, sino como el ‘rebaño’ de Jesús. En consecuencia, el verdadero pastor, es el buen pastor y es el que sirve a la verdad y no se aprovecha de las ovejas.

Para el ladrón, para los ideólogos y dictadores, las personas son sólo cosas que se poseen. Pero para el verdadero pastor, por el contrario, son seres libres en vista de alcanzar la verdad y el amor; el pastor se muestra como su propietario precisamente por el hecho de que las conoce y las ama, quiere

¹²⁰ Cf. J.L. ALONSO GONZÁLEZ, *Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador*, 33-34.

¹²¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 279.

¹²² Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 92-93.

que vivan en la libertad de la verdad. Le pertenecen mediante la unidad del 'conocerse', en la comunión de la verdad, que es Él mismo¹²³.

En San Juan presenta el tema de la verdad mediante una serie de imágenes bíblicas del AT. No obstante, estas imágenes nos revelan la verdadera identidad y misión del Señor. Por eso, podemos decir que estas representaciones son muy luminosas, porque nos ayudan a acercarnos a la verdad desde distintos ángulos. En este sentido, Ratzinger dice que estas expresiones encierran el contenido del 'Yo soy' que, «en Juan hay siete de estas imágenes; y el que sean precisamente siete no puede considerarse una simple casualidad: Yo soy el pan de vida, la luz del mundo, la puerta, el buen pastor, la resurrección y la vida, el camino y la verdad y la vida, la vida verdadera»¹²⁴.

Por tanto, el discípulo, servidor de la verdad, debe identificarse con su Maestro según estas imágenes que acabamos de mencionar; porque es el amor servicial de Jesús el que nos saca de nuestra soberbia y nos hace capaces de Dios, de la verdad¹²⁵: «Se levanta de la mesa, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y comienza a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido» (Jn 13, 4s).

El Señor sabe muy bien que la misión de los discípulos, en esa plena identificación con Él, no va a ser fácil. Por esta razón, en el contexto de la 'Última Cena', eleva sus plegarias al Padre, pidiendo por cada uno de ellos: «Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad [...] Por ellos me consagro yo para que también se consagren ellos en la verdad» (Jn 17,17.19). Se trata, pues, de una oración de intercesión, con la que cuenta el servidor de la verdad de manera continua y eficaz, por parte de Aquel que lo eligió (cf. Jn 15,16). Como sabemos todo el capítulo 17 de San Juan es denominado como la oración sacerdotal de Jesús. Oración que da paz y seguridad al discípulo en el ejercicio de su ministerio.

En Jn 17,19b Jesús dice: «Para que ellos también sean santificados en la verdad». Para el evangelista la función de la verdad debe quedar bien arraigada en la vida de los cristianos, porque el discípulo debe «ser de la verdad» (Jn 18, 37; 1Jn 3, 19). Por esta razón, debe vivir de manera permanente bajo el influjo de la verdad (2Jn 4)¹²⁶. Ratzinger explicando indica que el discípulo queda consagrado no sólo de manera ritual, sino en todo su ser.

Santificalos en la verdad. Aquí, la verdad es considerada como fuerza de la santificación, como 'su consagración' [...] Los discípulos de Jesús son santificados, consagrados 'en la verdad'. La verdad es el baño que los purifica, la verdad es la vestidura y la unción que necesitan. Esta 'verdad' purificadora y santificadora es, en último análisis, Cristo mismo. Han de ser

¹²³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 330.

¹²⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 407.

¹²⁵ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 73.

¹²⁶ I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 2, 1919; cf. ID., «Verdad», *VTB*, cols. 2 y 1, 934- 935.

sumergidos en Él, han de ser como ‘revestidos’ de Él y, de este modo, hacerse partícipes de su consagración, de su cometido sacerdotal, de su sacrificio¹²⁷.

Por tanto, así como todo el ser del Señor está consagrado en la verdad también lo estarán aquellos a quienes ha llamado al ministerio apostólico y, por ende, a los sacerdotes. La Iglesia, conocedora de esta doctrina admite que por la ordenación sacerdotal todo el ser del hombre llamado a este ministerio queda consagrado de verdad y en la verdad.

Y, si con la consagración de los discípulos en la verdad se trata en último análisis de la participación en la misión sacerdotal de Jesús, podemos vislumbrar entonces en estas palabras del Evangelio de Juan la institución del sacerdocio de los Apóstoles, del sacerdocio neotestamentario que, en lo más hondo, es un servicio a la verdad¹²⁸.

Pero no podemos quedarnos sólo en una comprensión teológica de este texto aplicándolo al sacramento del orden, sino también al sacerdocio común; porque el sacerdocio de Cristo alcanza a todos los que por el Bautismo son incorporados a Cristo y a la Iglesia. Por tanto, todo bautizado participa del sacerdocio de Cristo y está llamado a servir a la verdad, como ya indicaba nuestro teólogo.

La Iglesia nace de la oración de Jesús. Pero esta oración no es solamente palabra: es el acto en que Él se ‘consagra’ a sí mismo, es decir, ‘se sacrifica’ por la vida del mundo. También podemos decir, dándole la vuelta a la afirmación: en la oración, el acontecimiento cruel de la cruz se hace ‘palabra’, se convierte en fiesta de la expiación entre Dios y el mundo. De eso brota la Iglesia como la comunidad de los que, por la palabra de los Apóstoles, creen en Cristo (cf. 17,20)¹²⁹.

En consecuencia, toda la Iglesia, nacida del costado abierto del Señor (cf. Jn 19), se hace servidora de esta verdad. Por eso, este ministerio lo ejercerá con mucho celo, porque sabe que esa es la voluntad de su Señor, expresada de una manera clara en la oración sacerdotal.

La pasión y muerte son como los acontecimientos centrales de la vida del Señor, en ellas, juega un papel importante el juicio que se le sigue. Se trata, como sabemos, de un juicio improvisado y fraudulento. Es decir, de un juicio carente de verdad y honestidad; donde priman los intereses humanos y terrenos de sus adversarios, antes que la dignidad de una persona justa y, en este caso, antes que la verdad de un Dios que «ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

Sin más, centrémonos en el interrogatorio que hace Pilato a Jesús. Un interrogatorio que parece una discusión filosófica, pero que en realidad se trata de algo mucho más profundo; ya que la cuestión en el fondo no sólo versa sobre ¿Qué es la verdad? Sino ¿Quién es la verdad? En este contexto, vemos que el adversario se queda sin argumentos

¹²⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 110.

¹²⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 111.

¹²⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 123.

ante la verdad que lo sobrepasa. Ante la pregunta de Pilato: «Conque ¿tú eres rey?». Jesús responde: «Tú lo dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz» (Jn 18,37).

«Si Jesús basa su concepto de reinado y de reino en la verdad como categoría fundamental, resulta muy comprensible que el pragmático Pilato preguntara: ‘¿Qué es la verdad?’ (18, 38)»¹³⁰. Aquí nos acercamos a la pregunta de un hombre que se muestra pragmático ante la realidad del Hombre que tiene ante sus ojos. La pregunta parece hecha con superficialidad y con un cierto escepticismo. Sin embargo, hay que advertir de que se trata de una cuestión muy seria, en la cual se juega efectivamente el destino de la humanidad. Entonces, ¿qué es la verdad? ¿La podemos reconocer? ¿Puede entrar a formar parte como criterio en nuestro pensar y obrar, tanto en la vida del individuo como en la de la comunidad?

Entonces, ¿qué sucedió con el juicio que se le hizo a Jesús? A simple vista, podemos decir, que la sensación que queda es que la mentira ha podido más que la verdad. Que el mal ha triunfado sobre el bien. Esta misma impresión tienen los hombres de nuestro mundo cuando ven las injusticias que se cometen contra los más indefensos y poblaciones vulnerables: niños por nacer, niños abandonados o de escasos recursos, mujeres y grupos étnicos minoritarios.

Pero al final ganó en él la interpretación pragmática del derecho: la fuerza pacificadora del derecho es más importante que la verdad del caso; esto fue tal vez lo que pensó y así se justificó ante sí mismo. Una absolución del inocente podía perjudicarlo personalmente -el miedo a eso fue ciertamente un motivo determinante de lo que hizo-, pero, además, podía provocar también otros trastornos y desórdenes que, precisamente en los días de Pascua, había que evitar¹³¹.

En conclusión, podemos advertir que en el supuesto fracaso del Señor ha triunfado la verdad, ha triunfado Dios; venciendo con su muerte las propuestas engañosas del Demonio, que prometen una prosperidad y felicidad terrenas, que prometen un paraíso mundano. No obstante, nuestro Señor si hubiese querido seguir viviendo unos años más en este mundo, con mucha facilidad, como lo han hecho y lo hacen muchos hombres, hubiese renunciado a su misión de cumplir con la voluntad del Padre. Pero no actuó así, tal como nos dice el mismo Señor: «Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna» (Jn 12,49-50a). Es, por tanto, en este hacer la voluntad del Padre donde está el triunfo sobre el mal: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será derribado» (Jn 12,31).

¹³⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 224

¹³¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 234-235.

Por último, hacemos una breve alusión al libro del Apocalipsis, cuya autoría se da al evangelista Juan, donde el concepto de verdad depende más de su significado veterotestamentario, que proveniente de la cultura filosófica griega. En este sentido, podemos ver, p. e., Ap 15,3 que hace propio textos explícitos del AT (cf. Sal 145,17; 16,7; 19,2). Se nos refiere también que “es frecuente, sobre todo, la unión de *pistos* y *aléthinós*; fiel y verdadero, es decir, digno de confianza, válido, en el sentido del término veterotestamentario *'emet* (3,14; 19,11; 21,5; 22,6)”¹³². Asimismo, podemos ver que el libro del Apocalipsis nos invita a seguir el camino de la verdad, porque los caminos del Señor son verdaderos y éstos corresponden con los justos designios de Dios en favor de los hombres (cf. 15,3-4); los cuales están llamados a elevar un canto nuevo delante del trono de Dios (cf. 14,3). No obstante, esta invitación, a seguir los caminos de la verdad, nace de un Dios que es veraz (cf. 3,14) y fiel (cf. 1,5) por naturaleza. Es decir, el Dios de los cristianos es veraz y fiel (cf. 19,11), frente al Diablo que es mentiroso e infiel desde el principio y es el seductor del mundo entero (cf. 12,9; 20,8ss). Pero al final triunfará la verdad, al final la victoria será del Cordero, cuyas palabras son verdaderas (19,9b) y de la Iglesia, su Esposa (cf. 19,1-10). El Diablo, por tanto, será condenado con todos sus ángeles y secuaces, arrojado al lago de fuego y azufre por toda la eternidad (cf. 20,10.14-15).

En el libro del Apocalipsis, podemos ver cómo la Iglesia perseguida es reconfortada en Cristo, tal como lo afirma Ratzinger: «Cuando encontramos en el Apocalipsis la formulación paradójica según la cual los salvados ‘han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del Cordero’ (7,14), se nos está diciendo que el amor de Jesús hasta el extremo es lo que nos purifica, nos lava»¹³³. Él es el rey del universo que lo domina todo a su manera, ya que nadie puede huir de sus manos.

En conclusión, este apartado dedicado al *corpus* joaneu, nos ofrece una preciosa síntesis del servicio a la verdad realizado no sólo por nuestro Señor Jesucristo, sino también por la Iglesia naciente, representada por el apóstol Juan y la comunidad a la que sirve. El servicio a la verdad llega hasta la ofrenda cruenta de nuestra Señor: «el sufrimiento de Jesús es una pasión mesiánica, un sufrir en comunión con nosotros, por nosotros; un ser-con que proviene del amor, y lleva consigo así la redención, la victoria del amor»¹³⁴, la victoria de la verdad.

El contenido central del Evangelio de Juan consiste en que la verdad no puede imponer su dominio mediante la violencia, sino por su propio poder: Jesús atestigua ante Pilato que Él es la Verdad y el testigo de la verdad. Defiende la verdad no mediante legiones, sino que, a través de su pasión, la hace visible y la pone también en vigencia¹³⁵.

¹³² H.-G. LINK, «Verdad (alétheia)», *DTNT*, 339.

¹³³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 73.

¹³⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 252.

¹³⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Luz del mundo*, 28.

CAPÍTULO II

LOS PADRES, LA ESCOLÁSTICA Y LA MODERNIDAD

1. Los Padres de la Iglesia, servidores de la verdad

En este apartado, haremos una breve presentación de algunas ideas de los Padres de la Iglesia que tengan que ver con nuestro tema; sabiendo que la noción de verdad bíblica es la que ha prevalecido a lo largo de la tradición de la Iglesia¹³⁶. En este sentido, afirman los expertos que la verdad designa la revelación cristiana, la verdadera fe¹³⁷. Ciertamente, todo lo que ellos han hecho y han dicho tienen que ver con su servicio incondicional e infatigable a la verdad. Pero no podemos abarcar toda la riqueza de su doctrina. Por eso, nos limitaremos a presentar algunas pinceladas siguiendo, fundamentalmente, los estudios teológicos y patrísticos realizados por Ratzinger¹³⁸; ya que, como considera Sánchez, ha hablado mucho y muy bien de los Padres de la Iglesia¹³⁹. Por su parte, Rosell refiere: «nos regaló verdaderas clases de patrología desarrollando la vida y el pensamiento de los Padres y escritores eclesiásticos más relevantes de la historia de la Iglesia»¹⁴⁰.

¹³⁶ «La síntesis realizada por los Padres de la Iglesia entre la fe bíblica y el espíritu heleno como representante en aquel tiempo del espíritu filosófico en general no sólo era legítima, sino necesaria, para traer a expresiones la exigencia plena y la seriedad completa de la fe bíblica» (J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, 26).

¹³⁷ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1920.

¹³⁸ «Ratzinger dijo: 'Las palabras de la Biblia y de los Padres de la Iglesia se oyen continuamente en mis oídos. Ellos condenan vigorosamente a los pastores que son como perros ciegos y se encuentran preocupados solo de evitar los conflictos de modo que permiten que se difunda el veneno'. La verdad es que la Iglesia nunca entrará en alianza con el espíritu de la época» (P. SEEWALD, *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, Traducción de José María Navalpotro, Palabra, Madrid 2007, 68). Para Blanco la teología de Ratzinger tiene un cierto carácter bíblico e incluso patrístico, sobre todo agustiniano (cf. P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 2ª ed., Palabra, Madrid 2011, 32).

¹³⁹ G. SÁNCHEZ ROJAS, «La enseñanza de Benedicto XVI y la hermenéutica de la reforma. Una aproximación», *REVISTA TEOLÓGICA LIMENSE* 44 (2010), 300.

¹⁴⁰ C. ROSELL DE ALMEIDA, «Benedicto XVI, el Papa de la fe», 12; cf. G. SÁNCHEZ ROJAS, «Un legado doctrinal para el siglo XXI (II)», 359.

Los Padres, en su deseo por comprender mejor la verdad revelada y la verdad acerca del misterio de Dios [su esencia metafísica¹⁴¹ o su realidad Trinitaria¹⁴²], han sabido valerse de la riqueza del pensamiento filosófico griego, reconociendo las propias limitaciones del pensamiento humano para acceder al conocimiento pleno de la verdad¹⁴³, y, quizá en menos grado pero también significativo, los aportes de la cultura latina, que muy rápido se convertirá en la lengua oficial de la Iglesia y de la teología hasta nuestros días.

La comprensión cristológica de la creación y la comprensión teológica de la encarnación de Cristo: han sido estos los dos fundamentos, con lo que los Padres comenzaron la audaz tarea de incluir el espíritu griego y latino en la fe cristiana. Aquello que dio lugar al origen de la teología occidental y que ha permanecido hasta nuestros días [...] Lo que la teología occidental trae consigo no es un final, sino un comienzo, un principio sin fin. Esto se encuentra en el espíritu de Justino el mártir y en los demás fundadores de la Teología occidental¹⁴⁴.

Como podemos ver, el servicio a la verdad está íntimamente ligado con la riqueza de la historia del pensamiento tanto religioso como profano, tanto en el ámbito hebreo como greco-latino, tal como lo han vivido los Padres de la Iglesia. En este sentido, hay que rescatar el tema de la evangelización de las culturas iniciada por los venerables Padres, quienes recogieron las múltiples riquezas filosóficas, doctrinales y morales de estas civilizaciones, que eran compatibles con el Evangelio. Para los Padres el servicio a la verdad no crea una mentalidad impermeable ante las nuevas realidades con las que se encuentran. Antes bien, desde la verdad se ilumina la realidad de las distintas culturas. Sin embargo, no han faltado quienes se han opuesto a la verdad que los Padres traían como novedad y como esperanza. Este rechazo no sólo se manifestó contra la doctrina que se enseñaba, sino contra los misioneros y, por ende, contra Cristo y su Iglesia. Por eso, los Padres han servido a la verdad hasta dar la vida por ella.

La Iglesia antigua ha podido comprender el martirio en su verdadera profundidad y grandeza. Ignacio de Antioquía, por ejemplo, según la tradición, decía ser como el trigo de Cristo, que debía ser triturado para convertirse en pan de Cristo (cf. Ad Rom., 4,1). En el relato del martirio de San Policarpo se dice que las llamas que le iban a quemar tomaron la forma de una vela hinchada por el viento; ésta ‘envolvía el cuerpo del mártir, y él estaba en el centro, no como carne que se quema, sino como el pan que se está cocinando’, y emanaba ‘un aroma como de incienso perfumado’ (Mart. Polyc., 15). También los cristianos de Roma han interpretado de modo

¹⁴¹ Cf. J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, 17.

¹⁴² «En el principio de todos los grandes misterios trinitarios está el pensamiento de los doctores de la Iglesia griega (Basilio, Gregorio de Nacianzo y Gregorio niceno) que vivieron en el mismo siglo IV. Los autores latinos, empezando por Agustín de Hipona y terminando por Tomás de Aquino enfocaron el tema de forma diferente» (J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Traducción de José Luis Domínguez Villar, Sígueme, Salamanca 2002, 254).

¹⁴³ Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 284-285.

¹⁴⁴ P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, RIALP, Madrid 2005, 70.

análogo el martirio de San Lorenzo, abrasado en una parrilla; no sólo vieron en ello su perfecta unión con el misterio de Cristo, que en el martirio se ha hecho pan para nosotros, sino también una imagen de la existencia cristiana en general¹⁴⁵.

De esta manera, vemos cómo los Padres de la Iglesia han servido de manera incondicional a la verdad. Un servicio que muchas veces se teñirá de sangre, pero no derramada inútilmente, sino por Cristo y por el bien de las almas.

Los Padres aplicaron todos los principios de la verdad cristiana a las distintas realidades temporales que les tocó vivir. Por eso, son conscientes que la vocación de la Iglesia es servir a la verdad, a la verdad que es Cristo. Es, por tanto, en los primeros siglos de la era cristiana, donde la Iglesia empieza a manifestarse en el mundo, no como dueña y poseedora de la verdad, pero sí como concedora y servidora de la verdad. Por esta razón, la Iglesia, sabiéndose limitada en sus miembros, sigue progresando en su profundización del conocimiento de la verdad, la cual se le ha revelado y confiado su custodia.

De la Potterie considera que para San Ireneo la verdad es la «doctrina del Hijo de Dios» (*Adv. Haer.* III, 1,1: SCR 211,20)¹⁴⁶; para San Cromacio de Aquilea los fieles cristianos se nutren de «la divina Escritura, del alimento de la fe y de la palabra de verdad» (*Sermo* 12, 6: CCL 9^a, 55); y para San Gregorio viven siempre en la Iglesia «almas que irradian la luz de la verdad» (*Moralia* 19, 17: PL 76, 106)¹⁴⁷. La Iglesia, no obstante, pedirá a sus hijos que den testimonio de la verdad con su propia vida, ordenándola según la verdad del Evangelio. Así lo podemos ver en la carta a los Corintios de San Clemente Romano, quien identifica los conceptos Iglesia-misión:

Si en Corinto ha habido abusos, observa San Clemente, el motivo hay que buscarlo en la debilidad de la caridad y de otras virtudes cristianas indispensables. Por eso, invita a los fieles a la humildad y al amor fraterno, dos virtudes que constituyen verdaderamente el ser en la Iglesia. Seamos una porción santa, exhorta, practiquemos todo lo que exige la santidad (Cor 30,1) [...] San Clemente muestra su ideal de Iglesia, congregada por un solo Espíritu de gracia derramada sobre nosotros, que sopla en los diversos miembros del Cuerpo de Cristo, en el que todos unidos sin ninguna separación son miembros los unos de los otros (cf. Cor 46,6-7) [...] En efecto, la Iglesia no es un lugar de confusión y anarquía, donde uno pueda hacer lo que quiera en cada momento: en este organismo, con una estructura articulada cada uno ejerce su ministerio según la vocación recibida¹⁴⁸.

En consecuencia, podemos decir que si no se sirve desde la verdad se siembra en el seno de la Iglesia confusión y anarquía, que será causa de

¹⁴⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 279.

¹⁴⁶ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1920.

¹⁴⁷ Cf. I. DE LA POTTERIE, «Verdad», *NDTB*, col. 1, 1920.

¹⁴⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Los Padres de la Iglesia*, vol. I, Traducción de librería Editrice Vaticana, Ciudad Nueva, Madrid, 2009, 25-26.

mucho dolor y sufrimiento para Cristo y para todo el pueblo de Dios. Es así como la Iglesia ha visto, con mucho dolor, a muchos de sus hijos apartarse de la verdad y que, al mismo tiempo, se han convertido en los más iracundos enemigos, gestando y difundiendo herejías entre los miembros más débiles del pueblo fiel.

Además, en los Padres podemos encontrar una consciencia muy clara acerca del origen divino de la Iglesia, fundamentalmente lo contemplan y lo formulan, con un lenguaje alegórico, desde el misterio de la Cruz. Ella nació del costado abierto del Señor crucificado, cuyo costado, como una puerta, siempre permanecerá abierta, para que por medio de ella los hombres se acerquen a Dios y alcancen la salvación.

Los Padres, ante el costado abierto del Señor exánime en la cruz, en el sueño de la muerte, se han referido también a la creación de Eva del costado de Adán dormido, viendo así en el caudal de los sacramentos también el origen de la Iglesia: han visto la creación de la nueva mujer del costado del nuevo Adán¹⁴⁹.

Es muy significativo ver en los Padres que su servicio a la verdad los lleva a vivir en una verdadera fraternidad como ya indicábamos. La verdad no causa celos enfermizos, sino más bien un verdadero deseo de ayuda mutua. P. e., la relación de amistad entre los Capadocios o entre Ambrosio y Agustín. Ellos siempre supieron valorar los progresos del otro, porque redundarían en bien de la Iglesia y de las almas, para mayor gloria de Dios. También sabían alabar y exaltar la grandeza y la autoridad del otro y, además, consideraban, sobre manera, su servicio a la verdad aunque en algún momento resultara chocante. De hecho, «Agustín deberá admitir que Ambrosio es superior a él. En su figura se encarna la autoridad de la Iglesia, que está firme a pesar de todo tipo de opiniones y de objeciones escépticas, y que exige que se acepten sus enseñanzas como verdad de Dios y se les preste obediencia»¹⁵⁰.

Como podemos advertir, en el pensamiento de Ratzinger está de una manera muy viva la eclesiología de los Padres; así nos lo da a entender Blanco, considerando que se trata más de una 'eclesiología teológica' que de una visión meramente sociológica. Además señala que su eclesiología tiene una base Trinitaria: «se trata de la teología de los Padres sobre la Iglesia, con una firme fundamentación en la Escritura»¹⁵¹.

En la época de los Padres se celebraron los más importantes Concilios ecuménicos de la antigüedad cristiana, que han dado estructura definitiva a la fe católica, mediante la definición de los principales dogmas de la Iglesia, en los que se expresa la verdad revelada, para la vida de los fieles. Quienes, no obstante, podrán profesar su fe católica sin temor alguno a equivocarse o a caer en algún

¹⁴⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 263-264.

¹⁵⁰ H. von CAMPENHAUSEN, *Los Padres de la Iglesia: Padres Latinos*, vol. II, Traducción de A. Martínez de Lopera, Madrid, Cristiandad, 2001, 254.

¹⁵¹ P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 405.

error. En este sentido, según Blanco, Ratzinger también define la Iglesia de los Padres como una época en la que fueron creadas las confesiones de fe que llegaron a ser fundamentales para toda la cristiandad. Además, considera que este tesoro ha sido transmitido de una manera bella a través de la liturgia¹⁵².

De hecho, podemos afirmar también que, de manera muy precoz, los Padres se dieron cuenta de la importancia de la razón para el progreso del conocimiento de las verdades de fe contenidas en el 'gigantesco tesoro' de la Escritura¹⁵³. Por esta razón, no dudaron, ni siquiera por un momento, en recurrir a la riqueza del pensamiento filosófico griego y latino, tal como ha quedado referido más arriba.

Cuando los Padres concibieron la fe como una *philosophia* y la pusieron bajo el programa del *credo ut intelligam*, admitieron la responsabilidad racional de la fe y crearon, por tanto, la teología tal como hoy la entendemos, a pesar de las diferencias de método en casos concretos [...] se puede hablar del racionalismo de los Padres [...] Los Padres nos enseñaron también la importancia de la razón, para una comprensión profunda del cristianismo¹⁵⁴.

La síntesis realizada por los padres de la Iglesia entre la fe bíblica y el espíritu heleno como representante en aquel tiempo del espíritu filosófico en general no sólo era legítima, sino necesaria, para traer a expresión la exigencia plena y la seriedad completa de la fe bíblica. Esta exigencia plena se apoya en que hay ese guión para con el concepto prerreligioso, filosófico de Dios. Esto significa que la verdad filosófica pertenece, en un cierto sentido, constitutivamente a la fe cristiana¹⁵⁵.

Finalmente, presentamos, al menos de manera muy tangencial, a San Agustín¹⁵⁶, por quien tiene nuestro teólogo no sólo un aprecio muy grande, sino que conoce profundamente su doctrina y pensamiento. Para San Agustín sólo la Iglesia, pueblo de Dios, se expresa verdaderamente como cuerpo de Cristo. Además, sólo Ella nos puede ofrecer el camino de la verdad, el camino de la fe para encontrar la salvación, la cual está al alcance de todos. Tal como lo entiende Nichols, «*Augustine's acceptance of this way of the Church, a way of faith, rather than the way of the individual's metaphysical search, a way of insight, was made possible by his realisation how many truths of human living*

¹⁵² P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Vida y teología*, RIALP, Madrid 2006, 65.

¹⁵³ G. SÁNCHEZ ROJAS, *Benedicto XVI. Un Papa en diálogo*, Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, Lima 2016, 133.

¹⁵⁴ P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Vida y teología*, 65.

¹⁵⁵ J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, 26.

¹⁵⁶ *Ratzinger's earliest intellectual exploration took the form of a study of Augustine, a writer whom he has not ceased to quote. Indeed, it would not be excessive to place Ratzinger in the succession of those philosophers and theologians, or philosopher-theologians, who, in the course of the intellectual history of Europe, have drawn life from the continuing vitality of Augustinian thought. As he himself has put it, writing in 1969: Augustine has kept me company for more than twenty years. I have developed my theology in a dialogue with Augustine, though naturally I have tried to conduct this dialogue as a man of today* (A. NICHOLS, *The thought of Pope Benedict XVI: An introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, Burns & Oates, New York 2007, 17).

come from 'faith': most notably, through our Parents»¹⁵⁷. Y Sánchez considera que la unidad fe-razón en Ratzinger, proceden del pensamiento de San Agustín¹⁵⁸.

2. La verdad en la Escolástica

La escuela del Medio Evo se convertirá en un nuevo escenario, para profundizar en el conocimiento de las distintas ciencias que se empezaron a impartir en las universidades que iban naciendo. No obstante, el uso de la razón jugará un papel muy importante, porque se convertirá en la sierva de la fe y de la teología. De esta manera, los escolásticos se apasionaron por conocer con mayor profundidad la verdad no sólo acerca de Dios, sino también de los distintos aspectos de la realidad.

Nuestro teólogo habla de su experiencia con la escolástica y de una manera especial de su vinculación con San Buenaventura. P. e., en su época de seminarista, nos refiere que tuvo más dificultades en el acceso al pensamiento de Tomás de Aquino que al de San Buenaventura¹⁵⁹. No obstante, son bien conocidas sus reservas hacia la escolástica, cuando se refería a su profesor, Arnold Wilmsen, quien le enseñó, en su época de seminarista, un rígido tomismo escolástico. Pero al mismo tiempo se encontró con la *Surnaturel* de De Lubac y dice: «Admiré una nueva interpretación de Santo Tomás de Aquino, muy distinta de la filosofía neoescolástica que habíamos estudiado hasta ese momento». También, considera que su director de tesis doctoral, Gottlieb Söhngen, le ayudó a ver el carácter dinámico del tomismo, que le contagiaron la pasión por la verdad¹⁶⁰.

Según Blanco, para Ratzinger había una profunda complementariedad entre Tomás y Buenaventura; porque, al parecer, ambos «se estimaban tanto en sus diferencias como en los aspectos en los que coincidían». Además, advierte que Buenaventura y la escuela franciscana no deben ser considerados como antitomistas. A su vez, se nos dice que, las palabras del Señor: «Conságrales en la verdad», resumen muy bien toda la vida de Santo Tomás; porque «la suya fue una vida en la verdad, por la verdad. El servicio humilde y constante de la verdad fue su misión, su ministerio sacerdotal»¹⁶¹. Además, con este espléndido teólogo la colaboración entre el pensamiento y la fe ha llegado a su nivel más excelso¹⁶².

La criatura es como una potente trompeta que nos habla de Dios, dice San Gregorio de Nisa. Santo Tomás fue un atento oyente de esta trompa y su

¹⁵⁷ A. NICHOLS, *The thought of Pope Benedict XVI: An introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, 20.

¹⁵⁸ G. SÁNCHEZ ROJAS, «Un legado doctrinal para el siglo XXI (II)», 368.

¹⁵⁹ Cf. P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, 42.

¹⁶⁰ Cf. P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 29-30.

¹⁶¹ P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una icf. ntroducción*, 30-31.

¹⁶² J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 280.

filosofía es una invitación permanente a abrir los oídos de nuestro espíritu, a ir más allá del puro uso de las cosas que nos ofrece el baño sagrado de la verdad [...] La escolástica recordaba que la verdad es persona, la misma Persona de Cristo, así como la unidad existente entre el amor y la verdad¹⁶³.

Ratzinger también nos presenta a San Bernardo, quien se hizo muy famoso, no sólo por renovar la vida monástica o por sus aportes teológicos, sino también por convertirse en consejero del Santo Padre, Eugenio III. A quien le recuerda que la primacía del anuncio del Evangelio corresponde a los paganos¹⁶⁴.

Podemos ver que los aportes de la teología escolástica surgen de una vuelta a la esencia de los Evangelios por parte de la espiritualidad mendicante, ya sea dominicana o franciscana, pero también de otras Órdenes que se van renovando. En este sentido, nos preguntamos ¿en qué consiste este volver a la esencia de los Evangelios? La respuesta es evidente: vivir la pobreza evangélica, tal como el Señor exige a sus discípulos en el sermón de la montaña: “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios” (Lc 6,20b). En otro momento dirá: “Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío” (Lc 14,33). También eleva sus oraciones en favor de los humildes y sencillos: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños” (Mt 11,25). O en esta otra cita: ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? (Mt 16,26). Este estilo de vida es suscitado, una y otra vez, por el Espíritu Santo en momentos en los que algunos sectores de la Iglesia se enquistaron en estilos de vida llenos de comodidades y confort. No obstante, la Escolástica fue testigo de esta realidad. Veamos lo que dice Ratzinger en su tesis de habilitación: *La teología de la historia en San Buenaventura*.

Buenaventura al ahondar en la realidad franciscana, ve todo el fenómeno de la escolástica, del pensamiento científico de un modo distinto y nuevo [...] La forma de vida de San Francisco será un día la forma general de vida en la Iglesia: el *simplex et idiota* triunfará sobre los grandes sabios y la Iglesia al final de los tiempos respirará el espíritu de su Espíritu¹⁶⁵.

Siguiendo con los aportes de la teología de San Buenaventura nos encontramos con aquella definición de verdad que ya encontrábamos en la filosofía griega, que la verdad no puede ser mordida por el tiempo, ella perdura en el tiempo porque es eterna. En este sentido, se nos dice

¹⁶³ P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 31.

¹⁶⁴ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 59-60.

¹⁶⁵ J. RATZINGER, “La teología de la Historia en San Buenaventura”, P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, 133; Cf. A. NICHOLS, *The thought of Pope Benedict XVI: An introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, 40-41: «The Scholastic, even scientific, Franciscanism practised by Bonaventure Will come to an end. In the Church of the final age, Francis' own manner of live will triumph, impracticable though it is if lived sine glossa here and now. The Poor Man of Assisi, the simplex, the idiota, Will turn out to have more penetrati3n into God Than all the learned men of his time, because he loved God more».

que la verdad no se puede dejar aniquilar por la historia¹⁶⁶, ya que sólo en ella se manifiesta. En ella el tiempo se encuentra con la eternidad, y la verdad se realiza¹⁶⁷.

Esta comprensión de la verdad revelada lleva a San Buenaventura a tener no sólo un amor muy grande por el Santo Padre, sino también a vivir sometido a su obediencia y a su autoridad providente como verdadero hijo menor. Así, los frailes mendicantes ‘realizarán la verdad’ viviendo la pobreza evangélica¹⁶⁸, tal como lo entiende la Iglesia que es reina y maestra en materias de fe y costumbres y, por ende, maestra de la verdad. Aunque, por estas afirmaciones, se convertirá en «objeto de burla por la arrogancia de los modernos»¹⁶⁹.

En conclusión, los Escolásticos aportaron de una manera considerable al progreso de la Teología, sobre todo, desde la importancia que dieron al uso de la razón y de la filosofía. En este sentido, resaltamos los nombres de Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, sin quitar el mérito a muchos otros teólogos de esta época.

Ratzinger se ocupaba de este franciscano, contemporáneo de Santo Tomás, que seguía fielmente la tradición agustiniana. Buenaventura fue tanto un teólogo, como un místico y autor espiritual, además de hombre de gobierno (fue general de su orden). Además, en él se unen una firme fe y devoción a Jesucristo, con una especulación de corte agustiniano... Ratzinger escogió a Buenaventura porque en él podía encontrar un buen entendimiento entre historia y metafísica, entre lo universal y lo histórico¹⁷⁰.

Estos grandes teólogos escolásticos con sus estudios teológicos han servido a la verdad y, en ellos, la Iglesia ha servido a la verdad sorteando todo tipo de dificultades provenientes, de manera especial, del poder secular de los distintos reinos cristianos, pero también de pseudo-teologías venidas de cristianos que se apartaban de la Iglesia. P. e., cátaros y albigenses.

3. La consideración de la verdad en el pensamiento moderno

En este apartado, al referirnos a la concepción de la verdad en el pensamiento moderno, consideramos sobre todo su alcance hasta nuestros días. En ella, ciertamente, jugará un papel muy importante el pensamiento filosófico moderno, centrado en la razón científica, práctica y especulativa, la cual pretendió dejar de lado la competencia de la

¹⁶⁶ Ratzinger comprende desde San Buenaventura la historia como historia de Salvación: «*The idea of salvation-history, the construal of God's nature by reference to his actions in a special, supernaturalised history interwoven with history at large, was increasingly regarded as the primary theological key to understanding Christian revelation*» (A. NICHOLS, *The thought of Pope Benedict XVI: An introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, 34).

¹⁶⁷ Cf. P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, 133-134.

¹⁶⁸ J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una ecclesiología*, Traducción de Daniel Ruiz Bueno, Herder, Barcelona, 2005, 71-73.

¹⁶⁹ RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una ecclesiología*, 73.

¹⁷⁰ P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, 47.

teología y de la fe. Por esta razón, la Iglesia, en este periodo, no siempre valoró positivamente a la filosofía y a las demás ciencias, justamente por considerarlas modernistas¹⁷¹ y ateas.

Además, esta realidad suponía una ruptura con todo lo anterior, especialmente con la verdad cristiana. Como consecuencia tenemos un progresivo alejamiento de la filosofía en el ámbito académico de los clérigos o futuros clérigos. Aunque poco a poco, la Iglesia ha ido, sobre todo desde el Concilio Vaticano I y el magisterio de León XIII¹⁷², volviendo a ella. Primero se buscó recuperar a Santo Tomás de Aquino (Vaticano II), hasta que con Juan Pablo II y luego con Benedicto XVI, se hiciera una valoración más amplia de la filosofía en sus diversas corrientes, hasta el punto de llamar a la filosofía ya no sólo ‘sierva’ de la teología, sino ‘dos alas’ que nos conducen al conocimiento de la verdad o dos ‘amigas¹⁷³ o “hermanas’ que se ayudan mutuamente en el servicio de la verdad.

Pero, ¿qué es la verdad? La respuesta a esta pregunta es como el hilo conductor de nuestro trabajo. Desde la introducción hemos ido aclarando el significado de este término. Por eso, creemos que el pensamiento teológico-filosófico moderno y contemporáneo, puede ayudarnos a enriquecer la comprensión de nuestro término, recordando el principio tomista: “la verdad es la adecuación de la inteligencia con las cosas”.

En esta cita hemos podido descubrir un término que será muy empleado por la filosofía contemporánea. Estamos hablando del carácter dialógico no sólo del ser humano, sino también de toda la realidad. No hay nada en el cosmos que no pueda decirnos algo, todas las cosas nos están hablando de sí, de la verdad más profunda de su ser. Lo que pasa es que los hombres modernos, centrados en sí mismos (egocéntricos), se han vuelto sordos y, por ende, ignoran la verdad que retumba en sus oídos. Esto es muy común, p. e., en los adolescentes quienes sin ningún reparo contestan: ¿Cuándo me lo dijiste? Como aquellos ante el juicio divino (cf. Mt 25, 44). Por eso, nuestra sociedad adolece de la verdad, porque no tiene tiempo para escuchar o

¹⁷¹ Se pensaba que la filosofía tiene poco o nada que ver con la teología y que los filósofos habían arrebatado a la teología ese espacio secularizado del mundo (cf. F. MIREs, *El pensamiento de Benedicto XVI*, 11).

¹⁷² “El Papa León XIII hace una viva recomendación del uso de la filosofía de Santo Tomás y aspira a una reconstrucción cristiana de la filosofía. El gran Pontífice – resume Juan Pablo II en *Fides et ratio* n° 57- recogió y desarrollo las enseñanzas del Concilio Vaticano I sobre la relación entre fe y razón, mostrando cómo el pensamiento filosófico es una aportación fundamental para la fe y la ciencia teológica” (J.L. LORDA, *Avanzar en Teología: Presupuestos y horizontes del trabajo teológico*, Palabra, Madrid 1999, 154).

¹⁷³ “Al no llamarse siervas, sino amigas, podemos decir que el ‘vínculo íntimo’ (FR 63) y la ‘fecunda asociación’ (FR 73) entre ambas debe hacer de la filosofía y la teología amigas que confían, colaboran y sirven a la verdad” (M.E. PIZZUL, *La formación humanística, fin esencial de la universidad*, FASTA, Buenos Aires 2013, 74).

simplemente no quiere escuchar. La verdad compromete y obliga a vivir en conformidad con ella.

Ratzinger por su parte tiene una experiencia muy hermosa de sus estudios de filosofía, los cuales le sirvieron de base para sus estudios de teología, y en ellos dio mucha importancia al uso de la razón. Para nuestro teólogo la verdad revelada puede ser comprendida y profundizada racionalmente. Y, como sabemos, este amor por la verdad lo bebió de la filosofía que sus maestros no siempre le supieron transmitir. Pero tuvo la fortuna de encontrarse con algunos teólogos que al mismo tiempo eran filósofos, tal como él mismo nos dice:

Söhngen y Pascher dejaron una profunda huella en mí [...] lo que mejor caracterizaba el método de Söhngen era que él pensaba a partir de las fuentes [...] Aquello que más me impresionaba en él era que no se contentaba nunca con un tipo de positivismo teológico, sino que planteaba con gran rigor la cuestión de la verdad y, precisamente por eso, la actualidad de lo que ha de ser creído¹⁷⁴.

Blanco considera que desde el punto de vista especulativo y filosófico, Ratzinger encontró un maestro que le llevó a amar la liturgia, el arte y a confiar en la razón. «La búsqueda de la verdad le llevó primero a la filosofía e, incluso como teólogo, permaneció filósofo»¹⁷⁵ hasta hoy.

Ante la experiencia negativa que se tenía sobre la filosofía, considerándola muchas veces innecesaria, aburrida y hasta peligrosa para la fe; Ratzinger tiene una mirada distinta y positiva de la misma: «Hemos alcanzado la meta más importante si hemos llegado lo más cerca posible a la verdad. Ésta no es nunca aburrida ni uniforme, porque nuestro espíritu lo contempla en sus parciales refracciones»¹⁷⁶.

En este sentido, podemos plantear algunas cuestiones: ¿Los filósofos pueden o no cambiar sus ideas por cualquier motivo? ¿Se puede adecuar la verdad al tiempo, olvidando su carácter eterno? Ciertamente, «No es la verdad la que debe ser regida por el tiempo, sino el tiempo por la verdad»¹⁷⁷.

Como sabemos uno de los problemas de la filosofía moderna es, sobre todo, el historicismo o el relativismo histórico. Según este tipo de pensamiento Dios no puede intervenir en la historia¹⁷⁸ y, por tanto, 'la verdad no ha sido siempre igual' y ésta podría variar según las culturas y según las épocas. P. e., para la hermenéutica¹⁷⁹ la verdad varía según la contextualización. Por esta razón, se llega a decir que en cada época los hombres ven las cosas de manera distinta; y, en consecuencia, la

¹⁷⁴ J. RATZINGER, «Mi vida», P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 33.

¹⁷⁵ P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 33.

¹⁷⁶ J. RATZINGER, «Natura e compito della teologia», P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 34.

¹⁷⁷ P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, 134.

¹⁷⁸ S. MADRIGAL, ed., *El pensamiento de Joseph Ratzinger*, 46.

¹⁷⁹ Cf. A. GUTIÉRREZ ROBLES, *La Hermenéutica Analógica: hacia un nuevo orden de racionalidad*, Plaza y Valores, México 2000, 117.

verdad no sería siempre igual. Así se niega la verdad como única y absoluta.

Ratzinger nos hace ver que la verdad filosófica no es incompatible con la verdad teológica. Por eso, para él hay una tarea pendiente para el teólogo, la de reconciliar la fe y la razón, la teología y la filosofía, la ciencia y la religión. Sobre la filosofía moderna Ratzinger nos hace algunas apreciaciones. Pero debemos advertir un peligro que está latente en esta visión: una infravaloración de la filosofía.

Pascal había experimentado al Dios vivo, al Dios de la fe, y en tal encuentro vivo con el tú de Dios, comprendió, con asombro manifiestamente gozoso y sobresaltado, qué distinta es la irrupción de la realidad de Dios en comparación con lo que la filosofía matemática de un Descartes, p. e., sabía decir sobre Dios [...] Si la filosofía del tiempo, de Descartes especialmente, es una filosofía desde el '*esprit de géométrie*', los *Pensées* de Pascal buscan ser una filosofía desde el '*esprit de finesse*', desde la comprensión real de la realidad entera, que penetra más hondamente que la abstracción matemática. No obstante, la filosofía racionalista del tiempo, vista por Pascal en toda su insuficiencia, estaba entonces todavía tan segura de sí misma que no pudo quedar estremecida por las advertencias 'desviadas' y fragmentarias de Pascal, filósofo autodidacta. Sólo la demolición de la metafísica especulativa, hecha por Kant, y el traslado de lo religioso al espacio extraracional y así también extrametafísico del sentimiento, por Schleiermacher, hizo irrumpir definitivamente el pensamiento pascaliano y condujo, sólo entonces, al aguzamiento del problema: por primera vez es ahora la fosa insalvable entre metafísica y religión. Metafísica, es decir razón teórica, no tiene acceso alguno a Dios. Religión no tiene ningún asiento en el espacio de la 'ratio' [...] Religión es vivencia; filosofía es teoría.¹⁸⁰

No obstante, todas estas controversias serán respondidas por nuestro teólogo desde el pensamiento elaborado por el *Aquinate*; quien no podía concebir la verdad de Dios, de la realidad temporal del cosmos y del hombre desde un planteamiento unilateral, en el cual estén divorciados la fe y la razón. Desde este planteamiento podemos advertir que el servicio a la verdad a lo largo de la historia ha tenido un progreso significativo y que se ha consolidado en doctrina cristiana de la verdad. Para el *aquinate* la fe no contradice la doctrina filosófica de Dios («*gratia non destruit, sed elevat et perficit naturam*»). Por eso, Blanco señala que para el teólogo bávaro «el Dios de Aristóteles y el Dios de Jesucristo es uno y el mismo; Aristóteles ha conocido el verdadero Dios, que nosotros podemos conocer con más hondura y profundidad gracias a la fe»¹⁸¹.

Ratzinger considera a Bayle (1647-1706) un pensador cartesiano. El cual tiene la osadía de plantear la cuestión de la única verdad, aunque con sus propias limitaciones en el campo de la moral, tal como sucederá con el pensamiento kantiano, en el desarrollo de su tesis o presupuesto filosófico 'el imperativo categórico'.

Su reflexión parte ya de la estricta separación entre verdades metafísicas y verdades morales, considera que a la política le basta la verdad práctica. Sin

¹⁸⁰ J. RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, 8.

¹⁸¹ P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, 60-61.

embargo, en la mitad del siglo XVII, Bayle todavía podía pensar que las verdades morales eran evidentes para todos los hombres: no habría más que una única moral, universal y necesaria, una luz de verdad y de aclaración de las conciencias que todos los hombres perciben¹⁸².

Para concluir, Ratzinger nos plantea el pensamiento de Popper, que se ubica en la misma esfera de Bayle, aunque da unos aportes nuevos.

Gracias al constante progreso de la ciencia, un proceso de constatación y de discernimiento crítico en el plano moral conduce poco a poco a una aproximación cada vez mayor a la verdad [...] El proceso de la libre discusión no proporciona en realidad, ninguna evidencia de las verdades morales; y, por otro, sostiene que esas verdades morales logran de algún modo percibirse mediante una especie de fe racional de tipo práctico¹⁸³.

¹⁸² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *El Elogio de la Conciencia*, 68.

¹⁸³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *El Elogio de la Conciencia*, 70.

PARTE II

SITUACIÓN ACTUAL: EN EL MUNDO HAY CRISIS DE VERDAD.

Para abordar correctamente este apartado hemos de tener en cuenta que, a modo de presupuesto, la Iglesia no inventa nada nuevo para dar una respuesta a las distintas realidades que nos toca vivir, sino que busca presentar la verdad de Jesucristo, como la única solución a todas las situaciones actuales que esperan ser iluminadas, respondidas o solucionadas. Ciertamente, no podremos abarcar todas esas realidades en las que aparece esta crisis de verdad, pero sí dedicaremos una especial atención a algunas de ellas. Ratzinger, en su afán de servir a la verdad va a experimentar esta crisis fomentada especialmente por una serie de doctrinas erróneas y falsas¹⁸⁴.

Las distintas respuestas que va dando la Iglesia a las situaciones problemáticas del mundo actual tienen que ver con su misión al servicio de la verdad. Estas respuestas no son automáticas ni responden a una actitud antojadiza, sino que van teniendo su debido despliegue y proceso histórico en conformidad con la verdad revelada.

La Iglesia naciente tuvo que ir reconociéndolo en toda su grandeza sólo lentamente, comprendiéndolo poco a poco y profundizando en ello con el recuerdo y la reflexión. A la comunidad anónima se le atribuye una sorprendente genialidad teológica: ¿quiénes fueron las grandes figuras que concibieron esto? Pero no es así: lo grande, lo novedoso, lo impresionante, procede precisamente de Jesús; en la fe y la vida de la comunidad se desarrolla, pero no se crea¹⁸⁵.

¹⁸⁴ P. BLANCO, *La teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*, 173.

¹⁸⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 376.

CAPÍTULO I

RATZINGER Y LA IGLESIA ANTE LA CRISIS DE VERDAD

1. Ratzinger y la crisis de verdad

Nuestro teólogo, en el desarrollo de sus estudios, como servidor de la verdad, descubre esta crisis de verdad en nuestro mundo contemporáneo. Al mismo tiempo, asume el compromiso de trabajar por revertir esta situación, por devolver al hombre moderno la firmeza y seguridad provenientes de la verdad. Cómo sabemos el hombre sumergido en la mentira y el error es fundamentalmente inestable y conflictivo. Asimismo, el trabajar por la verdad trae consigo enemistades. Ciertamente, lo que acabamos de decir no es una exageración, porque lo podemos ver de una manera muy clara en la vida personal e intelectual del teólogo bávaro.

Por tanto, intentaremos acercarnos a esta realidad actual de crisis de verdad, desde las distintas aproximaciones que hace el teólogo Ratzinger, presentando fundamentalmente a la Iglesia, servidora de la verdad. Pero, también nos vamos a servir de los aportes de varios teólogos estudiosos de Ratzinger. Tenemos la oportunidad de hablar de este espléndido teólogo estando todavía en vida y en uso normal de sus facultades.

La verdad y su defensa es un tema central desde sus primeros años y a su servicio pone toda su capacidad intelectual y humana, tal como pone de manifiesto su elección de ‘cooperadores de la verdad’ como lema episcopal. Para ello se sirve de las intuiciones verdaderas que proceden de diversos ámbitos y de distintos pensadores [...] En su proceso de conocimiento de la verdad examina críticamente toda teoría, por difícil o conflictiva que sea, y recurre, como dato de confrontación, a la experiencia que cada hombre descubre en su interior¹⁸⁶.

¹⁸⁶ M.E. GÓMEZ DE PEDRO, *Libertad en Ratzinger: Riesgo y Tarea*, Encuentro, Madrid 2014, 18-19. En nota a pie de página en esta misma cita (p. 18) indica: «Así lo justifica en *Dios y el mundo*: “comprendí que renunciar a la verdad supone renunciar a los fundamentos [...] llegué a la conclusión de que precisamente en nuestra época [...] necesitamos de nuevo buscar la verdad así como el valor para admirarlo”».

Ratzinger como servidor de la verdad descubre que el trabajo teológico requiere de un modo decidido y necesario de la razón, de una razón universal, disponible y abierta a la voz de la fe; ya que la fe y la razón se encuentran en el saber teológico¹⁸⁷. Por tanto, «la cuestión de la verdad y la posibilidad de alcanzarla con las luces de la razón resulta una instancia necesaria, también para poder difundir mejor la fe [...] La fe no quiere ofrecer al hombre una especie de psicoterapia: su psicoterapia es la verdad»¹⁸⁸. En este sentido, se nos dice que la verdad tiene que ver con la fe y la razón.

A pesar que Ratzinger siempre se ha considerado servidor de la verdad, nunca se ha podido constatar en él arrogancia, soberbia o autosuficiencia, constituyéndose infalible y poseedor de la verdad. Todo lo contrario, su actitud sencilla y humilde son las que le llevan a vivir en la verdad, amándola y sirviéndola, desde su propia fragilidad y limitación humanas. Seewald interroga:

En su calidad de prefecto de la Congregación de la Fe, usted es para la Iglesia el supremo guardián de la verdad. Su tarea es defender las verdades de la fe. ¿Se sabe siempre con exactitud lo que es verdad y lo que no? [Ratzinger responde] cada individuo debe tener continuamente presente su falibilidad¹⁸⁹.

El mismo Ratzinger, como hemos podido ver, es consciente de su tarea en favor de la verdad. Por eso, él mismo se encarga de explicarnos el sentido de su servicio a la verdad, ciertamente encarnando a la Iglesia, servidora de la verdad. Pero, al mismo tiempo, podemos decir que ejerce esta tarea porque descubre en el mundo y en el interior de la Iglesia una crisis muy grande de verdad, relacionada fundamentalmente con la fe y la moral.

Yo, que soy un ávido lector de la Sagrada Escritura, como es lógico, me topé en la Tercera Epístola de San Juan con estas palabras, que en cierto sentido me fascinaron desde el primer momento. Al principio, su sentido es más bien limitado. Quien acepta a los mensajeros del evangelio se convierte después en un colaborador de la verdad [...] He de decir que, a lo largo de mis décadas de actividad docente como catedrático, sentí con mucha fuerza dentro de mí la crisis de la reivindicación de la verdad. Temía que la forma en que manejamos el concepto de verdad en el cristianismo fuese arrogancia, incluso falta de respeto hacia los otros. La pregunta era: ¿hasta qué punto necesitamos eso todavía? He analizado con mucho detenimiento esta pregunta. Finalmente logré comprender que renunciar al concepto de verdad significa renunciar precisamente a sus fundamentos. Porque una de las características del cristianismo desde el principio es que la fe cristiana no transmite de manera primaria ejercicios u observancias, como sucede en algunas religiones que consisten esencialmente en observar determinadas disposiciones rituales. El cristianismo aparece con la pretensión de decirnos algo sobre Dios, sobre el mundo y sobre nosotros mismos; algo que es

¹⁸⁷ Cf. P. BLANCO SARTO, «¿Qué es la teología? Vida y teología en Joseph Ratzinger», REVISTA TEOLÓGICA LIMENSE 44, (2010), 326.

¹⁸⁸ P. BLANCO SARTO, «¿Qué es la teología? Vida y teología en Joseph Ratzinger», 328.

¹⁸⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Dios y el Mundo*, 245.

verdad y que nos ilumina. Por ello llegué a la conclusión de que precisamente en la crisis de nuestra época, que nos suministra un cúmulo de datos científicos pero nos empuja al subjetivismo en las auténticas cuestiones referidas al ser humano, necesitamos de nuevo buscar la verdad y también el valor para admitirla. En este sentido, esa frase antigua que elegí como lema define parte de la función de un sacerdote y teólogo, concretamente que debe intentar con toda humildad, con plena conciencia de su propia falibilidad, llegar a ser colaborador de la verdad¹⁹⁰.

Gómez nos refiere que, para Ratzinger la búsqueda racional se convierte en una búsqueda existencial, en la que «la sed de verdad y de autenticidad pone de manifiesto la insuficiencia de respuestas meramente teóricas y remiten, desde una lectura radical, a un Ser Absoluto que sea Inteligencia y Amor»¹⁹¹. No obstante, esta fascinación por la verdad muy bien lo grafica uno de sus alumnos en la Academia de Freising en 1954, Elmar Gruber: «Todavía puedo recordar el tema de su clase: la verdad es una persona. La verdad es conocimiento a través del amor. Para mí, la teología es el intento de conocer mejor al Amado»¹⁹². Asimismo, podemos decir que el servicio a la verdad, aunque suponga mucho esfuerzo y sacrificio para nuestro teólogo es, al mismo tiempo, gratificante y consolador, no sólo por los aportes que pueden hacer al que se dedica a la investigación científica, sino también por el bien que se puede percibir en favor de los propios contemporáneos.

El servicio a la verdad, podemos advertir en la vida de Ratzinger, supone una respuesta de amor a la llamada de Dios. Es, por tanto, el amor a Dios y a los hombres lo que mueve a nuestro teólogo a consagrar toda su vida a esta causa. Esta actitud lo podemos encontrar en muy pocos hombres a lo largo de la historia; ya que casi nadie quiere complicarse la vida y prefiere vivir desentendidamente de todo, sin asumir un compromiso verdadero con el mundo que lo rodea y lo acoge. No obstante, esta llamada de Dios al servicio de la verdad, es una llamada a la Iglesia; la cual, para poder responder a esta llamada, encuentra muchos desafíos. Pero no por eso se queda aletargada en sí misma, sino que sale al frente con la fuerza del Espíritu Santo a dar testimonio de la verdad y a proponer respuestas a las múltiples interrogantes del hombre de nuestro tiempo, que se encuentra privado de la verdadera felicidad. En un pasaje del Evangelio de Juan, Jesús denomina a esta realidad única y sencilla que esperamos la «alegría completa» (cf. 16,24). En consecuencia, esta alegría no puede ser completa si reina el mal en este mundo. Por tanto, los cristianos han de estar siempre vigilantes.

Como actitud de fondo para el ‘tiempo intermedio’, a los cristianos se les pide la vigilancia. Esta vigilancia significa, de un lado, que el hombre no se encierre en el momento presente, abandonándose a las cosas tangibles, sino que levante la mirada más allá de lo momentáneo y sus urgencias [...] Por otro lado, vigilancia significa sobre todo apertura al bien, a la verdad, a Dios,

¹⁹⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Dios y el Mundo*, 246-247.

¹⁹¹ M.E. GÓMEZ DE PEDRO, *Libertad en Ratzinger: Riesgo y tarea*, 21.

¹⁹² P. SEEWALD, *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, 62.

en medio de un mundo a menudo inexplicable y acosado por el poder del mal¹⁹³.

Para Ratzinger esta crisis de verdad tiene su origen en el pecado; es decir, en el problema del mal. Por eso, nos explica lo que significa el problema del mal y cómo la Iglesia tiene que hacerlo frente:

El mal no es una entidad autónoma, sino que sólo es imaginable como negación de un ser en realidad bueno. Ése es el único punto al que puede aferrarse, porque la mera negación no puede existir [...] El mal constituye una amenaza y una tentación constantes, pero, como adversario, no está a la altura de Dios¹⁹⁴.

Dios es el todopoderoso, es el que tiene todo poder para vencer en nosotros y en el mundo al mal. Es decir, sólo en Dios el hombre puede estar a salvo. En este sentido, advierte Ratzinger que el mal no es algo propio, existente, sino pura negación. Y, por tanto, si el hombre se entrega al mal, abandona la posibilidad de entrar en el paraíso, en el cielo, y se ve condenado a su propia autodestrucción y a la negación de la propia existencia¹⁹⁵.

Finalmente, podemos decir que Ratzinger, sin temor a equivocarnos, puede recibir la denominación de servidor de la verdad, ya que nunca renunció a ella a pesar de la profunda crisis de verdad que sacude a la humanidad moderna, la cual muchas veces se muestra agresiva. Nuestro teólogo, por la fuerza del Espíritu de la verdad, con el que lo asiste su Señor, se ha convertido en un héroe de la verdad y del bien. Es decir, sin exagerar lo podemos llamar ‘mártir de la verdad’, por todo lo que ha sufrido.

2. La Iglesia, servidora de la verdad, y dictadura del relativismo.

En nuestro mundo actual avizoramos no sólo un rechazo a la Iglesia, sino una persecución constante, buscando su desaprobación y, por ende, su desaparición. ¿Por qué se da este rechazo o está persecución? Porque la mayoría de los hombres de nuestro tiempo, heridos por una mentalidad relativista, vive de espaldas a la verdad¹⁹⁶. Por eso, les resulta chocante y contraproducente que alguien les hable de la verdad. En consecuencia, lo que pretenden es hacer callar la voz de la Iglesia, que proclama la verdad contra viento y marea. En este sentido, Mires dice de nuestro teólogo: «Ratzinger observa que nuevos peligros se ciernen sobre la fe, y el más peligroso de todos lo encuentra en las llamadas ideologías relativistas que niegan la verdad, la moral y la tradición, en todas sus formas»¹⁹⁷.

¹⁹³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 333-334.

¹⁹⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 117-118.

¹⁹⁵ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 120.

¹⁹⁶ Cf. E. MOROS, «La importancia de la verdad. Análisis de siete obras recientes sobre la verdad», *SCRIPTA TEOLÓGICA* 39 (2007), 908.

¹⁹⁷ F. MIRES, *El pensamiento de Benedicto XVI*, 9.

2.1 La Iglesia ¿debe cambiar?

Empezamos diciendo que para muchos hombres de nuestro tiempo la Iglesia debe cambiar. Sin embargo, hay que afirmar que somos nosotros los que debemos cambiar; ya que las pretensiones del mundo van en la dirección de crear una Iglesia a su medida, porque la que tenemos está ya obsoleta. Entonces, hay que advertir el peligro, ya que de esta manera surgirían tantas iglesias como hombres en el mundo. La Iglesia se sostiene en la verdad y esta verdad es absoluta. Por eso, Ratzinger plantea la cuestión de un mundo hostil a toda pretensión de verdad absoluta¹⁹⁸, a la cual sirve la Iglesia con todas sus fuerzas.

Para la mayoría de la gente el descontento con la Iglesia se manifiesta a partir de la constatación de que es una institución como tantas otras, y que como tal limita mi libertad [...] El anhelo de libertad aspira a una existencia que no esté limitada por algo ya dado y que me obstaculice en mi desarrollo pleno, presentándome desde el exterior el camino que debo recorrer [...] Dado que la Iglesia no es tal como aparece en nuestros sueños, se trata de una manera desesperada de transformarla según nuestros deseos¹⁹⁹.

Quienes plantean un cambio a su manera en la Iglesia hablan mucho de tolerancia, hasta el punto de considerar tolerable lo que se opone a la verdad y al bien. En este sentido, no faltan quienes afirman que, en aras de la tolerancia, la Iglesia no debe intervenir en cuestiones temporales, salvo en aspectos sociales de ayuda humanitaria. Se oponen que la Iglesia hable del don de la vida, del bien del matrimonio entre un varón y una mujer, de la defensa de la dignidad de los niños, las mujeres y las personas de la tercera edad, de la explotación laboral, de la justicia en favor de todos, de la creación como obra de Dios, de la política libre de corrupción. Consideran, por lo contrario, que la Iglesia debe dedicarse exclusivamente a lo interior y espiritual de sus fieles. De esta manera, por tanto, se estaría hablando de dos dimensiones antagónicas en el hombre: su vida espiritual y su realidad humanotemporal. En consecuencia, la Iglesia tiene que estar decidida a luchar y a enfrentarse con esta ‘cultura’ que niega la verdad y se opone a ella.

La Iglesia, si sólo intenta evitar el conflicto para que no se produzcan agitaciones en ninguna parte, el auténtico mensaje no llegará a su destino. Porque este mensaje existe también para pelear con nosotros, para arrancar al ser humano de la mentira y generar claridad, verdad. La verdad no es en absoluto barato. Es exigente, y quema. Y es que el mensaje de Jesús

¹⁹⁸ El presbiteriano J. Hick afirmaba que nosotros nunca podemos captar la verdad última en sí misma, sino solo su apariencia en nuestro modo de percibir a través de diferentes lentes. Lo que nosotros captamos no es propiamente la realidad en sí misma, sino un reflejo a nuestra medida. Por tanto, lo Absoluto o el Absoluto mismo no puede darse en la historia. En consecuencia, los conceptos como Iglesia, dogma, sacramentos, deben perder su carácter incondicionado (cf. RATZINGER, «Situación actual de la fe y la teología». EN: *COMMUNIO: Un programa teológico y eclesial*; Encuentro, Madrid 2013, 220). En adelante citaremos *COMMUNIO*.

¹⁹⁹ J. RATZINGER, “Reforma desde los orígenes”, *Ser cristiano en la era Neopagana*, 14-15. Discurso dado el 1 de setiembre de 1990, con ocasión de la celebración del Mitin para la Amistad de los Pueblos, en la ciudad italiana de Rímimi.

también incluye el desafío que encontramos en esa pugna con sus contemporáneos. Aquí no se sigue cómodamente una modalidad encostrada de fe, una fe vanidosa, sino que se entabla la lucha con ella para romper esa costra y que la verdad llegue a su destino [...] Nos arranca de nuestra comodidad impulsándonos al combate, a sufrir por la verdad. Sólo así puede surgir la paz verdadera frente a la paz aparente, tras la que se ocultan la hipocresía y todo tipo de conflictos [...] -Pero, al mismo tiempo, Jesús nos enseña- que la auténtica paz es belicosa, que la verdad merece el sufrimiento y también la lucha²⁰⁰.

Por esta razón, nos encontramos con una Iglesia que se ve amenazada, de una manera muy sutil pero real, en su misión de servicio a la verdad, considerándola muchas veces como intolerante, porque numerosas veces denuncia las injusticias y la falta de verdad. En este sentido, nuestro teólogo ha recibido muchas críticas por considerarlo representante de una Iglesia conservadora, enquistada en el pasado. Como dice Seewald:

En relación con la pérdida de importancia del cristianismo en una sociedad secularizada usted ha señalado un nuevo peligro para la fe, todavía muy subvalorado, concretamente la posibilidad de una sutil dictadura de la opinión. Este dictado de la opinión aceptaría solamente un cristianismo adaptado, aerodinámico, es decir simpático, mientras que los pilares de la auténtica fe serían desacreditados de buen grado tachándolos de ‘partidarios de la línea dura’ o fundamentalistas²⁰¹.

Ratzinger, no sólo como teólogo, sino como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, sabe que muchos teólogos y también pastores de la Iglesia no lo quieren, porque se opone a la idea de una Iglesia de corte ‘progresista’, como algunos la denominan. Esta diferencia, por tanto, entre conservadores y progresistas no es querida por nuestro teólogo, porque él cree que hay que buscar la unidad antes que fomentar cualquier tipo de división al interior de la Iglesia. Este criterio no es cristiano, sino, todo lo contrario, mundano e incluso, podríamos decir, diabólico.

En mi opinión, se trata de un peligro real. No es que se persiga abiertamente a los cristianos, eso sería demasiado anticuado e inconveniente. Al contrario, se es muy tolerante, se está abierto a todo. Pero hay cuestiones tanto más perentorias que son excluidas y después tachadas de fundamentalistas, aunque se trate incluso de la verdadera fe. Creo que esto puede desembocar en una situación que exija resistirse, concretamente a una dictadura de aparente tolerancia que frena el estímulo de la fe declarándolo intolerante. Aquí sale a relucir realmente la intolerancia de los ‘tolerantes’. La fe no busca el conflicto, sino el ámbito de la libertad y de la tolerancia mutua. Pero no puede dejarse formular en etiquetas estereotipadas y adecuadas a la modernidad. La fe en una fidelidad superior está comprometida con Dios y ha de contar asimismo con situaciones y tipos de conflictos completamente nuevos²⁰².

²⁰⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Dios y el Mundo*, 209-210.

²⁰¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 429.

²⁰² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 429.

En conclusión, hay que afirmar que la Iglesia, en su esencia, no puede cambiar, pero sí en sus miembros, que necesitan convertirse. Este cambio es urgente y necesario, ya que el deseo de Dios es que todos alcancemos la santidad. Pero esta santidad no será posible sino dejamos de vivir en los engaños del Tentador, que nos lleva a vivir en el pecado. En este sentido, la Iglesia está llamada a seguir anunciando la verdad de Jesucristo; es decir, sirviendo a la verdad que nos alcanza la verdadera felicidad y la alegría de vivir para Dios en este mundo. También debemos afirmar que no se puede admitir una Iglesia solamente espiritual, porque desdeciría de su esencia, de la voluntad de su fundador, que vino no sólo a salvar al que estaba perdido, sino también a curar las heridas de los enfermos, a dar la libertad a los encarcelados, a defender al pobre y a la viuda, a amar y perdonar a los enemigos. Por esta razón, considera Ratzinger que la Iglesia tiene la grave responsabilidad de defender, ante el mundo relativista que profesa una falsa tolerancia, la verdad de la única voluntad de Dios, colocando así al hombre ante su propia verdad²⁰³.

2.2 Una Iglesia del pueblo-acéfala

Una Iglesia del pueblo, suena bien a cualquier oído, sobre todo de la gente más humilde, porque se les hace creer que la Iglesia está sólo de parte de los ricos y de la jerarquía de la Iglesia, y que se ha olvidado de ellos. Sin embargo, estas consideraciones no son verdad, porque la Iglesia siempre ha estado de parte de todos, ricos y pobres, libres y esclavos, judíos y gentiles (cf. 1Co 12,13; Ga 3,28), sin hacer ningún tipo de distinción, porque todos somos iguales en Cristo. No obstante, Ratzinger considera que esta pretensión de una 'Iglesia del pueblo' responde a la dialéctica marxista de la lucha de clases que se opone claramente a la Iglesia institucional, o sea, a la 'Iglesia oficial' fundada sobre las verdades fundamentales de la fe católica. Esta 'Iglesia del pueblo', que nace de continuo del pueblo y desarrolla así las intenciones de Jesús, a saber, su lucha contra la institución y contra su fuerza opresora para lograr una sociedad nueva y libre, que será 'el reino', es la que se tiene que implantar en nuestro tiempo²⁰⁴. Como sabemos, esta teología se autodenominó 'Teología de la Liberación', que, a decir verdad, la Iglesia ha reconocido algunos aspectos doctrinales conforme a la Tradición, pero a otros muchos de tendencia claramente ideológica-marxista. Por esta razón, la Iglesia ha de mantener su unidad en las verdades de fe fundamentales que pertenecen, no a un grupo reducido de creyentes o teólogos, sino a todos los creyentes. Y el lenguaje de la fe no puede ser caprichosamente manipulable²⁰⁵.

Debemos acercarnos a la verdad despojando a cada una de las teorías de su talante ideológico contemporáneo [...] La Iglesia, en el contacto con las experiencias históricas de la humanidad, puede encontrar un guía que la

²⁰³ Cf. J. RATZINGER, "Jesús de Nazaret, Israel y los cristianos", *COMMUNIO*, 176.

²⁰⁴ Cf. J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, San Pablo, Madrid 2005, 9.

²⁰⁵ J. RATZINGER, "Entre muerte y resurrección", *COMMUNIO*, 26.

lleve a penetrar más profundamente cada vez en la verdad y a reconocer en ella nuevas dimensiones que sin tales experiencias no hubiera sido posible comprender²⁰⁶.

También podríamos considerar como una clara oposición a la Iglesia servidora de la verdad, el hecho de considerarla como inventora del primado de Pedro y de la sucesión apostólica. En este sentido, el admitir una Iglesia sin pastores elegidos por Dios de manera ininterrumpida a lo largo de la historia, es contrario al querer de Jesucristo que eligió a sus Apóstoles para ponerles al frente de su Iglesia y, que luego, eligió hombres que los pudieran suceder en el tiempo mediante la imposición de manos de los obispos. De esta manera, el Señor ha garantizado la existencia de la Iglesia en el mundo, bajo el pastoreo de sus sacerdotes, hasta su segunda venida.

Para Ratzinger este tema está lo suficientemente claro, tal como aparece en la historia y en la teología sacramental de la Iglesia; ya que dichos pastores legítimos²⁰⁷, en virtud de la verdad revelada, la deben esparcir por todo el orbe²⁰⁸. Nuestro teólogo para reforzar esta idea recurre incluso a aquellos que pretenden negar la sucesión apostólica y la necesidad de la jerarquía en la Iglesia, como cabeza de la misma. Por esta razón, recoge la opinión de algunos teólogos protestantes.

Por lo demás, precisamente los autores que niegan el principio de la sucesión han propuesto luego hipótesis de sucesión. O. Cullmann, por ejemplo, se pronunció con toda claridad contra la idea de sucesión; pero creía poder demostrar que Pedro habría sido sustituido por Santiago, y que éste habría ejercido el primado del que anteriormente había sido el primero de los apóstoles. Bultmann, partiendo de la mención de las tres columnas en Gal 2, 9, cree poder concluir que de una dirección personal se habría pasado a una dirección colegial y que un colegio habría reemplazado a la sucesión de Pedro [...] La concepción protestante según la cual la 'sucesión' se encuentra sólo en la Palabra como tal, y no en 'estructuras' del género que sea, resulta anacrónica en virtud de la forma efectiva de la tradición neotestamentaria [...] Sin embargo, el testigo no es un individuo que subsiste por sí mismo y en sí mismo. Es testigo por sí mismo y en virtud de su propia capacidad de recordar, exactamente igual que Simón puede ser roca por sus propias fuerzas. Es testigo no en cuanto 'carne y sangre', sino a través de su nexo con el Espíritu, el Paráclito, que es el garante de la verdad²⁰⁹.

«La Iglesia de Roma, en la que Pedro y Pablo padecieron el martirio. Con ella ha de estar de acuerdo cada comunidad particular; ella es verdaderamente el criterio de la auténtica tradición apostólica»²¹⁰. Por otro lado, respondiendo a los disidentes Ratzinger advierte, citando a Eusebio de Cesárea: «La contraseña de la continuidad de la sucesión

²⁰⁶ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 9.

²⁰⁷ Cf. J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, 106.

²⁰⁸ Cf. J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, 91.

²⁰⁹ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 33-34.

²¹⁰ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 34.

apostólica se concentra en las tres sedes petrinas de Roma, Antioquía y Alejandría, siendo Roma, como lugar del martirio, una vez más, de las tres sedes petrinas, la preeminente, la verdaderamente decisiva»²¹¹. En consecuencia, el primado romano no es una invención de la Iglesia o de los Papas como pretenden señalar algunos querellantes, sino un elemento esencial de la unidad de la Iglesia, que se remonta al mismo Cristo y al testimonio de los Apóstoles²¹².

Finalmente, podemos decir que esta pretensión de una Iglesia del pueblo-acéfala no sólo lo encontramos en los protestantes y organizaciones cristianas sectarias, sino también en ciertas teologías que han surgido al margen de la sana doctrina de la Iglesia. De hecho, estas doctrinas, por apartarse del Magisterio de la Iglesia, deben ser consideradas falsas, erróneas y tendenciosamente peligrosas para la vivencia de la fe católica. Tenemos, p. e., teologías que se han autodenominado de la liberación, indigenistas, feministas, ecologistas entre otras. Todas estas nuevas formas de presentar la verdad evangélica han sido estudiadas, cuestionadas y hasta censuradas por la Iglesia, estando al frente de dicho trabajo el cardenal Joseph Ratzinger. No obstante, en la línea de nuestro trabajo, todas estas teologías tienen un denominador común: se saltan la autoridad del Magisterio de la Iglesia, de su doctrina y, por ende, de su Tradición. Negando, de esta manera, la necesidad de los pastores para la vida de la Iglesia. También, encontramos la presentación de una Iglesia fundamentalmente horizontal; es decir, laica; donde se hace apología de una Iglesia abierta y más participativa, dejando en manos de los laicos incluso la administración de algunos sacramentos o, simplemente, dejando de administrarlos porque están reservados de manera exclusiva al Sacramento del Orden. Por tanto, lo que buscaban evitar es que se pueda hacer diferencia entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común so pretexto de que todos somos iguales y que, por tanto, no debe haber privilegios en la Iglesia. Pero, como sabemos el ejercicio del ministerio sacerdotal no es un cargo de privilegio, sino una vocación de servicio y entrega a Dios por el bien de las almas.

2.3 La verdad en manos del soberano

Asistimos a una sociedad estructurada desde la idea de 'Estado laico', el cual se arroga la potestad de ser 'dueño' de la verdad. Por esta razón, erigiéndose como un 'Soberano' puede decidir lo que es la verdad y lo que se le opone. En consecuencia, la verdad es lo que un parlamento decide por consenso. De esta manera, la verdad deja de ser eterna y puede sufrir cambios en el tiempo. Ratzinger considera que hay un peligro inminente cuando alguien se considera dueño de la verdad.

Está a la vista que el concepto de verdad ha caído bajo sospecha. Por supuesto, es cierto que se ha abusado mucho de él. En nombre de la verdad se ha llegado a la intolerancia y la crueldad. En tal sentido se tiene temor

²¹¹ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 35.

²¹² Cf. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 36.

cuando alguien dice que tal cosa es la verdad o hasta afirma poseer la verdad. Nunca la poseemos; en el mejor de los casos, ella nos posee a nosotros. Nadie discutirá que es preciso ser cuidadoso y cauteloso al reivindicar la verdad. Pero descartarla sin más como inalcanzable ejerce directamente una acción destructiva²¹³.

Sin embargo, sucede que, aquellos que se oponen a la Iglesia como servidora de la verdad, se consideran poseedores de la misma, dogmatizando muchas veces lo que se le opone. De esta manera, el poder político de los Estados se eleva por encima del bien y del mal, constituyéndose en un 'ente absoluto', que relativiza el criterio de la Iglesia sobre su comprensión de la verdad y, al mismo tiempo, limita su servicio en favor de la misma.

No queremos que el Estado nos imponga una determinada idea de bien. El problema es aún más manifiesto cuando se intenta clarificar la noción de 'bien' mediante la de 'verdad'. El respeto a la libertad de cada individuo nos parece que, por principio, consiste hoy esencialmente en que el Estado no pretenda resolver el problema de la verdad: la verdad, y tampoco, por tanto, la verdad acerca del bien, no resulta cognoscible en la esfera social. La verdad es algo controvertido. Por eso, al intento de imponer a todos lo que una parte de los ciudadanos juzga como 'verdad' se le considera un avasallamiento de las conciencias: el concepto de verdad viene relegado al ámbito de la intolerancia y de lo antidemocrático. La verdad no es un bien 'público', sino únicamente 'privado' o, a lo sumo, un bien 'de parte' pero nunca universal [...] Así, el relativismo aparece como la única garantía auténtica de la libertad²¹⁴.

La Iglesia siempre ha velado por defender la verdad como realidad objetiva y autónoma, que no puede ser manipulada ni utilizada tendenciosamente. La Iglesia servidora de la verdad siempre denunciará la pretensión de los hombres y de los Estados de adueñarse de la verdad, ya que esto está llevando a lo que Ratzinger llama 'dictadura del relativismo'.

Ratzinger entiende que la verdad no es un producto de la política (esto es, de la mayoría por consenso), sino que la antecede y, por tanto, la ilumina: no es la praxis la que 'crea' la verdad, sino que la verdad es la que posibilita una auténtica praxis²¹⁵. Por eso, nos dice, siguiendo las enseñanzas de la Doctrina Social, que los fieles laicos deben participar en el ámbito político para custodiar la verdad, porque sólo de esta manera se podrá evitar que se cometan atropellos contra el hombre y su dignidad²¹⁶.

En conclusión, la Iglesia servidora de la verdad tiene una misión urgente en la formación no sólo cristiana de sus hijos, sino también en la formación social y política, para poder evitar que se sigan

²¹³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo: El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*, Traducción de Roberto H. Bernet, Herder, Barcelona, 2010, 27.

²¹⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 55-56

²¹⁵ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 57-58.

²¹⁶ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 31.

consolidando Estados, que nieguen la existencia y acción de Dios. Es decir, que nieguen la verdad.

2.4 Dogmatismo del relativismo

Cuando el relativismo se convierte en un dogma o en un absoluto²¹⁷ se vuelve un dictador que quiere que todos los hombres le estén sometidos. En este sentido, para el relativismo «la relación entre religión y democracia solo puede ser negativa»²¹⁸. Por esta razón, Ratzinger afirma que, «el relativismo lleva consigo su propio dogmatismo: se siente tan seguro de sí mismo que debe imponerse incluso a quienes no lo comparten»²¹⁹. No obstante, el relativismo es el peligro más grave que aqueja a nuestro mundo; porque se impone el poder del más fuerte frente a la actitud sumisa de los débiles. Además, el relativismo llega a penetrar en el corazón de la Iglesia, dando lugar al nacimiento de un nuevo paganismo. Muchos cristianos no dejan de llamarse tales, pero viven como gentiles²²⁰.

La verdad sobre el bien, que proviene de la tradición cristiana, se torna así evidente para la razón y, al mismo tiempo, se acredita como principio racional; esta verdad de ninguna manera supone 'hacer violencia' a la razón y a la política por parte de ningún dogmatismo. Pero, en conformidad con lo dicho, se nos advierte, no es posible aceptar la idea de un 'Estado absoluto', que pretenda erigirse en la fuente de la verdad y del derecho²²¹.

En conclusión, podemos decir que el relativismo ataca también de manera agresiva la vida espiritual de los cristianos, porque los lleva a separar la vida interior de la praxis. Es decir, los hace que abandonen un obrar correctamente moral. P. e., a estos cristianos heridos por el relativismo les da lo mismo pecar o no pecar, siempre y cuando no se cause un daño material, psicológico o meramente moral al otro; da lo mismo cumplir los mandamientos de Dios o dejarlos de cumplir; da lo mismo recibir los sacramentos o no hacerlos, da lo mismo creer en Dios en la Iglesia católica o en cualquier otra religión o secta cristiana. Según este relativismo religioso todo vale, lo importante es creer en Dios de cualquier manera y hacer el bien a los demás según el criterio subjetivo de cada individuo.

El relativismo, a fin de cuentas, nos deja sin Dios. Este tipo de pensamiento admite como criterio que 'todo vale'; pero al final nada vale nada; es decir, ni Dios, ni el mundo, ni el hombre. También, hay que señalar que el relativismo se presenta como una oferta muy ventajosa para el hombre de nuestro tiempo que busca confort y felicidad a bajo

²¹⁷ Se convierte el principio de relatividad en otro absoluto, hasta el punto de que el propio concepto de verdad, sin el cual ninguna teología puede existir, comenzó a ser teológicamente cuestionado (cf. F. MIREs, *El pensamiento de Benedicto XVI*, 15)

²¹⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 63.

²¹⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 65.

²²⁰ Cf. J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, 365.

²²¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 71.

precio, ante un Dios que al parecer ‘niega’ la felicidad del hombre y su verdadera realización humana. Estas ideas son presentadas a menudo con una fachada cristiana, pero «se trata de una moral puramente racional y por completo incrédula»²²².

El desarrollo del pensamiento moderno centrado en el progreso y en la ciencia ha creado una mentalidad por la cual se cree poder hacer prescindible la ‘hipótesis de Dios’, como lo expresaba Laplace. El hombre piensa hoy poder hacer por sí mismo todo lo que antes sólo esperaba de Dios. Según ese modelo de pensamiento, que se considera científico, las cosas de la fe aparecen como arcaicas, míticas, como pertenecientes a una civilización pasada. La religión, en todo caso la cristiana, es encasillada como una reliquia del pasado²²³. Ya en el siglo XVIII la Ilustración anunció que, un día, también el Papa, ese *dalai lama* de Europa, tendría que desaparecer, que la Ilustración iba a eliminar definitivamente esos remanentes míticos²²⁴.

Por tanto, «si la razón se separa de Dios y lo confina al ámbito subjetivo, ella misma pierde el norte y da lugar a fuerzas destructoras»²²⁵, como es el caso de la mentalidad relativista, que ha causado la destrucción de la vida moral de nuestra sociedad moderna, que parece dar culto al relativismo mediante una serie de desenfrenos inmorales. Por eso, «quien quiera escapar de la incertidumbre de la fe, caerá en la incertidumbre de la incredulidad que no puede negar de manera definitiva que la fe sea la verdad. Sólo al rechazar la fe se da uno cuenta de que es irrechazable»²²⁶. De hecho, solo desde la verdad se podrá aceptar todo lo demás que pueda ser considerado apropiado conforme a la fe²²⁷.

Ratzinger concluye diciendo que para que cambie esta mentalidad relativista hace falta con urgencia «convertir de nuevo a la Iglesia en una comunidad de convencidos [...] Ello significaría la renuncia rigurosa a las situaciones mundanas todavía existentes, para demoler una construcción aparente que resulta cada vez más peligrosa porque se cruza en el camino de la verdad»²²⁸.

²²² J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una ecclesología*, 360.

²²³ «Muchas personas con fe religiosa se sienten acosados, como si desde la ciencia se pretendiera demostrar que todas sus creencias son ingenuas o ilusorias, o cuando son consideradas con buena voluntad, provisionales» (H. MANCINI, «El esplendor de la verdad para un científico cristiano», *SCRIPTA THEOLOGICA* 39 (2007), 499).

²²⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 65.

²²⁵ E. ESLAVA, «La razón mutilada. Ciencia, razón y fe en el pensamiento de Joseph Ratzinger», *SCRIPTA THEOLOGICA* 39 (2007), 830.

²²⁶ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 10.

²²⁷ «*Thuth is generous enough, after all, to accommodate what is truly fitting*» (A. NICHOLS, *The thought of Pope Benedict XVI: An introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, 210).

²²⁸ J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una ecclesología*, 361-362.

CAPÍTULO II

CIENCIA, RAZÓN Y FE

1. Fragmentación del conocimiento y de la verdad

En la época moderna se ha producido un fenómeno conocido como la fragmentación del conocimiento. El cual ha tenido un impacto más contundente en el saber teológico, porque se impuso el saber científico como el único poseedor de la verdad. Descalificando, de esta manera, a la teología como irracional por pretender explicar lo inexplicable; es decir, a Dios en el caso de que existiera. Pero, al mismo tiempo, podemos ver que esta fragmentación del conocimiento también ha afectado al saber científico en general, porque aquella unidad del conocimiento que existía en la antigüedad griega y más tarde latina, como en la Escolástica, se ha visto herida por la especialización del saber, cuyos efectos secundarios han sido fundamentalmente el olvido o desprecio de aquellos saberes distintos a su especialidad. De hecho, en el fondo lo que se ha producido es la fragmentación de la verdad y, por ende, la crisis de la verdad.

1.1 Ciencia y metafísica

El saber que más sufrió las consecuencias de esta especialización del conocimiento fue el metafísico. Y si hablamos de la metafísica también estamos hablando de la teología que tiene que ver con la verdad que no es tangible ni experimentable científicamente hablando. En este sentido, los hombres modernos llegaron a decir que la verdad que pretende la metafísica sólo puede ser escuchada más no entendida, por utilizar un lenguaje lleno de tecnicismos y por ser demasiado abstractas sus especulaciones. «Aquí la palabra se convierte casi en condena, porque las personas se atienen a la cascara superficial de las palabras, negándose a profundizar en ellas [...] Si me apego a lo superficial no veo la verdad más profunda»²²⁹.

²²⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Dios y el Mundo*, 229-230.

Por tanto, el científicismo se impone en la sociedad moderna hasta el punto de convertirse en una ‘nueva religión’, porque se llega a idolatrar el saber humano por encima del divino.

Es conveniente, por tanto, que este científicismo con pretensiones absolutistas, se cure de su propia soberbia, reconozca sus límites, que hay verdades que le anteceden y que a parte de la racionalidad matemática hay otras instancias de conocimiento con las que es posible dialogar y confrontarse. Sin duda, la filosofía, la razón, la teología y la religión, pueden ayudar a la ciencia y a la técnica a purificarse de sus propias ansias absolutistas y a curar y amansar su propia ‘*hybris*’. Para dialogar con esta concepción de la ciencia moderna, ésta, debe bajarse de su propio endiosamiento y reconocer que no es todopoderosa. Por su parte, la teología, la filosofía y la religión deben salir al encuentro de la ciencia, no rehuir el diálogo con ella, reconocerle su espacio propio suministrándole un *ethos* con el que necesariamente tiene que confrontarse, así como valorar sus aportaciones para el bien de la humanidad y el desarrollo humano²³⁰.

En conclusión, debemos señalar que en la mentalidad cristiana, tal como nos lo presenta Ratzinger, no existe un antagonismo irreconciliable entre ciencia y metafísica. Todo lo contrario, la Iglesia, servidora de la verdad, fomenta el diálogo entre las distintas ciencias, indicando que la verdad es una y que ningún saber se puede considerar superior al otro, sino, más bien, cada uno, desde su propio espacio, debe aportar al conocimiento de la verdad, reconociendo sus propios límites y posibilidades. Sólo así el hombre moderno saldrá de sus prejuicios en relación a la metafísica; dando así un sentido superlativo a la propia existencia, que rebasa sus límites espacio-temporales.

1.2 ¿Una ruptura histórica insalvable?

La Iglesia y, en este sentido, la teología juega un papel muy importante en el restablecimiento de la unidad del conocimiento y de la verdad. Por tanto, solo la verdad enseñada por la Iglesia, libre de cualquier prejuicio fideista o racionalista, puede restablecer esta ruptura. Y esta verdad es la fe en Cristo.

Estaba teniendo entonces lugar el tránsito de una visión centrada en la subjetividad del hombre a otra más radical: la implantación del sujeto en la realidad, el acogimiento de una libertad que precediéndonos nos hace ser, la anterioridad de la historia y de la comunidad sobre el individuo, la primacía de la verdad real sobre la construcción de nuestra libertad y, por tanto, del *logos* sobre el *ethos*²³¹ la soberanía de la belleza inseparable de la verdad, la irreductibilidad del sentido a la eficacia. Es la ética de los valores frente a la ética de los imperativos, el principio del bien y de la perfección frente al mero deber y obligación. Scheler contra Kant. Aparece la religión como algo primigenio y constitutivo de la existencia humana, anterior a la determinación moral y no reducible a ella [...] Esto significa recuperar para el cristianismo su dimensión específica como religión histórica, prolongando

²³⁰ A. MARTÍNEZ-CARBONELL LÓPEZ, «Argumentos Bioéticos en el pensamiento de Joseph Ratzinger», REVISTA CUADERNO DE BIOÉTICA 25 (2014), 227.

²³¹ Cf. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2006, 89-95.

una experiencia originaria de revelación y actualizando la encarnación de Dios en la ulterior historia humana. No es por tanto, mera doctrina ni solo ética sino que remite a hechos fundantes, a la persona de Cristo²³².

A partir de lo que hemos indicado podemos afirmar con toda seguridad que los aportes de la teología ratzingeriana, es un arma poderosa para alcanzar este ansiado objetivo, la unidad del conocimiento y de la verdad. No obstante, nuestro teólogo no sólo ha hecho aportes significativos para estrechar la distancia entre ciencia y metafísica, entre ciencia y teología, sino que en su vida personal e intelectual se han dado. Por eso, en su labor de investigación científica, no ha discriminado ningún tipo de saber. Dando así una opinión o su parecer sobre cualquier cuestión acerca del hombre, del mundo y de Dios, con toda autoridad y con criterio científico.

Blanco, siguiendo el pensamiento de Ratzinger advierte que, la verdad en estos tiempos modernos se ha visto no sólo herida, sino hasta desprestigiada, porque muchas veces la verdad se ha visto reducida a lo experimentable y tangible. Es, por eso, que se plantea la fe en Jesucristo como el único remedio y como el camino para acceder a la verdad. Pero también señala que «la razón tiene hoy día un puesto importante [...] puede ofrecer criterios útiles a la técnica y a las religiones»²³³. La verdad, ciertamente, es conocida a través de la propia limitación humana. Desde esta perspectiva «el hombre mira el Absoluto a través de un limitado y fundamental punto de vista»²³⁴.

En conclusión, podemos decir que esta lucha por la unidad del pensamiento ha sido siempre una constante en la Iglesia, porque ella ha estado de manera permanente preocupada por la verdad. P. e., cuando la fe cristiana se encontró con el mundo helénico no rechazó sus conocimientos filosóficos, sino que le sirvió para que sus respuestas acerca de la existencia de Dios, de la verdad, del bien sean más claras y universales²³⁵. De hecho, esta búsqueda de la verdad se ha dado no sin luchas intelectuales, que en algunos momentos de la historia se han tornado hasta sofocantes y con incidentes belicosos; porque no faltaban quienes se opusieran a esta realidad, tal como sucede en nuestros días. Sin embargo, el triunfo, aunque momentáneo, ha conseguido progresos de distinta índole en la vida de los hombres. Por eso, creemos que, si seguimos por el camino intelectual que nos ha legado Ratzinger, podrá ver este mundo la luz de esta unidad²³⁶ y la abolición de esta crisis de verdad.

²³² O. GONZÁLEZ DE CARDENAL, "Introducción a la edición española", RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El espíritu de la Liturgia: una introducción*, 29-31.

²³³ P. BLANCO, *La teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*, 183.

²³⁴ P. BLANCO SARTO, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, 134.

²³⁵ E. ESLAVA, «La razón mutilada. Ciencia, razón y fe en el pensamiento de Joseph Ratzinger», 831-832.

²³⁶ «Razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza» (S. DEL CURA ELENA, «*Spe salvi* y la escatología cristiana», S. Madrigal (ed.), *El pensamiento de Joseph Ratzinger*, 158).

2. Infravaloración del saber filosófico y absolutización de la razón práctica

En estos tiempos modernos²³⁷, la crisis de la verdad también se ha visto reflejada en la infravaloración del saber filosófico, proveniente del cientificismo. Por esta razón, como ya hemos indicado, se ha producido un endiosamiento o absolutización de la Razón, incluso desde criterios aparentemente filosóficos. Decimos aparentemente, porque la verdadera filosofía aspira a la verdad que la razón sólo la puede servir y no poseer. Por eso, se señala que «la unidad del acceso a la verdad a través de la revelación, de la filosofía y de las ciencias, y por tanto la correspondencia entre el Dios de la fe y el Dios de los filósofos, Ratzinger lo ha sostenido de manera explícita y reiterada»²³⁸.

2.1 La razón se aparta de la fe

La razón, en la modernidad, se considera poseedora de la verdad frente a la fe encerrada en la oscuridad de la creencia mítica en Dios o los dioses. Por tanto, la fe es descalificada y considerada irracional. La razón, como ya indicábamos más arriba, ha sido convertida por el hombre ilustrado en divinidad. No existe ya un ser superior a la razón, ya que todo cuanto existe y podemos conocer dependen de la razón. Ella, no obstante, es la que nos puede revelar todos los misterios del universo y de la vida del hombre y su destino final. Gracias a la razón el hombre puede crear todo lo que quiera, gracias a la razón el hombre puede conquistar el mundo y gobernarlo.

En consecuencia, todo aquello que antes era explicado por la fe ahora lo hace la razón y con una precisión y claridad superiores. Entonces, el hombre moderno se pregunta ¿Para qué necesito de la fe? La respuesta es más que evidente: ‘Ya no la necesito’, porque la fe no puede aportar nada nuevo a mi vida y menos al mundo en el que vivo. Por tanto, la actitud más racional o verdadera consistirá en abandonar la fe. No obstante, esta es la realidad actual en la que la Iglesia tiene que anunciar el valor insustituible del conocimiento por la fe sin olvidar la razón.

La razón cortó las raíces que la vinculaban a la fe vivida de una cultura²³⁹ y de una civilización histórica íntimamente religiosas y, queriendo ser tan solo

²³⁷ «El Papa critica la cultura contemporánea en lo que tiene de deshumanizante y, por ende, de perjudicial para la persona [...] Surge de la así llamada modernidad que surge entre los siglos XV y XVII y adquiere su configuración clásica en el siglo XVIII con la ilustración» (G. SÁNCHEZ ROJAS, «La cultura en la enseñanza de Benedicto XVI», REVISTA TEOLÓGICA LIMENSE 43 (2009), 352).

²³⁸ G. TANZELLA-NITTI, «La unidad de la verdad en el acceso a Dios: Ciencia, razón y fe», SCRIPTA THEOLÓGICA 41 (2009), 418.

²³⁹ «Está muy presente en la enseñanza del santo Padre Benedicto XVI el tema de la cultura y se expresa en la reflexión del Papa sobre la razón y la fe, la cuestión sobre la verdad, la secularización y el secularismo» (G. SÁNCHEZ ROJAS, «La cultura en la enseñanza de Benedicto XVI», 341). Además afirma el Papa que la fe ayuda a crear una cultura profundamente humana (cf. G. SÁNCHEZ ROJAS, «La cultura en la enseñanza de Benedicto XVI», 346-347).

razón empírica, terminó convirtiéndose en razón 'ciega'. Donde ya no se conoce como certeza común más que lo experimentalmente verificable, para las verdades que exceden lo puramente material no queda otro parámetro de referencia que su mera instrumentalidad, es decir, depender del juego de mayorías y minorías [...] El problema más grave y agudo al que hoy nos enfrentamos es exactamente la ceguera de la razón para la entera dimensión no material de la realidad²⁴⁰.

Según Ratzinger hay que recordar a los hombres de nuestro tiempo que hay una realidad más allá de lo fáctico y material. Y, que esta realidad, no puede ser conocida de manera satisfactoria por la sola razón, sino que ésta necesita, necesariamente, de la luz de la fe. De hecho, la fe abre horizontes de comprensión que eleva la vida del hombre dándole un sentido nuevo a su existencia, que se ha visto amenazada por la razón práctica que se apartó de la fe.

Dos estadios de la transformación espiritual. El primero, preparado por Descartes, fue modelado por Kant y ya antes de él, con principios diversos, por el filósofo italiano Giambattista Vico (1688-1744), que fue el primero en formular una idea completamente nueva de la verdad y del conocimiento y condicionó, anticipándola atrevidamente, la fórmula típica del espíritu moderno sobre el problema de la verdad y de la realidad. Los escolásticos decían: *Verum est ens*, el ser es la verdad, a esto se opone Vico con otra fórmula: *Verum quia factum*; esto quiere decir que lo único que podemos reconocer como verdadero es lo que nosotros mismos hemos hecho. A mi juicio esta fórmula marca el fin de la vieja metafísica y el comienzo del auténtico espíritu moderno [...] todo ser es idea, todo ser es pensamiento, logos, verdad [...] Para los antiguos y medievales la obra humana es, por el contrario, algo contingente y efímero. El ser es idea, por tanto es pensable, objeto del pensamiento y de la ciencia que busca el conocimiento [...] Por eso la ciencia antigua y medieval creía que el saber de las cosas humanas era solamente *techne*, poder de artesano, no verdadero conocer ni por tanto verdadera ciencia. Por eso en las universidades medievales florecían las artes, preludios de ciencia propiamente dicha que reflexiona sobre el ser²⁴¹.

Remarcando la idea de la suplantación de la fe por la Razón, advertimos la profunda crisis que causó la reducción del conocimiento a lo fáctico; admitiendo, de esta manera, que sólo lo que el hombre puede elaborar o fabricar puede ser objeto de conocimiento y, por ende, puede ser admitido como verdadero. Ciertamente, las consecuencias que se siguieron fueron inmediatas y se han prolongado hasta nuestros días; porque el hombre moderno vive sujeto a lo que puede ver y tocar, desentendiéndose casi por completa de lo espiritual. Admitiendo, a su vez, que sólo lo material le puede reportar algún beneficio y que, por tanto, vivir de lo espiritual es pérdida de tiempo. De esta manera, la fe queda relegada a un grupo pequeño de personas que pueden ser calificadas de cucufatas, arcaicas e ignorantes. Además, se considera a los que tienen fe como personas con las cuales no se puede dialogar, ya que resultan incómodas, porque no dejan de meter a Dios en sus asuntos.

²⁴⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *El Elogio de la Conciencia*, 69.

²⁴¹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 19-20.

En conclusión, Ratzinger plantea, una vez más, la cuestión de la verdad reducida sólo a lo fáctico. Es decir, a aquello que puede ser percibido por los sentidos, a lo exclusivamente empírico. Concibiendo así una sociedad estrictamente materialista.

Descartes creyó que la verdadera certeza era la certeza formal, la de la razón, purificada de las inseguridades de lo positivo [...] Si el conocer real implica el conocimiento de las causas, sólo podemos conocer verdaderamente lo que nosotros hemos hecho, ya que sólo nosotros nos conocemos a nosotros mismos. La identidad entre la verdad y el ser queda suplantada por la identidad entre la verdad y la facticidad; puede conocerse el hecho, lo que nosotros hemos hecho²⁴².

2.2 Abandono de la filosofía

Ratzinger afirma que las ciencias filosóficas se han dejado de lado, porque se han apartado de la verdad y han llegado a llamar verdad a la duda o a la nada. Pues, sin verdad no hay teología ni filosofía²⁴³. Además, las ciencias positivas y la técnica han desacreditado a la filosofía considerándola innecesaria para la vida; complicada de aprender debido al tecnicismo lingüístico; y poco o nada rentable en el campo laboral. De esta manera, caía en olvido el fundamento y el origen de la filosofía como amor a la sabiduría, libre de cualquier interés espurio; es decir, filosofía para la vida, filosofía como saber desinteresado y deseo de saber por saber, de conocer la verdad y de darla a conocer sin dejar de perseguirla como lo más grande y hermoso que puede cautivar el alma del filósofo.

Este olvido de la filosofía en el campo de la educación media y universitaria, ha llevado al hombre contemporáneo a vivir con mucha superficialidad todos los aspectos del existir humanos. No obstante, prima en la mente del hombre moderno la idea de que todo está en proceso de construcción, incluso el hecho de su propia identidad. Es decir, cada uno puede ser lo que él mismo desee ser. El hombre se construye a sí mismo y puede reconstruirse sin considerar la existencia de un ser determinado y absoluto. Se pierde, por tanto, el horizonte de la existencia en dependencia de un Ser superior como su creador y como su fin. Olvidando que en cuyo Ser el ser de todo hombre puede permanecer en la existencia.

En las universidades dominan la matemática y la historia, la historia que incluye en sí todo el mundo de las ciencias y las transforma radicalmente. Con Hegel y, aunque de modo diverso, también con Comte, la filosofía pasa a ser un problema de la historia en la que el ser mismo ha de estudiarse como proceso histórico [...] Según Darwin el sistema de lo vivo es una historia de la vida. A la idea de que las cosas siguen tal y como fueron creadas la sustituye Darwin con una idea de origen: unas cosas proceden de otras, descienden de ellas [...] El mundo ya no es sólido edificio del ser, sino un proceso cuya evolución continua es el movimiento del ser mismo. Esto

²⁴² J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 21.

²⁴³ Cf. F. MIRES, *El pensamiento de Benedicto XVI*, 19.

quiere decir que el mundo, hecho por los hombres, sólo es inteligible para ellos. El hombre ya no es capaz de contemplarse a sí mismo²⁴⁴.

El pensar técnico, como ya hemos indicado, se va a convertir en un obstáculo para el quehacer filosófico y para la teología en general. En este sentido, Ratzinger presenta un segundo estadio de comprensión: “*verum quia faciendum*”.

La verdad en la que se estará en adelante es la factibilidad. Con otras palabras, no es la verdad del ser, ni a fin de cuenta la verdad de sus acciones, sino la de la transformación del mundo, la de la configuración del mismo; una verdad, pues, que mira al futuro y a la acción... El transmisor real de auténtica seguridad es sólo el método científico natural nacido, a guisa de experimento repetible, de la unión de la matemática y del interés por la factibilidad. Del matrimonio del pensar matemático con el pensar factible nace la posición espiritual del hombre moderno, condicionada por las ciencias naturales, que significa al mismo tiempo, en cuanto es factibilidad, inclinación a la realidad. El *factum* ha dado lugar al *faciendum*, lo hecho ha originado lo factible, lo repetible, lo comprobable, y ahí está. Se llega así al primado de lo factible sobre el hecho, porque ¿qué es lo que puede hacer el hombre con lo sucedido?; no puede encontrar ahí su sentido, no puede convertirse en guardián del museo de su propio pasado, si quiere dominar su actualidad²⁴⁵.

En definitiva, el abandono de la filosofía, supone el abandono de la verdad. En este sentido, el hombre queda sumergido en su propia vaciedad y condenado a la nada y al sin sentido; queda condenado a vivir sólo del presente y para el presente, quitando todo valor a la memoria de los logros y fracasos del pasado como experiencia real y dejando de lado el futuro como esperanza reconfortante. El hombre, de esta manera, queda condenado a la fatalidad; es decir, a su propia autodestrucción. Sin embargo, Ratzinger considera que «en la antigüedad y en la edad media el hombre estaba orientado a lo eterno; después de un corto período en el que reinó el historicismo, a lo pasado, ahora la factibilidad, lo *faciendum*, le orienta al futuro que él mismo pueda crear»²⁴⁶.

2.3 La absolutización de la razón lleva al ateísmo

La crisis de la verdad se manifiesta de manera contundente en la absolutización de la verdad que lleva al ateísmo manifiesto, decimos esto porque también hay un ateísmo práctico; es decir, no explícito de aquellos que dicen que creen en Dios, pero que viven como si Dios no existiera. Así, pues, el ateísmo, sea de la índole que sea, desde los inicios de la modernidad ha visto un aumento significativo de simpatizantes y adeptos hasta nuestros días. Pero su efecto más peligroso se da en aquellos que no admiten el ateísmo en sus vidas y, sin embargo, viven sumergidos en sus redes, llevando muchas veces una religiosidad aparente, sin compromiso verdadero con Dios. Este

²⁴⁴ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 22.

²⁴⁵ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 22-23.

²⁴⁶ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 24.

tipo de ateísmo que lo encontramos camuflado en apariencia de cristianismo, está destruyendo la vida de los niños, jóvenes y adultos, cuyos hábitos de vida se tornan mundanos y hasta pervertidos.

El ateísmo propiamente dicho, creemos que puede ser hasta cierto punto combatible con mayor facilidad o, al menos, puede ser discriminado. Sin embargo, este ateísmo se presenta como una 'nueva religión' que se impone, con cierta agresividad, como la 'única religión', descalificando a las religiones y, quizá con mayor violencia, a la religión católica. En este sentido, la Iglesia experimenta cada vez más restringida su libertad de culto. Nuestra sociedad moderna condena a Dios, atribuyéndole los desmanes causados por los hombres sin Dios. Ésta es la más grande desfachatez del ateísmo, porque siendo él el causante de tantos conflictos entre los miembros de la gran familia humana, tira la piedra y esconde la mano, como dice el dicho popular. No obstante, lo que podemos constatar es la pelea por la conquista del mundo; ya que se ha producido un hambre insaciable de más riqueza, de máximo placer y de más poder. Por eso, el hombre supuestamente moderno se ha vuelto más salvaje e inhumano, porque se devora a sí mismo.

El peligro consiste en que la razón -la llamada razón occidental- afirma que ella ha reconocido realmente lo correcto y, con ello, reivindica una totalidad que es enemiga de la libertad. Creo que hemos de presentar con mucho énfasis ese peligro. A nadie se le obliga a ser cristiano. Pero nadie debe ser obligado a vivir la 'nueva religión' como la única determinante y obligatoria para toda la humanidad. La agresividad con la que se presenta esta nueva religión ha sido descrita por el semanario *Der Spiegel* como 'cruzada de los ateos'. Es una cruzada que hace escarnio del cristianismo como 'locura de Dios' y encasilla la religión como una maldición a la que hay que atribuir también todas las guerras [...] El cristianismo se ve así expuesto a una presión de intolerancia²⁴⁷.

Este ateísmo se manifiesta de manera solapada en lo que llama Ratzinger deísmo. Al iniciar este apartado hacíamos referencia al ateísmo práctico, que, ciertamente, tiene que ver con este fenómeno conocido como deísmo. No obstante, aquellos que se encuentran, explícita e implícitamente involucrados en este fenómeno admiten la existencia de un Dios ocupado de sus asuntos personales en su cielo y, totalmente despreocupado del hombre y de todo aquello que no es Dios. Ahora, p. e., es muy común escuchar decir que la Iglesia no debe hablar de tal o cual tema; llámese salud reproductiva o ideología de género.

El deísmo se ha impuesto prácticamente en la conciencia general. No es posible ya concebir a un Dios que se preocupa de los individuos y que actúa en el mundo. Dios pudo haber originado el estallido inicial del universo, si es que lo hubo, pero en un mundo ilustrado no le queda más que hacer. No se acepta que Dios entre tan vivo dentro de mi vida. Dios puede ser una idea espiritual, un complemento edificante de mi vida, pero es algo más bien indefinido en la esfera subjetiva. Parece ridículo que nuestras acciones

²⁴⁷ RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 28-29.

buenas o malas le interesen [...] Parece mitológico atribuirle unas acciones en el mundo. Puede haber fenómenos sin aclarar, pero han de buscarse otras causas. La superstición parece más fundamentada que la fe; los dioses –es decir, los poderes inexplicados en el curso de nuestra vida, y con los que hay que acabar- son más creíbles que Dios²⁴⁸.

El racionalismo, desde tiempos de la ilustración hasta nuestros días, ha considerado, a lo sumo, la idea del ‘Dios relojero’. Es decir, Dios ha creado todo el universo como una gran máquina y todo en él funciona con tal perfección como un reloj. En este sentido, advierte Ratzinger que Dios después de haber terminado la obra de la creación, no se retiró. No se retiró en el sentido de: «Bueno, ahora la maquinaria funcionará tal como ha sido ajustada para siempre». No, Dios sigue obrando y no descansará hasta que toda la creación sea redimida. Él sigue siendo el Creador y, en consecuencia, siempre tiene la posibilidad de intervenir²⁴⁹.

De hecho, si se pierde de vista la idea de Dios, el horizonte del hombre se vuelve tenebroso y opuesto a los ideales de vida cristiana. Por eso, aquellos que dejan de ser cristianos se convierten en verdaderos enemigos de la verdad, tal como nos ha revelado Dios y como la Iglesia lo enseña. Ratzinger, en este sentido, nos presenta a Nietzsche, para quien

el cristianismo es una religión del resentimiento, de los desfavorecidos, de los que se vengán declarando la grandeza del ser insignificante y trastocan las jerarquías enalteciendo, no a los fuertes, sino a los que sufren. En ese sentido, es la filosofía de los esclavos que se vengán lastrando al ser humano con el pecado. La idea de que el cristianismo te convierte en siervo y que la Iglesia nos mantiene en su poder convenciéndonos del pecado y presentándose luego como instancia de perdón está muy extendida. Es cierto que cuando Dios desaparece del campo de visión del ser humano, lógicamente también el pecado pierde su sentido. Porque si Dios no me interesa, si Él no se interesa por mí, tampoco puede existir una relación perturbada con Él, porque no existe ninguna en absoluto. Con ello, el pecado²⁵⁰ parece en principio eliminado [...] Negar a Dios y el deseo de Dios puede eliminar el concepto de pecado, pero no la problemática del ser humano subyacente²⁵¹.

En consecuencia, debe quedar claro que es inconcebible para la fe cristiana católica la idea de un Dios relojero, desentendido de la obra de sus manos. Dios sigue presente y actuando en la creación; Dios providente sigue gobernando el universo con su poder y con su amor; Dios cuida del hombre e interviene en su vida buscando su conversión y salvación. En definitiva, Dios es realidad y es verdad, pero una verdad

²⁴⁸ J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios: Redescubriendo la Liturgia con Benedicto XVI*; 1ª ed., Palabra, Madrid 2014, 78-79.

²⁴⁹ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 52-53.

²⁵⁰ El pecado en las estructuras sociales y en las cuestiones económicas, favorecen los nuevos modelos políticos llenos de corrupción y generan leyes egoístas (cf. G. SÁNCHEZ ROJAS, «Un legado doctrinal para el siglo XXI: El magisterio de Benedicto XVI (I)», *REVISTA TEOLÓGICA LIMENSE* 47 (2013), 41).

²⁵¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Dios y el Mundo*, 87-88.

objetiva y no meramente subjetiva o creada por el hombre que, ante sus múltiples necesidades, necesita ser confortado, curado o llenado en el vacío de su existencia. Por eso, «el desgajar la religión, la fe en Dios, de la verdad objetiva significa desconocer su esencia más íntima»²⁵².

Por último, Ratzinger «defendía la necesidad de una razón que busque a Dios si no quiere quedarse disminuida [...] La eliminación de la fe, afirma, despoja al *ethos* de su fundamentación y entonces la moral se queda en meras normas de tráfico de la conducta humana que se orientan según la utilidad»²⁵³. Por tanto, en este camino de superación de la crisis de verdad, se debe proponer la unidad de fe y razón en la búsqueda de Dios como servicio a la verdad.

2.4 El hombre, capaz de verdad

El hombre, usando de sus facultades racionales, ha podido intuir la verdad y, al mismo tiempo, aproximarse a su conocimiento; porque él es capaz de verdad. Sin embargo, en estos tiempos modernos muchos pensadores han pretendido negar esta verdad. Sosteniendo, con argumentos poco convincentes, que la verdad, en cuanto tal, no existe, ya que sólo podemos encontrar en la realidad verdades cambiantes. Así pues, podemos constatar que una gran parte de la filosofía actual niega, no sólo la verdad, sino también, en el supuesto caso de que existiera, la posibilidad de ser conocida por del hombre.

El hombre debe buscar la verdad, es capaz de la verdad. Es evidente que la verdad necesita criterios para ser verificada y falsada. También ha de ir acompañada de tolerancia, pero la verdad nos muestra entonces aquellos valores constantes que han hecho grande a la humanidad, por eso hay que aprender y ejercitar de nuevo la humildad de reconocer la verdad y de permitirle constituirse en parámetro²⁵⁴.

En fin, la verdad, aunque muchos pensadores de nuestro tiempo pretendan negarla, se impone como una realidad querida y deseada por todos los hombres, incluso por aquellos que intentan negarla. Por tanto, la verdad no puede dejar de ser, por el simple hecho de que alguien la considere inexistente, ella aparece como una luz en la vida del hombre que lo conduce a su verdadera realización personal.

2.5 Las ideologías y la verdad

Cuando la filosofía se aparta de la verdad y de servirla amándola se convierte en ideología que, a su vez, genera y alimenta otras ideologías de turno. De esta manera, estos filósofos lo que hacen es cavar una sepultura a la filosofía, ya que la privan de su finalidad. Por tanto, las consecuencias que se siguen son más que nefastas, porque las conclusiones a las que llegan son muchas veces contrarias a la verdad.

²⁵² J. RATZINGER, «Creo en Dios, Padre todopoderoso», *COMMUNIO*, 16.

²⁵³ A. MARTÍNEZ-CARBONELL LÓPEZ, «Argumentos Bioéticos en el pensamiento de Joseph Ratzinger», 223

²⁵⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 27-28.

En este sentido, Ratzinger considera que, las nuevas ideologías han llevado a una suerte de crueldad y desprecio del hombre. Esta realidad antes era impensable, porque existía todavía respeto por la imagen de Dios. Ahora, sin ese respeto, el hombre se absolutiza a sí mismo y todo le está permitido, volviéndose enemigo del mismo hombre²⁵⁵.

Ratzinger nos cuenta las consecuencias catastróficas de las ideologías en estos tiempos modernos; él es testigo de lo que son capaces aquellos que abandonan la verdad y se encierran en un sistema de pensamiento totalitario. Él vivió en carne propia la fuerza destructora de las ideologías nacionalsocialistas y comunistas.

Joseph Ratzinger llegó al umbral de los años 60 con una experiencia directa de totalitarismo en sus espaldas [...] Durante los años de Hitler, había podido observar directamente la capacidad del hombre para distorsionar la verdad y ver las nefastas consecuencias de las mentiras: el exterminio de los judíos, las locuras de la investigación científica del *Tercer Reich*, el mito de la raza aria²⁵⁶.

Pero en el Este de Alemania reinaba el caos impuesto por el comunismo. Para Ratzinger cada vez estaba más claro que la Iglesia, en la medida de sus posibilidades, tenía que proponer alternativas a la cultura dominante, tenía que agarrarse a verdades absolutas, que se habían dejado en el olvido, si quería proteger la libertad y la dignidad de todo hombre y escapar al totalitarismo político²⁵⁷.

Asimismo, Ratzinger considera que estas ideologías se presentaban como una propuesta mesiánica para los hombres de su tiempo. Utilizaban un ropaje de paz, pero llevaban la guerra por dentro, para acabar con sus enemigos. Pero, ¿quiénes eran sus enemigos? La respuesta cae por su propio peso, ya que hemos dicho que las ideologías son un sistema de pensamiento cerrado en sí mismo que no admite la posibilidad de un pensamiento opuesto o distinto. Por tanto, los enemigos son todos aquellos que piensan distinto, considerándoles culpables y reos de alta traición. De esta manera, se han justificado miles y miles de muertes inocentes a lo largo de nuestra era moderna. Época, en la que se han cometido los más grandes genocidios de la historia.

Estamos hablando de una época en la que existían numerosos filósofos ambulantes, curanderos, personajes mesiánicos. Todos ellos prometían la salvación y el camino correcto, querían halagar a la gente y aparentar que traían la bondad y la verdad, cuando en realidad casi siempre les interesaba únicamente el lucro personal. Son lobos feroces, destructivos [...] Pensemos en los predicadores de la salvación del siglo pasado, ya se trate de Hitler o de los pregoneros marxistas, todos ellos vienen y dicen: 'Os traemos la justicia'. Al principio aparecen como mansas ovejas y acaban siendo grandes destructores²⁵⁸.

²⁵⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 29.

²⁵⁶ M. BARDAZZI, *De Joseph Ratzinger a Benedicto XVI*, Encuentro, Madrid 2006, 40.

²⁵⁷ M. BARDAZZI, *De Joseph Ratzinger a Benedicto XVI*, 40.

²⁵⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 271.

En suma, el conocimiento de la verdad y, por tanto, de Jesucristo y de su Evangelio, tal como lo enseña la Iglesia, van a ser el principal antídoto para los cristianos del Tercer Milenio. Los cuales se ven amenazados por las garras de las diversas ideologías de turno que hacen promesas falsas de salvación. Por eso, han de ‘mantener la razón alerta’, para «no dejarse atrapar por cualquiera de esos movimientos que parecen bonitos y al final desembocan en el vacío o terminan en la destrucción»²⁵⁹.

En consecuencia, lo que las ideologías pretenden es acabar con Dios y con la religión, pero sobre todo con la Iglesia católica. P. e., dice Ratzinger que los marxistas predijeron el fin de la religión. «Decían que con el final de la opresión ya no se necesitaría la medicina llamada Dios. Pero se vieron obligados a reconocer que la religión no acaba nunca, porque realmente es consustancial al ser humano»²⁶⁰. Por esta razón, se han visto obligados, en su afán de acabar con la Iglesia, de resucitar a las divinidades de la antigüedad o a inventarse otros dioses que compensen ese deseo de Dios innato en el hombre. En este sentido, la Iglesia ha de mantenerse en pie de lucha, para defender la verdad ante las nuevas ofertas de las ideologías que pululan en nuestro medio.

2.6 Ciencia y progreso

La ciencia y la idea de progreso han jugado un papel importante en la desacreditación de la filosofía y, al mismo tiempo, en la absolutización de la razón. Esto lo podemos constatar en el hombre de a pie sumergido en la fiebre del progreso; porque pretende con el uso de su razón poseer más, pero no conocer más de manera desinteresada. Aquí es donde podemos notar el quiebre que se produce en la búsqueda de la verdad y de un verdadero servicio a la misma. Los verdaderos filósofos son amantes de la verdad, pero la mayoría de los hombres son amates del tener y poseer.

El efecto de los grandes conocimientos científicos puede conducir por una parte a que la persona sea incapaz de ver más allá de lo fáctico, hecho que limita, en definitiva, el horizonte. Por saber tanto, sólo puede seguir pensando siempre en el plano de lo fáctico, lo que le impide dar el salto al misterio. Ya sólo ve lo palpable²⁶¹.

Y con esta mentalidad el hombre llega a eliminar la idea de Dios por el simple hecho de que no puede ser conocido empíricamente por los sentidos. «Lo cierto es, pues, que Dios no puede ser constatado de la misma manera como lo es cualquier objeto mensurable»²⁶². Dios trasciende la realidad sensible y los límites de nuestros sentidos y de nuestra razón.

De este modo, podemos advertir que el concepto de progreso es lo que ha suplantado a la idea de salvación que nos promete la verdad

²⁵⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 272.

²⁶⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 25.

²⁶¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 42.

²⁶² J. RATZINGER, «Creo en Dios, Padre todopoderoso», *COMMUNIO*, 19.

revelada por Jesucristo. En este sentido, el hombre, sin Dios y sin verdad, pretende encontrar un tipo de salvación en el progreso, sea de la índole que sea. En el progreso, no obstante, invierte toda su vida, incluso se olvida de aquellos a los que tiene que amar. Se olvida de que tiene una familia o de que puede fundar una familia. El hombre se vuelve egoísta hasta no más. El hombre endurece su corazón hasta tal punto que no entiende que hay otros hombres que necesitan de un poquito de su fortuna para poder comer un pan.

Con ello tocamos el punto verdaderamente crítico de la modernidad: el concepto de verdad ha sido prácticamente abandonado y sustituido por el de progreso. El progreso 'es' la verdad. Más con esta aparente elevación se desmiente y anula a sí mismo, pues cuando no hay dirección, la misma cosa puede ser tanto progreso como retroceso. La teoría de la relatividad formulada por Einstein concierne como tal al cosmos físico [...] Lo que se dice sobre el cosmos físico refleja también el segundo giro 'copernicano' dado a nuestra relación fundamental con la realidad: la verdad, lo absoluto, el punto de referencia del pensamiento ha dejado de ser evidente. Por eso no hay ya -tampoco desde el punto de vista espiritual- ni arriba ni abajo [...] En un contexto 'relativista' así, la ética teleológica o consecuencialista se convierte en una ética nihilista, incluso cuando no lo percibe²⁶³.

No obstante, este tipo de mentalidad quiere incluso cuantificar de manera absoluta lo que está bien y lo que está mal para el hombre y para la sociedad²⁶⁴; reemplazando de esta manera a Dios, quien es, para nosotros los cristianos, el único que puede determinar lo que es el bien y el mal; ya que estamos profundamente heridos por el pecado original y no siempre tenemos la luz suficiente para discernir entre el bien y el mal y, por eso, buscamos a Jesucristo que nos ayude a tomar una decisión correcta. Es, por tanto, en este proceso donde la Iglesia ejerce su ministerio en favor de las almas.

²⁶³ J. RATZINGER, *Verdad, Valor, Poder: Piedras de toque de la sociedad pluralista*, RIALP, Madrid 2005, 61.

²⁶⁴ H. MANCINI, «El esplendor de la verdad para un científico cristiano», 511.

CAPÍTULO III

VERDAD Y PLURALISMO TEOLÓGICO-RELIGIOSO

1. La Iglesia ante el pluralismo teológico-religioso

La crisis de verdad también encuentra una manifestación clara en el pluralismo teológico-religioso. En primer lugar, hacemos una breve distinción de los términos: teológico-religioso. Lo teológico tiene que ver con un estudio más científico y sistemático de la experiencia religiosa, no sólo de la divinidad, sino también de sus múltiples expresiones de culto y de su doctrina oral y escrita. En cambio, lo religioso designa los distintos actos de creencia y culto a la divinidad. En este sentido, el pluralismo lo que hace es descubrirnos la existencia de la diversidad de creencias religiosas que han existido y existen en nuestro tiempo; además de las diversas teologías que se han desarrollado, no sólo en el ámbito católico, sino también protestante, judío y de las demás religiones que hay en el mundo. Pero ¿qué tiene que ver el pluralismo teológico-religioso con todo lo que acabamos de decir? ¿Cuál es su vinculación con la crisis de la verdad? A estas interrogantes y a sus diversas implicaciones intentaremos responder en este apartado. Pero antes de nada veamos una valoración positiva que hace Ratzinger del pluralismo.

La diversidad de perspectivas provienen de la instancia irrenunciable del valor de la persona, que resulta ser –en último término– una idea de origen cristiano, que tiene a su vez su origen en la santísima Trinidad [...] Pero según la concepción actual del pluralismo, el magisterio se convierte en un absurdo, más aún, en una expresión de tiranía e intolerancia. La pretensión de poder declarar la verdad como realidad común y, por tanto, también vinculante se muestra como una forma absurda de arrogancia medieval [...] La Iglesia supondría –según esta concepción– una clara amenaza contra el derecho personal a buscar la verdad²⁶⁵.

Sin embargo, el pluralismo teológico-religioso se manifiesta como un fenómeno contrario a la verdad, ya que fomenta el sincretismo religioso

²⁶⁵ P. BLANCO SARTO, «¿Qué es la teología? Vida y teología en Joseph Ratzinger», 335.

al interior de la fe que la Iglesia profesa y enseña. En este sentido, creemos que los aportes que estamos haciendo al respecto, pueden ayudar a los cristianos católicos a estar vigilantes para no ser engañados y puedan acabar dando culto a cualquier otra divinidad antes que a Jesucristo.

La convicción de la imposibilidad de comprensión y de expresión completa de la verdad divina; la actitud relativista respecto de la verdad según la cual lo que es verdadero para algunos no lo sería para otros; la radical contraposición entre mentalidad lógica occidental y mentalidad simbólica oriental; exasperado subjetivismo de quien considera la razón como única fuente de conocimiento; el vaciamiento metafísico del misterio de la encarnación; el eclecticismo de quien asume, en la reflexión teológica, categorías derivadas de otros sistemas filosóficos y religiosos, sin atender ni a su coherencia interna ni a su incompatibilidad con la fe cristiana; en fin, la tendencia a interpretar textos de la Sagrada Escritura fuera de la Tradición y del magisterio de la Iglesia²⁶⁶.

1.1 El pluralismo como subjetivismo teológico

El pluralismo como subjetivismo teológico considera que el criterio científico ya no radica en la Revelación ni en la enseñanza dogmática y magisterial de la Iglesia, sino en el juicio subjetivo del teólogo. Es así como el criterio de verdad se ve en manos de cualquier pensador libre, que se autodenomina teólogo por el simple hecho de hablar de asuntos que tienen que ver con la religión. Mejor deberían llamarse filósofos de la religión o sociólogos. Por eso, «Ratzinger denuncia una relativización del dogma y de la moral, un subjetivismo teológico que se hace pasar por pluralismo, adoptando el mensaje de las diversas culturas»²⁶⁷. El problema fundamental radica en el hecho de que hacen caso omiso a la autoridad doctrinal de la Iglesia.

No creía en un pluralismo que en realidad no es otra cosa que la descomposición de lo que se corrompe. Sabía que el único pluralismo positivo²⁶⁸ es aquel que es multiplicidad viviente en la unidad de lo vivo [...]

²⁶⁶ J. RATZINGER, «Introducción». En J.J., ESPINOSA (Dir.), *Declaración Dominus Iesus*, Traducción de L'Osservatore Romano en español, Palabra, Madrid 2002, 12.

²⁶⁷ G. GIRARDI, *La Túnica Rasgada: la identidad cristiana, hoy, entre liberación y restauración*, Traducción de Rufino Velasco, Sal Terrae, Santander 1991, 79.

²⁶⁸ En esa consideración positiva del pluralismo que está al servicio de la verdad, Ratzinger hace la siguiente apreciación: «When I considered the great theologians, from Möhler to Newman and Scheebeck, from Rosmini to Guardini, or in our own epoch, de Lubac, Congar, Balthazar, how much richer and more truly contemporary is their message than that of those for whom the Church's fellowship has ceased to be. In these writers, there is something else, too, that stands out: with them, pluralism happens not because it is willed, but because each of them, equipped in his own time with his own powers, seeks for nothing other than truth. Wanting the truth: That involves not making oneself its measure but, instead, welcoming as the voice and highway of truth the immense perspectives that the faith of the Church offers» (A. NICHOLS, *The thought of Pope Benedict XVI: An introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, 204).

La concreción del dogma significa la garantía de la infinitud e inagotabilidad de la verdad, que no se debilita con las nuevas afirmaciones²⁶⁹.

Por tanto, lo que hay que proponer ante el peligro subjetivista de la teología es la valoración positiva del dogma en la reflexión teológica católica; porque de esta manera quedaría a salvo la verdad revelada y sus consecuencias en la praxis de la fe cristiana, libre de cualquier error.

Gran parte de la teología parece haber olvidado que el sujeto que hace teología no es el estudioso individual, sino la comunidad católica en su conjunto, la Iglesia entera. De este olvido del trabajo teológico como servicio eclesial se sigue un pluralismo teológico que en realidad es, con frecuencia, puro subjetivismo, individualismo que tiene poco que ver con las bases de la tradición común. Parece que ahora el teólogo quiere ser a toda costa 'creativo'; pero su verdadero cometido es profundizar, ayudar a comprender y a anunciar el depósito común de la fe, no 'crear'²⁷⁰.

En suma, Para los teólogos subjetivistas la dogmática se convierte en una instancia rígida, que controla el libre desarrollo de la teología y, por ende, se vuelve intolerante. Estas acusaciones son muy comunes en estos tiempos modernos. Por esta razón, hemos llegado a ser testigos de una serie de aberraciones teológicas, las cuales se han manifestado, p. e., en el abandono de una auténtica celebración litúrgica y en el abandono de la moral. De esta manera, se han introducido elementos culturales en la liturgia como textos profanos, materia distinta para celebrar los sacramentos (harina de maíz y chicha en lugar de harina de trigo y vino). También se ha llegado a administrar los sacramentos de manera indiscriminada, descuidando una preparación adecuada.

En esta visión subjetiva de la teología, el dogma es considerado con frecuencia como una jaula intolerable, un atentado a la libertad del investigador. Se ha perdido de vista el hecho de que la definición dogmática es un servicio a la verdad, un don ofrecido a los creyentes por la autoridad querida por Dios. Los dogmas -ha dicho alguien- no son murallas que nos impiden ver, sino, muy al contrario, ventanas abiertas al infinito²⁷¹.

1.2 Pluralismo religioso y Dios verdadero

Según Ratzinger el hombre desde siempre ha buscado a Dios ya sea en la más honda miseria de su situación personal o en la abundancia de sus goces materiales; bien porque deseaba encontrar consuelo en alguien que carezca de toda precariedad o bien porque consideraba que, todo lo que es y tiene es puro don y gratuidad. También considera que el hombre en su soledad busca a Dios. De esta manera, se han ido consolidando las distintas religiones y expresiones religiosas en todas las culturas y en todos los tiempos. Por esta razón, es normal encontrar divinidades en todas las culturas por más primitivas que sean; con

²⁶⁹ J. RATZINGER, «Homilía pronunciada en el funeral de Hans Urs von Balthasar», *COMMUNIO*, 73.

²⁷⁰ G. GIRARDI, *La Túnica Rasgada*, 79-80.

²⁷¹ J. RATZINGER -V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, Traducción de Legaza, Bartolomé Perea y Gonzalo Haya, BAC, Madrid 1985, 79.

frecuencia encontramos aspiraciones de los hombres por convertirse en dioses.

Las tres formas en las que el tema de Dios se ha declinado en la historia de los hombres: monoteísmo, politeísmo y ateísmo. Así se vería más clara, a mi entender, la unidad subterránea de los tres caminos; pero téngase presente que esa unidad no significa identidad²⁷², y que no quiere decir que cuando el hombre profundiza en ellos acaba por ver que todo es lo mismo y que las diversas formas fundamentales pierden su significado propio²⁷³.

El pluralismo religioso, defendido no sólo por muchos filósofos, antropólogos y sociólogos, sino también por teólogos, nos ha querido hacer entender que da lo mismo creer en Dios o los dioses de una manera u otra, porque, al fin y al cabo, ‘todos creemos en el mismo Dios’. Estas ideas son muy comunes también en el discurso de la gente de a pie, fundamentalmente en aquellos que han sido engañados por el proselitismo religioso de sectas cristianas. En consecuencia, dicho pluralismo concluye afirmando que todas las religiones en el fondo son iguales.

Asimismo, hay que advertir con Ratzinger que «existen religiones de niveles muy diferentes e, incluso, hay algunas que son manifiestamente malsanas, que pueden ser incluso perjudiciales para el hombre»²⁷⁴; principalmente cuando se caracterizan por su fundamentalismo religioso, que desdice de su servicio a la verdad, tanto de Dios, del mundo y del hombre, como señala Ratzinger:

Tampoco los dioses son todos iguales. Incluso hay divinidades completamente negativas, como algunos dioses griegos o del cosmos religioso indio. Por tanto, esa idea de igualdad no resiste ni siquiera a los datos de la historia de las religiones [...] - Por tanto -, decir que todas las religiones son iguales, que todas juntas forman un gran concierto, una gran sinfonía, en la que en el fondo todas significan lo mismo, sería una grave falsedad²⁷⁵.

Finalmente, debemos señalar que para la Iglesia es un reto muy grande presentar, en honor a la verdad, que no todas las religiones son iguales ni profesan su fe en el mismo Dios. Por tanto, no da lo mismo creer en Dios según la fe católica que creer en Dios o los dioses según otras profesiones de fe. La Iglesia, ciertamente, entiende que en aquellas religiones o profesiones de fe no católicas pueden encontrarse elementos evangélicos que nos pueden llevar al diálogo interreligioso; pero, no por eso ella puede poner en duda o negociar su fe, sino más bien buscará ayudar a los demás a encontrar al Dios verdadero.

²⁷² «Según Ratzinger, muchos católicos se han excedido tanto en la apertura a los otros como en la crítica de sí mismos. Se ha puesto un énfasis excesivo en los valores de las religiones no cristianas, que en realidad son, con frecuencia, regímenes de terror. Esta actitud, apoyada en teorías como la del cristianismo anónimo, ha frenado en muchos la tensión misionera [...] Ratzinger ve una tendencia a la destrucción de la identidad cristiana» (G. GIRARDI, *La Túnica Rasgada*, 78-79).

²⁷³ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*; p. 52.

²⁷⁴ J. RATZINGER, *La sal de la tierra*, 25-26.

²⁷⁵ J. RATZINGER, *La sal de la Tierra*, 26-27.

1.3 *Monoteísmo y politeísmo*

Lo primero que podemos decir es que el monoteísmo y el politeísmo son totalmente distintos, ya que no significa lo mismo creer en un solo Dios que creer en muchas divinidades. Sin embargo, también podemos afirmar que, en cierto sentido, coinciden el monoteísmo con el politeísmo en cuanto a su aproximación al único Ser divino.

El monoteísmo cree en esa unidad y unicidad; los muchos dioses del politeísmo, en los que él pone su mirada y esperanza, no constituyen lo absoluto; para el politeísmo detrás de esa multitud de potencias existe solamente un ser; es decir, él cree que el ser es, a fin de cuentas, único, o que es al menos el eterno conflicto de un antagonismo original. Por su parte el ateísmo niega que a la unidad del ser pueda darse expresión con la idea de Dios, pero no impugna de modo alguno la unidad del ser; en efecto, la forma más radical del ateísmo, el marxismo, afirma fuertemente la unidad del ser en todo lo que es, al considerar todo lo que es como materia²⁷⁶.

Ratzinger señala que el *hinduismo* hace una oferta engañosa de salvación del individuo, el cual queda liberado del mundo y de la condenación. Por eso, al rechazar el todo, rechaza también el individuo²⁷⁷. Nada más contrario a la verdad profesada por el cristianismo: ‘Dios quiere que todos los hombres se salven’ y, al mismo tiempo, quiere todos los cristianos nos comprometamos en la salvación de los demás.

Parafraseando a Ratzinger podemos considerar que frente a la teología negativa del *budismo* y el *hinduismo*, la fe cristiana nos ofrece precisamente el consuelo de que Dios es tan grande que puede hacerse pequeño. En realidad aquí radica la grandeza inesperada e inconcebible de Dios, en que disfrute de la posibilidad de rebajarse tanto, de hacerse hombre, de nacer en un pobre pesebre entre los animales y pastores, de vivir como forastero en Egipto y pobremente en el taller de Nazaret; en que Él mismo pase de verdad a formar parte de una persona, en que no se limite a disfrazarse para luego quitarse el disfraz y vestirse con otros ropajes, sino que Él sea esa persona. Sólo ahí captamos la verdadera infinitud de Dios, porque eso lo hace más poderoso, inimaginable y al mismo tiempo más salvador²⁷⁸. En fin, podemos afirmar que éste es el Dios de los cristianos que se abaja hasta los hombres para llevarlos con Él hasta el cielo. En ninguna otra experiencia religiosa, distinta a la católica, podemos encontrar esta grandeza del monoteísmo católico.

1.4 *Pluralismo y verdad*

El pluralismo teológico religioso y su relación con la verdad o con la crisis de verdad también es abordado por Ratzinger, quien propone un camino de encuentro auténtico de culturas y religiones desde un contacto más profundo con la verdad, que no se reduce a una síntesis

²⁷⁶ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 52-53.

²⁷⁷ Cf. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 152-153.

²⁷⁸ Cf. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 24-25.

elaborada en un estudio, sino a una vivencia de un proceso de fe en la verdad²⁷⁹.

Entonces hay que reconocer con Ratzinger que «Dios no es la matemática general del universo. No está, si me permite la expresión, embutido en el mundo a modo de espíritu. Tampoco es una armonía imprecisa de la naturaleza o un 'infinito' superior a cualquier ponderación, sino el creador de la naturaleza»²⁸⁰. Dios es el origen de la armonía, el viviente, el Señor del universo. De esta manera, se hace un deslinde importante con toda clase de pluralismo religioso ya sea politeísta o panteísta.

Dios tiene lo esencial de aquello a que nos referimos con persona, es decir, conciencia, conocimiento y amor. Es, por tanto, alguien capaz de hablar y de escuchar. Esto es, creo, lo esencial de Dios... El verdadero Dios, sin embargo, es más que eso (Máquina gigantesca). No es sencillamente la naturaleza, sino que la precede y la sustenta. Es un ser capaz de pensar, hablar, amar y escuchar. Y Dios, nos dice la fe, es por naturaleza relación²⁸¹.

Ésta es la verdad que servirá de antídoto al pluralismo que rechaza la fe verdadera de la Iglesia, fe en un solo Dios en Tres Personas, fe en un Dios hecho carne, fe en un Dios que dialoga con sus hijos los hombres, fe en un que ha dado la vida para la salvación del mundo. De hecho, esta fe no sólo es profesada por la Iglesia, sino enseñada; cumpliendo, de esta manera, con su misión de servir a la fe verdadera.

Concluyendo, podemos decir que sólo desde el encuentro personal con Jesucristo, los hombres de nuestro tiempo podrán superar las falsas promesas del pluralismo teológico-religioso, que ha dejado a los templos vacíos y ha llenado los parques de diversiones, las sesiones esotéricas y centros sociales y festivos. Vemos también que las Iglesias se han convertido en monumentos de arqueología abiertos más para el turismo, que para la vida de piedad.

Una cosa es que nosotros digamos que Cristo es el Hijo de Dios y que en Él se expresa la plena presencia de la verdad sobre Dios. Otra cosa es que en otras religiones haya también verdades de la índole más múltiple, que esas verdades posean como fragmentos, luces provenientes de la gran Luz, que en cierto sentido representen también un movimiento interior hacia Él. Decir que en Cristo está presente Dios y que, con ello, se nos aparece y nos habla el Dios verdadero, no excluye que en otras religiones haya también verdades, pero justamente verdades que, por así decirlo, señalan hacia la verdad²⁸².

2. El peligro fideísta y la verdad de la fe

El hombre de nuestro tiempo va buscando con un nuevo interés e impulso una experiencia religiosa. Pero lo busca en cualquier sitio, sin advertir que se puede apartar de la fe verdadera; ya que se encuentra

²⁷⁹ Cf. RATZINGER «Cristo, la fe y el reto de las culturas», *COMMUNIO*, 207.

²⁸⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 91.

²⁸¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 92.

²⁸² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 73.

con ideas provenientes del protestantismo donde se admite que basta creer en Dios para alcanzar la salvación. De esta manera, se quita toda importancia a la Iglesia como misterio de salvación y, por ende, la importancia de la vida sacramental y de toda celebración litúrgica. En este sentido, Ratzinger advierte «el peligro de nuevas parcialidades, y de una desnaturalización de la esencia de la religión; porque con facilidad se puede favorecer una actitud egoísta, utilitarista: Dios se disuelve en una indeterminada dimensión espiritual, y ésta, a su vez, se pone simplemente al servicio de los fines del propio yo»²⁸³.

El fideísmo también puede ser considerado como ateísmo práctico, señala Ratzinger; porque al sostener que basta la fe para alcanzar la salvación, se desentienden del obrar conforme a la fe. Por tanto, todo compromiso moral y caritativo quedan relegados a un segundo o tercer plano, incluso quedan olvidados, ya que se entiende que no son necesarios para alcanzar la vida eterna. «Para muchos, el ateísmo práctico es hoy la regla normal de vida. Se piensa que tal vez haya algo o alguien que en tiempos remotísimos dio un impulso inicial al mundo, pero ese ser no nos incumbe en absoluto»²⁸⁴.

Por tanto, la fe cristiana, para los detractores de la verdad sólo trata de lo eterno e inmutable que se encuentra fuera del mundo y del tiempo humano como cosa totalmente distinta de ellos. La fe trata más bien de Dios en la historia, de Dios hecho hombre²⁸⁵, de Dios que puede ser conocido a partir de la revelación y de las cosas creadas, mediante la luz natural de la razón. En este sentido, se nos dice que «Ratzinger ha insistido siempre en que esta síntesis entre razón y fe es consustancial al cristianismo que no quiera degradarse en fideísmo»²⁸⁶. De esta manera, se garantiza la pretensión de verdad por parte de la Iglesia en relación a los postulados de una mentalidad fideísta.

El fideísmo también se opone de manera radical a toda comprensión racional de la fe. Llegando, por tanto, a considerar necesaria solamente la experiencia subjetiva de Dios. Entonces, toda la teología quedaría suprimida por el simple hecho de querer dar cuenta, de manera racional, las verdades de fe, profesadas por la Iglesia católica. En este sentido, afirma Ratzinger que «la verdad de la fe no supone un abandonarse en lo irracional, sino es, por el contrario, un acercarse al *logos*, a la *ratio*, a la inteligencia»²⁸⁷. La fe cristiana de esta manera se acerca a la verdad misma, porque el fundamento del hombre es la verdad. No obstante, podemos decir que uno de los grandes representantes, en el mundo cristiano, de esta separación razón-fe fue

²⁸³ J. RATZINGER, «Introducción». En: J.J. ESPINOSA (Dir.), *La meditación cristiana*, Traducción de Miguel Ángel García, Palabra, Madrid 1994, 23-24.

²⁸⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 27

²⁸⁵ Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 16.

²⁸⁶ L. RODRIGUEZ DUPLA, «Prólogo», J. RATZINGER- J. HABERMAS, *Dialéctica de la secularización. Sobre la razón y la religión*, Traducción de Pablo Largo, Encuentro, Madrid 2006, 14.

²⁸⁷ RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 30.

Martín Lutero²⁸⁸ y sus contemporáneos que decidieron abandonar la Iglesia católica.

La fe cristiana vive de esto: de que no existe la pura inteligencia, sino la inteligencia que me conoce y me ama, de que puedo confiarme a ella con la seguridad de un niño que en el tú de su madre ve resueltos todos sus problemas. Por eso la fe, la confianza y el amor son, a fin de cuentas, una misma cosa, y todos los contenidos alrededor de los que gira la fe, no son sino concretizaciones del cambio radical, del 'yo creo en ti', del descubrimiento de Dios en la faz de Jesús de Nazaret, hombre²⁸⁹.

No podemos admitir la separación fe-razón para la comprensión de la verdad; ya que ambos extremos ya se han manifestado en nuestra época moderna. Unos para liberarse del racionalismo se quedaron en el fideísmo y otros para superar el fideísmo, donde se profesaba la validez de la una fe ciega, se afincaron en el racionalismo.

²⁸⁸ «Con Lutero se llega al culmen de un movimiento que tendía a separar radicalmente la razón y la fe, cuyas consecuencias padecemos todavía hoy. Como contraparte del fideísmo luterano, surgiría más adelante el racionalismo ilustrado: si fe y razón no tienen nada que ver, la razón debe avanzar por su cuenta, sin las limitaciones que le impone una religión desconfiada respecto de la razón. Para Joseph Ratzinger, el rostro concreto de la situación contemporánea se caracteriza por estos dos grandes 'cismas de la época moderna' que son la Reforma del siglo XVI y la Ilustración del XIX» (E. ESLAVA, «La razón mutilada. Ciencia, razón y fe en el pensamiento de Joseph Ratzinger», 835.

²⁸⁹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 33.

PARTE III

APORTE TEOLÓGICO DE RATZINGER Y TAREA ACTUAL

Ratzinger, como teólogo, se ha convertido en «maestro de la fe»²⁹⁰ y en el más intrépido servidor de la verdad para la Iglesia. Así, p. e., lo hemos podido contemplar en su ministerio como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe. Nuestro teólogo es uno de los más grandes teólogos de nuestra época, porque ha logrado articular con mucha profundidad la comprensión de las verdades de fe católica y la vivencia de la misma. Por esta razón, creemos que tiene mucho sentido lo que nos dice Rosell: «Gracias a la luz de la fe, que purifica la razón, los cristianos conocemos la verdad, rechazamos todo relativismo, y estamos llamados a ser apóstoles de la verdad»²⁹¹. Con razón, podemos decir que en Ratzinger se expresa de una manera clara la Iglesia, servidora de la verdad.

Aquí destacaremos sólo algunos temas desarrollados por nuestro teólogo que podríamos llamar aportes teológicos para nuestra Iglesia en el momento actual. Ciertamente, estos aportes se convierten en una tarea, una misión muy urgente para todos los cristianos católicos; ya que algunas corrientes de pensamiento modernas están intentando imponer sus conocimientos que, a lo sumo, son conjeturas hipotéticas, ideologías tendenciosas, muchas veces carentes de verdad. Éstas, sin ningún tipo de escrúpulos, ponen en tela de juicio la verdad acerca de Dios, del mundo y del hombre. También haremos una breve presentación del aporte eclesiológico de Ratzinger en un contexto de postconcilio donde se han producido una serie de errores doctrinales, que han ido en detrimento del conocimiento y de la vivencia de la fe ortodoxa.

²⁹⁰ Cf. C. SCHALLER, «La Eclesiología del Concilio Vaticano II en los escritos de Joseph Ratzinger», 679.

²⁹¹ C. ROSELL DE ALMEIDA, «Benedicto XVI, el Papa de la fe», 19.

CAPÍTULO I

EL VERBO ENCARNADO REVELA LA VERDAD DE DIOS

En primer lugar, vamos a hacer una aproximación al conocimiento del Verbo encarnado, porque es el punto central de nuestra comprensión del misterio de Dios. Él nos revela a Dios en toda su verdad. Pero, al mismo tiempo, nos revela la verdad acerca de toda la realidad, tanto del cosmos como del hombre. Por tanto, como dice Ratzinger, debemos estar abiertos a la verdad para poder conocer la verdad del ser de Dios²⁹². Así, también se nos dice que en Ratzinger, según Rosell, se da un marcado cristocentrismo de la fe²⁹³.

1. La verdad sobre el Verbo encarnado

En estos tiempos han surgido opiniones teológicas que han empobrecido la cristología católica, proponiendo un Cristo roto²⁹⁴: el Jesús histórico distinto del Cristo de la fe. En este sentido, el trabajo de la teología católica se convierte en una necesidad urgente, para defender con argumentos elaborados científicamente la verdad del misterio Cristo; porque encontramos a una gran multitud de hombres que hablan de Jesucristo y lo hacen de diversas maneras: por las calles, en las plazas, en las casas tocando las puertas, en el autobús, en la televisión, en el cine, en el arte (en sus múltiples manifestaciones:

²⁹² Cf. F. MIREs, Fernando, *El pensamiento de Benedicto XVI*, 38.

²⁹³ Cf. C. ROSELL DE ALMEIDA, «Benedicto XVI, el Papa de la fe», 8.

²⁹⁴ «Frente a un 'Jesús sí, Cristo no', el teólogo alemán recuerda la complementariedad entre ambos [...] Para esto se requiere superar la fractura entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe –sigue diciendo Ratzinger–, y defender el *homousios* y la divinidad de Jesucristo definidos en Nicea (325) y III Constantinopla (680-681). La cristología calcedoniana presenta también aquí una importancia decisiva, con la defensa de la unidad de sustancia o persona y la distinción de naturalezas. Esta terminología sigue teniendo su utilidad y actualidad, además de lograr un difícil equilibrio entre ambas naturalezas. Ratzinger recuerda como consecuencia la centralidad de la figura salvífica de Cristo, en la que hay que reafirmar su carácter único de mediador en la salvación» (P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», *SCRIPTA THEOLOGICA* 44 (2012), 276).

pintura, poesía, literatura, canciones, música, esculturas, etc.). También, encontramos el nombre de Jesucristo en las sesiones de espiritismo y esoterismo, convirtiéndolo en un objeto de magia, de fuerza cósmica o de amuleto de la suerte. Por tanto, ha sido de gran importancia el aporte de Ratzinger, que nos ha recordado la enseñanza de la Iglesia que tiene un valor doctrinal permanente: «Jesucristo es Dios y Hombre verdadero, uno de la Trinidad consustancial al Padre y al Espíritu Santo».

Muchas veces olvidamos que la plena verdad de la historia se oculta a la posibilidad de experimentación. En el más riguroso sentido de las palabras, diríamos que la historia (*Historie*) no sólo descubre la historia (*Geschichte*), sino que también la oculta. Es, pues, evidente que la historia (*Historie*) puede considerar a Jesús hombre, pero difícilmente puede ver en él su ser-Cristo que, en cuanto verdad de la historia (*Geschichte*) escapa a la posibilidad de comprobación de lo puramente auténtico²⁹⁵.

En este sentido, muchas veces se hace una valoración puramente humana de Jesús, resaltando el aspecto de líder religioso e incluso político, considerando su muerte como un acto heroico más no redentor. Jesús es comparado muchas veces con Buda, Confucio o Sócrates, debido a su grandeza espiritual y moral²⁹⁶. Ciertamente, también encontramos opiniones contrarias admitiendo el fracaso revolucionario de Jesús, ya que no pudo alcanzar la consolidación del reino judío.

Por otro lado, encontramos argumentos acerca de Jesucristo ponderando sus enseñanzas como las de un hombre sabio y no cómo provenientes de su divinidad. En este sentido, puede ser comparado con otros sabios de la antigüedad pagana cuyo influjo ha perdurado en el tiempo. Entonces, advierte Silvestre, que si se niega la divinidad de Jesús también se estaría negando la venida de Dios a nuestra historia y, por tanto, sólo tendríamos ideas humanas acerca de Dios²⁹⁷. En cambio, debemos afirmar que la encarnación del Verbo de Dios²⁹⁸ forma parte del corazón mismo del Evangelio. «Dios no solamente habla como hombre sino que él mismo es un hombre concreto de nuestra historia»²⁹⁹.

Es urgente y necesario hacer un estudio exhaustivo del misterio de Cristo como Dios verdadero y Hombre verdadero, una persona en dos naturalezas.

El desarrollo cristológico del dogma afirma que la radical mesianidad de Jesús exige la filiación y que la filiación incluye la divinidad. Si lo entendemos así, es 'lógico', es expresión comprensible, mientras que de lo

²⁹⁵ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 114.

²⁹⁶ Cf. J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios*, 72.

²⁹⁷ Cf. J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios*, 73.

²⁹⁸ «La encarnación no es una idea filosófica, sino un acontecimiento histórico, que precisamente por su singularidad y verdad es el punto de inserción de Dios en la realidad humana y en el lugar de nuestro contacto con Él» (J. RATZINGER «La Eucaristía como génesis de la misión», *COMMUNIO*, 251).

²⁹⁹ G. SÁNCHEZ ROJAS, *Benedicto XVI. Un Papa en diálogo*, 121.

contrario caemos en el mito. Pero no con menos decisión profesa el dogma que Jesús en su servicio más radical es lo más humano del hombre, y afirma así la unidad de la teología y de la antropología; ahí estriba desde ahora lo más conmovedor de la fe cristiana³⁰⁰.

En Ratzinger encontramos una visión teológica profundamente cristocéntrica, frente al peligro de una comprensión meramente histórica de Cristo:

Se quiere probar la cristología en el plano de lo histórico (*historich*), se quiere iluminarla, a pesar de todo, con el método de lo 'verídico' y demostrable o bien se intenta resuelta e indeliberadamente reducirla a lo comprobable. Lo primero no puede lograrse ya que, como hemos visto, lo 'histórico' (*historisch*) afirma en el pleno sentido de la palabra una forma de pensar que supone una limitación al fenómeno (lo comprobable) y, por tanto, no puede dar lugar a la fe de la misma manera que la física no pudo llegar al conocimiento de Dios. Pero, por otra parte, no podemos contentarnos con lo segundo, ya que de esta forma no se puede comprender el todo de lo que entonces sucedió [...] hay que olvidar el dilema de lo histórico y considerarlo como algo superfluo. Esto ya lo hizo muy artísticamente Hegel. Bultmann y Hegel, a pesar de que su obra es distinta, caminan juntos por el mismo sendero³⁰¹.

En este sentido, se nos advierte que en estos tiempos ha revivido la herejía arriana, so pretexto de no oscurecer la verdad sobre el Padre, presentando a un Jesús semidios o dios de segunda categoría, considerándolo como un superhombre dotado de cualidades extraordinarias y de poderes divinos. Pero se trata de una cristología a menudo dudosa, en la que se subraya de modo unilateral la naturaleza humana de Jesús, oscureciendo la naturaleza divina que convive en la misma persona de Cristo³⁰².

Los aportes de la teología ratzingeriana se convierten, de esta manera, en una respuesta a la crisis de verdad que se han manifestado en torno a la persona de Jesucristo. Ya que esta crisis de verdad es más cristológica que eclesiológica. En este sentido, se afirma que «esta crisis reside, en primer lugar, en la construcción de un Jesús histórico detrás del Jesús de los evangelios»³⁰³. Por tanto, los Evangelios no nos estarían reportando el conocimiento verdadero de Jesús, porque en la historia solo puede suceder lo que es acontecible. Es decir, Dios no puede encarnarse.

Ratzinger hace una crítica al planteamiento protestante liberal y a la cristología de Harnack y de sus seguidores.

A principios de siglo, Harnack desarrolló la primera tendencia 'desde el Cristo a Jesús' en su libro: *La esencia del cristianismo*, donde nos ofrece una forma de lo cristiano saturada de presunción y optimismo intelectuales; sobre tal forma el liberalismo purificó el Credo original. Una frase conductora de esta obra reza así: El Evangelio, tal como lo predicó Cristo, no

³⁰⁰ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 123.

³⁰¹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 114-115.

³⁰² Cf. J. RATZINGER -V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 32-33.

³⁰³ Cf. J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios*, 74.

habla del Hijo, sino sólo del Padre [...] Según Harnarck: Jesús predicó un mensaje adocrinal, el del amor; ahí está la gran revolución con la que rompió el escudo de la ortodoxia farisea; en vez de la ortodoxia intransigente puso la sencilla confianza en el Padre, la fraternidad de los hombres y la vocación al amor³⁰⁴.

También podemos ver el planteamiento cristológico de Bultmann y de sus seguidores, los cuales emprendieron otro camino al de Harnarck, cuya influencia ha sido muy significativa en ciertos teólogos católicos y en la exégesis bíblica. Bultmann sostenía que «lo importante es el hecho de que Jesús existiese»³⁰⁵. Evidentemente, a raíz de estos planteamientos, la Iglesia propone unas líneas de comprensión tal como Ratzinger sintetiza en sus aportes cristológicos:

Albert Schweitzer ya criticó la construcción de un Jesús meramente histórico en oposición al Cristo de la fe, iniciada en la Ilustración. Él dice que entonces creímos tenerle por fin de verdad, pero Él ha pasado junto a nuestra época y ha regresado a sí mismo. Creo que todos estos intentos son reconstrucciones que traslucen la imagen del constructor, tanto si toma usted el Cristo de Adolf Harnack -que refleja el tipo humano liberal-, como el Cristo de Bultmann, que pone de manifiesto su filosofía de corte existencialista. Todas estas construcciones se levantaron a partir de una idea básica: Dios hombre es imposible. Por tanto, los acontecimientos que lo presuponen no pueden ser históricos [...] podemos confiar en el testimonio de los evangelios y encontrar en ellos la verdadera figura de Cristo, que es mucho más real que las reconstrucciones históricas, tan seguras en apariencia³⁰⁶.

Por tanto, hay que advertir que cuando criticamos una visión sesgada sobre la persona de Jesucristo no estamos quitando la importancia al acontecimiento histórico del Hijo de Dios, ni tampoco el aspecto histórico de la fe cristiana; pero sí de la reducción historicista que se queda en un Jesús meramente histórico, negando implícita y hasta explícitamente su divinidad. Por eso considera Ratzinger que, «el intento de construir un puro Jesús histórico del que el hombre podría vivir, partiendo de los alambiques del historiador y pasando por alto el cristianismo histórico, es absurdo»³⁰⁷.

En realidad Jesús no existe sino como Cristo y Cristo no existe sino como Jesús. Muchos teólogos de nuestro tiempo se han acercado a Jesús desde una hermenéutica filosófica pagana dejando de lado la hermenéutica de la fe. Por esta razón, han llegado a negar la presencia real de Cristo en la Eucaristía como también el hecho mismo de la Resurrección. Pero con este modo de pensar, según el cual Jesús es un hombre especial, pero hombre al fin de cuentas, la Iglesia queda descartada, ya no tiene razón de ser³⁰⁸.

³⁰⁴ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 115-116.

³⁰⁵ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 116.

³⁰⁶ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 191-192.

³⁰⁷ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 117.

³⁰⁸ Cf. J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios*, 75.

La reflexión sobre el misterio de Cristo inició con el nacimiento de la Iglesia, porque no se puede entender de manera verdadera al cristianismo y, por ende, a la Iglesia, sino se entiende quién es Cristo. Por eso, los evangelistas en muchos momentos nos relatan la preocupación de Jesús por sus Apóstoles, los cuales deben tener un conocimiento verdadero acerca de su persona. En más de una ocasión pregunta Jesús a sus discípulos: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,15; Mc 8,29; Lc 9,20). San Pablo, p. e., en los inicios de la Iglesia indica que el que se ha encarnado de una Mujer es el mismo Hijo de Dios (cf. Ga 4,4).

La preocupación de la Iglesia primitiva por afirmar la verdadera divinidad de Jesús, tiene la misma raíz que su preocupación por afirmar su verdadera humanidad; sólo si Jesús es realmente hombre como nosotros puede ser nuestro mediador; sólo si es realmente Dios como Dios, la mediación alcanza su término [...] sólo el Dios que, por una parte, es el fundamento real del mundo y que, por la otra, es total cercanía con nosotros, puede ser el término de una piedad comprometida con la verdad³⁰⁹.

Lo importante es que Jesús es el Hijo de Dios, que es verdadero Dios y verdadero hombre. «En Él no sólo sale a nuestro encuentro la genialidad o la heroicidad humanas, sino que también trasluce a Dios. Puede decirse que en el cuerpo desgarrado de Jesús en la cruz vemos cómo es Dios»³¹⁰. Por tanto, el misterio de Dios queda totalmente desvelado en el Cristo rasgado en su cuerpo crucificado. Ésta es la gran ventana que se abre a los ojos del mundo para poder contemplar al Dios que estaba hasta entonces oculto.

El Credo de nuestra fe nos recuerda: «Hijo de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado». Para Ratzinger ésta es una descripción correcta de Jesús, resume todo el encuentro con Él, empezando por el sermón de Galilea, pasando por su mensaje, por el proceso ante el tribunal judío en el que le preguntan si es realmente Dios, hasta llegar a la cruz y a la resurrección. Las mismas autoridades judías, precisa nuestro teólogo, comprendieron que se enfrentaban a una pretensión que desbordaba lo meramente humano y, por ello, lo juzgaron como sacrilegio, o acaso se vieron obligadas a entenderlo así³¹¹.

Comprender a Jesús como Cristo significa más bien estar convencido de que él mismo se ha dado en su palabra; no existe aquí un yo que pronuncia palabra (como en el caso de los hombres), sino que se ha identificado de tal manera con su palabra, que yo y palabra no pueden distinguirse: él es palabra³¹².

De hecho, cuando Ratzinger habla de Jesucristo o de la fe en Jesucristo lo hace convencido de su extraordinaria belleza; porque es, en definitiva, la belleza de la verdad la que cautiva el corazón del hombre por más endurecido que esté. En este sentido, la Iglesia que

³⁰⁹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 93.

³¹⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 18.

³¹¹ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 249.

³¹² J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 119.

está al servicio de su Señor ha de presentar con toda audacia la belleza de la fe, la verdad de la belleza de Jesucristo. «Si conocemos a Cristo no sólo de palabra sino que nos hiera el aguijón de su paradójica belleza, obtendremos un conocimiento verdadero de él y llegaremos a saber de él no sólo por haber oído hablar a otros. Entonces habremos encontrado la belleza de la verdad»³¹³.

Sólo desde Jesucristo, el hombre verdadero, podemos entender de manera auténtica al hombre; porque Él es la medida de todo hombre. Por eso, el hombre está llamado a configurarse con Cristo. Y desde esta nueva realidad debe construir verdaderas relaciones de amistad y de colaboración con los demás hombres.

La fe cristiana ve en Jesús de Nazaret el hombre ejemplar; en efecto, así podemos traducir libremente el concepto paulino de 'último hombre' antes mencionado. Pero precisamente por ser el hombre ejemplar y normativo supera los límites del ser humano; sólo así es en verdad el hombre ejemplar, ya que el hombre está más en sí cuanto más está en los demás. Sólo llega a sí mismo mediante los demás y mediante el estar con ellos, cuando está con ellos [...] Con otras palabras, el hombre llega a sí mismo cuando se supera. Cristo es el que en verdad se supera a sí mismo; por eso es el hombre que en verdad llega a sí mismo [...] el hombre, el hombre verdadero, es el que más se abre, el que no sólo toca el infinito '¡el infinito!', sino el que es uno con él: Jesucristo³¹⁴.

Por consiguiente, «la unión de Dios y del hombre es lo verdaderamente decisivo, lo salvador, el verdadero futuro del hombre»³¹⁵. Este encuentro se da de manera especial en Cristo, realmente presente en la Eucaristía, porque es aquí dónde podemos encontrar de manera sintética el dogma cristológico. En este sentido, podemos afirmar que si Cristo no es verdadero Dios, la comunión y la adoración eucarísticas serían auténticos actos idolátricos; pero, al mismo tiempo, si Cristo no es verdadero hombre, su presencia sacramental sería imposible: porque dejaría de ser signo sensible que se deje tocar, contemplar y comer.

La Iglesia cree firmemente que el Resucitado se da aquí realmente por entero. En las distintas etapas de la historia de la Iglesia se ha discutido este asunto una y otra vez. La primera gran disputa aparece en la Alta Edad Media, la segunda en el siglo XVI. En ésta, Lutero se aferró expresamente a la transubstanciación, mientras que Calvino y Zuinglio defendían el simbolismo, cada uno en una modalidad diferente, de manera que a raíz de eso se produjo la gran escisión dentro de la Reforma. Lutero opinaba que esta presencia de Cristo estaba unida al momento de la celebración, mientras que la Iglesia católica cree que la presencia de Cristo se sigue manteniendo en esos dones. Porque cuando el pan y el vino se han 'transformado' de verdad, es decir, cuando los dones de la tierra se han convertido en dones del Señor, entonces Él los ha hecho suyos definitivamente. Como es natural, en nuestro siglo vuelve a debatirse esta

³¹³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *La Belleza, la Iglesia*, Traducción de Carmen Salgado, Encuentro, Madrid 2012, 22.

³¹⁴ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 138-139.

³¹⁵ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 134.

cuestión. Pero aunque los exégetas están divididos, también algunos no católicos, como Kásemann, defienden encarecidamente la presencia real [...] Cristo no sólo nos da símbolos, también se da realmente a sí mismo. Esto significa que la comunión es un encuentro de persona a persona. Que Cristo entra en mí y yo puedo entrar en Él³¹⁶.

La presencia real de Cristo en la Eucaristía debe convertirse en el gran motor evangelizador de nuestro siglo, porque hay que llevar a los hombres al encuentro real con el Resucitado, lo cual supone un abandono definitivo del pecado. De esta manera, muchos bautizados dejarán la desidia o el indiferentismo religioso y se convertirán en fervorosos seguidores de Jesucristo y en miembros activos de la Iglesia.

En fin, la negación de la presencia real o de la presencia permanente de Cristo en la Eucaristía trajo consigo un fenómeno, cada vez más creciente, conocido como el abandono de los sagrarios. Esto ciertamente se propagó con mayor fuerza en el posconcilio. Por eso, en este contexto litúrgico, Ratzinger nos recuerda que se había producido un abandono de la adoración eucarística haciéndose célebre la frase: «El Pan consagrado no es para ser mirado con los ojos, sino para ser comido»³¹⁷. Este, ciertamente, era un lema contra la adoración y el culto público a Cristo Eucaristía. No obstante, se pensaba que toda realidad, todo el desarrollo realizado en la Edad Media era erróneo. Para Ratzinger, por tanto, debe haber una relación intrínseca entre celebración y adoración eucarísticas.

2. La verdad sobre el misterio de Dios

Como ya indicábamos Jesucristo nos revela el misterio de Dios. Por eso, en los Evangelios encontramos a Jesucristo como el revelador del Padre. Él mismo nos dice que, nadie conoce al Hijo o al Padre, sino es por Él y este misterio lo revela al que Él quiere (cf. Mt 11,27). Por esta razón, Ratzinger sostiene que el Verbo encarnado es el Hijo de Dios vivo,

el testigo de Dios, por quien lo intangible se hace tangible, por quien lo lejano se hace cercano. Más aún, no es puro testigo al que creemos lo que ha visto en una existencia en la que se realiza el paso de la limitación a lo aparente a la profundidad de toda la verdad. No. Él mismo es la presencia de lo eterno en este mundo³¹⁸.

En consecuencia, los cristianos están llamados a reconocer en Jesucristo, mediante la fe, al mismo Hijo de Dios hecho Hombre, por la salvación de los hombres. Como sabemos, este conocimiento no es sólo intelectual, sino y, sobre todo, interior, experiencial. Tal como afirma Ratzinger: «Que por Él creamos en Dios, Trinidad en un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra; que creamos que este Dios se humilla tanto, por así decir, se hace tan pequeño, hasta preocuparse por el

³¹⁶ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 185-186.

³¹⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Obras Completas: Teología de la Liturgia*, vol. XI, BAC, Madrid 2012, 499.

³¹⁸ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 32-33.

hombre y formar parte de la historia con Él»³¹⁹. Porque la fe para Ratzinger «significa decisión por la verdad, ya que para ella el ser es verdad, comprensibilidad, inteligencia»³²⁰. Tal como nos enseñaba el Concilio Vaticano I en la constitución Dogmática *Dei Filius*: «Hay un solo Dios verdadero y vivo»³²¹.

Jesucristo, no obstante, nos revela el misterio de la unidad y la trinidad en Dios y, al mismo tiempo, destruye todo tipo de idolatría y falsa religiosidad, porque los dioses no son Dios. Por tanto, sólo el Dios único puede ser adorado en la verdad; adorar a otros dioses es idolatría³²². En este sentido, la misión de la Iglesia consiste, en primer lugar, en permanecer fiel a su Señor; porque Él es quien le ha revelado el misterio de Dios con el encargo de darle a conocer por todo el mundo (cf. Mt, 28,19).

El misterio de Dios, tal como aparece revelado en las Sagradas Escrituras y expresado en las enseñanzas de la Iglesia, muestra su unidad indivisa en tres Personas, las cuales reciben la misma adoración y gloria, como rezamos en el Credo.

Se ve que este misterio de que Dios es uno y sin embargo existe en tres personas, esa triple relación amorosa, es, en última instancia, imposible de resolver no sólo para personas normales, sino incluso para las más inteligentes. Lo importante es que la fe cristiana garantiza ambas cosas: Dios es Uno y es la Unidad Suprema. Pero la Unidad Suprema no es la unidad de lo indivisible, sino la unidad que surge mediante el diálogo amoroso. Dios, el Uno, es al mismo tiempo relación en sí mismo, de ahí que también pueda generar relación. En cierto modo, intuimos que esto tiene sentido, aunque para nosotros sea, lisa y llanamente, indescifrable. ¿Cómo surgió entonces la teoría de la Trinidad? De la relación con Cristo. Del hecho de que el que llamaba Padre a Dios y se calificaba a sí mismo de Hijo - porque Cristo no se autocalifica de 'un hijo de Dios' - era idéntico a Dios³²³.

Ratzinger considera que la teología de la Trinidad no ha sido inventada a capricho por la Iglesia, siguiendo las especulaciones racionales y filosófico-paganas de sus teólogos y pastores en un determinado momento de controversias doctrinales, sino que responde al ser de Dios que se ha revelado Uno y Trino, en su esencia y en Personas divinas. Ciertamente, de esta experiencia bíblica, orante y especulativa surge la teología de la Trinidad, garantizada por la acción del Espíritu Santo que guía a la verdad plena (cf. Jn 16,13). Es, no obstante, el Espíritu Santo el que está presente en la Iglesia cuando define como dogma de fe la verdad de Dios Trinidad. Asimismo, hay que señalar que este trabajo se ha ido haciendo poco a poco y no sin mucho sacrificio y esfuerzo. P. e., la fórmula bautismal que se remonta hasta

³¹⁹ J. RATZINGER, *La sal de la Tierra*, 22.

³²⁰ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 83.

³²¹ DEZINGER, *El Magisterio de la Iglesia, Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres*, Herder, Barcelona, 1963, 1782. En adelante citaremos Dz más el número correspondiente.

³²² J. RATZINGER, «Cristo, la fe y el reto de las culturas», *COMMUNIO*, 209.

³²³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 250.

los inicios de la Iglesia, «hunde sus raíces en el encargo del propio Resucitado»³²⁴.

Cuando a partir del siglo IV la fe expresó la unidad Trina de Dios con la fórmula una *essentia*, tres *personae*, tuvo lugar una división de conceptos que se convirtió en adelante en 'regulación terminológica'. Tenía que salir a la luz el elemento de la unidad, el de la trinidad y la simultaneidad de ambos en el incomprensible predominio de aquella. Como dijimos antes, es en cierto sentido accidental el hecho de que esto se dividiese en los conceptos de sustancia y persona; en último término ambos elementos son claros, ninguno queda abandonado a la arbitrariedad del individuo que podría volatilizar o destruir la cosa misma con las palabras propias de su tiempo³²⁵.

Ratzinger profundiza en el misterio de Dios, en su unidad y trinidad de Personas, siguiendo imágenes sacadas de la experiencia humana; porque esa es la manera cómo Dios se ha revelado y cómo la Iglesia, siguiendo la pedagogía del Espíritu Santo inspirador ha podido aproximarse al conocimiento de Dios. El lenguaje simbólico y analógico, por tanto, jugarán un papel muy importante en la formulación de las distintas verdades de fe.

El concepto y la idea de "persona" surgieron en el espíritu humano cuando buscó la imagen cristiana de Dios y explicó la figura de Jesús de Nazaret. Habida cuenta de estas reservas, vamos a explicar nuestras fórmulas en su justa medida, pero antes se nos imponen dos observaciones: Dios, considerado como absoluto, es uno; no se da la multiplicidad de principios divinos. Una vez afirmado esto, es también claro que la unidad cae en el plano de la sustancia; en consecuencia la Trinidad, de la que también hay que hablar, no hemos de buscarla aquí; tiene que estar en otro plano, en el de la relación, en el de lo 'relativo'³²⁶.

El Dios de los cristianos es diálogo y no sólo *Logos*, no sólo idea e inteligencia, como ya aparecía en la mentalidad griega, sino diálogo y palabra unidos en el que habla.

Esto significa que las 'tres Personas' que hay en Dios son la realidad de la palabra y el amor en su más íntima dirección a los demás. No son sustancias o personalidades en el moderno sentido de la palabra, sino relación cuya actualidad pura no elimina la unidad de la esencia superior, sino que la constituye³²⁷.

Finalmente, hacemos alusión al misterio de Dios desde la persona de Jesucristo que nos revela el misterio de la tercera Persona de la Trinidad. Quien, a lo largo de la historia, ha sufrido muchos agravios. A nuestro entender podemos hablar, en primer lugar, de la negación de la divinidad del Espíritu Santo, por la dificultad de hablar de Él como Persona; en segundo lugar, nos encontramos con quienes no lo niegan, pero que se han olvidado de Él, tanto en su vida de piedad como en su vida cotidiana; y, en tercer lugar, podemos ver a aquellos que

³²⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI: *Dios y el Mundo*, 251-252.

³²⁵ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 103.

³²⁶ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 103.

³²⁷ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 104.

manipulan al Espíritu Santo y le hacen hablar cualquier cosa, desde un criterio subjetivista. En cuanto al último caso, que consideramos el más común, debemos estar vigilantes a la enseñanza de la Iglesia, porque este fenómeno pneumatológico no sólo lo visualizamos en grupos no católicos, autodenominados pentecostales, de raíz protestante; sino también en movimientos católicos carismáticos que no están guiados por la autoridad de los pastores de la Iglesia.

Por eso, podemos afirmar que el gran protagonista en la historia de la Iglesia es el Espíritu Santo; porque Él es el que la santifica y la expande por todo el mundo. Por esta razón, la obra de la santificación que se realiza en cada fiel católico es obra suya. Creemos que en estas enseñanzas de Ratzinger podemos descubrir cuál es el verdadero conocimiento y la verdadera adoración al Espíritu Santo; ya que su misión en la Iglesia conduce a vivir en la verdad, en el amor fraterno y en la unidad.

El punto de partida de la doctrina de la Iglesia ha de ser la doctrina del Espíritu Santo y de sus dones, pero su meta estriba en una doctrina de la historia de Dios con los hombres, es decir, de la función de la historia de Cristo para la humanidad en cuanto tal [...] Cristo sigue presente mediante el Espíritu Santo con su apertura, amplitud y libertad, que no excluye en modo alguno la forma institucional, pero que sí limita sus pretensiones y que no la equipara con las instrucciones mundanas³²⁸.

En conclusión, ante la crisis de vivencia de la fe y de la verdad, Ratzinger, con mucha frecuencia, hace un llamado a los cristianos a un encuentro personal y comunitario con Dios Uno y Trino que tiene lugar de manera muy especial en la liturgia³²⁹. En efecto, en la liturgia los cristianos participamos en la vida de Dios que da sentido a nuestra existencia y nos hace disfrutar de la verdadera alegría (cf. 1jn 1,4). La liturgia nos une a Dios Uno y Trino y nos une entre nosotros³³⁰ como hermanos y como Iglesia. De hecho, para la teología ratzingeriana la fe eucarística está referida al misterio mismo de '*Deus Trinitas*'.

Por eso, «la esencia de la verdad cristiana consiste en eso, en recibir y vivir la existencia como referibilidad y entrar en la unidad, que es el fundamento motor de lo real»³³¹. De aquí se sigue la idea de que la teología y el pensamiento cristiano tienen como última referencia el misterio trinitario. De lo contrario, toda reflexión por más que se denomine teología católica se estaría contradiciendo, por no ser fiel a las enseñanzas del Señor y de la Iglesia en su Magisterio.

³²⁸ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 211.

³²⁹ Cf. J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios*, 13-14.

³³⁰ Cf. J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios*, 175.

³³¹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 107-108.

CAPÍTULO II

LA VERDAD SOBRE EL HOMBRE Y LA CREACIÓN ANTE LA IDEOLOGÍA DE GÉNERO

En este apartado, en plena conformidad con el Magisterio de la Iglesia, presentamos la verdad sobre el hombre y sobre la creación³³², porque son temas de mucha actualidad en la teología de Ratzinger. Y, además, son temas que están siendo abordado por las distintas ideologías modernas de una manera muy irresponsable y hasta mal intencionada, que atentan contra el mismo ser del hombre, del mundo y de Dios. Actualmente podemos considerar que detrás de todas las ideologías se encuentra la ideología de género. Por eso, creemos que este tema sólo puede ser abordado con rigor y verdad desde la cristología, ya que, como dice Sánchez siguiendo la *Gaudium et Spes* n. 22, Cristo «con su encarnación se ha unido en cierto modo a todo hombre»³³³ y, por ende, a toda la creación³³⁴.

1. Creado por amor y con una identidad

En estos tiempos se ha dejado de hablar de identidad sexual y se habla de opción de género, contradiciendo la obra de Dios³³⁵ que ha creado al hombre «macho y hembra» (Gn 1,27b), con una identidad sexual determinada, inscrita en la misma naturaleza. «El hombre fue creado a imagen de Cristo; en su humanidad está plasmado lo que es propio del Señor Jesús, que es Dios y Hombre»³³⁶. En este sentido, hay que afirmar que la identidad sexual no es algo que se construya culturalmente, sino que se es varón o mujer desde el momento mismo de la concepción.

³³² Cf. Dz 1783.

³³³ G. SÁNCHEZ ROJAS, «Un legado doctrinal para el siglo XXI (I)», 383. Cf. ID., *Renovación en continuidad. A los 50 años del Vaticano II*, Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, Lima 2015, 101-102.

³³⁴ Cf. G. SÁNCHEZ ROJAS, *Benedicto XVI. Un Papa en diálogo*, 110-112.

³³⁵ Cf. Dz 1784.

³³⁶ G. SÁNCHEZ ROJAS, *Renovación en continuidad. A los 50 años del Vaticano II*, 109.

Ratzinger considera que «Cristo es la imagen original del ser humano. Eso ciertamente no nos permite representar a Dios mismo en su eterna infinitud, pero sí contemplar la imagen que Él se dio a sí mismo. Desde entonces no nos forjamos ninguna imagen de Dios, sino que es Dios mismo quien nos la muestra»³³⁷. Él es el que nos da a conocer lo que es el hombre, ‘un misterio’³³⁸. Por tanto, somos conscientes de que Él nos amó primero, antes de que nosotros mismos fuésemos capaces de amar. Fuimos creados sólo porque ya nos conocía y amaba.

Sabemos que lo que está en juego es la verdad y, en este caso, la verdad sobre el hombre; la cual no puede ser conseguida sino siguiendo el camino de Jesucristo. Por tanto, «seguir a Jesucristo no significa atarse a uno solo, sino abrirse a la amplitud de la verdad»³³⁹. Esto nos hace comprender que la existencia humana no es fruto de la casualidad o de la evolución, como afirma Ratzinger, aludiendo a la filosofía heideggeriana, que el hombre no ha sido lanzado al mundo por azar ni lo podemos ver nadando por ese océano sin más, sino que me precede un conocimiento, una idea y un amor que constituyen el fundamento de mi existencia³⁴⁰.

«Lo definitivo para el hombre no es el idear sino el corresponder, el prestar atención a la justicia del Creador, a la verdad de la creación misma. Solo esto garantiza la libertad, pues solo esto asegura aquel profundo respeto intangible que el hombre debe tener ante el hombre, ante la criatura de Dios»³⁴¹.

Por tanto, el hombre está llamado a aceptar la verdad del Creador y la verdad sobre sí mismo y sobre el resto del universo. Admitiendo, de esta manera, que todo lo que existe depende necesariamente de la acción creadora de nuestro Dios; y que se trata no de una creación hecha porque Dios no tuvo más que hacer y, por eso, algunas cosas le salieron mal, como la idea del mal en el mundo o de los fenómenos y desastres naturales, sino que se trata de una obra amorosa de nuestro Dios, cuyo esplendor se muestra de manera bella en la creación del hombre a su imagen y semejanza.

Ratzinger sostiene que el ser humano lleva el aliento de Dios, porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y que, por eso, es capaz de superar lo creado. Por eso, podemos afirmar que el hombre es único. «Está en los ojos de Dios y unido a Él de manera especial. Con el ser humano se introduce realmente en la creación un nuevo aliento, el elemento divino»³⁴². Desde esta perspectiva, podemos ver que este específico ser creado por Dios es muy importante para percibir la unicidad y dignidad de la persona. Es aquí donde encontramos el fundamento de todos los derechos humanos, por los que luchará el hombre para que se le respete a él y a sus semejantes.

³³⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 18.

³³⁸ *Renovación en continuidad. A los 50 años del Vaticano II*, 107-108.

³³⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Espíritu Santo en Pentecostés*, 17.

³⁴⁰ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 20.

³⁴¹ J. RATZINGER, «Creo en Dios, padre todopoderoso», *COMMUNIO*, 23.

³⁴² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 73.

Ratzinger reconoce que, en la mentalidad actual, hay un rebrote de aquellas herejías antiguas que negaban la existencia del alma y, por ende, la posibilidad de la resurrección de todo el hombre, como implicados recíprocamente³⁴³.

Contemplar al hombre como esencia de cuerpo y alma, creer en una vida perdurable del alma entre la muerte del cuerpo y su resurrección, parecía una traición al pensamiento moderno y bíblico de la unidad del hombre, de la unidad de la creación. Decir todo esto se consideró cada vez más como precipitarse desde los pensamientos bíblicos respecto a la creación para caer en el dualismo griego que divide el mundo en espíritu y materia³⁴⁴. Después de la muerte ninguna clase de cuerpo sostiene al alma, sino que es el alma, que subsiste, la que mantiene interiorizadamente a la materia de su vida en sí y mantiene así su tensión hacia el Cristo resucitado, hacia la nueva unidad de espíritu y materia que en él ha sido inaugurada³⁴⁵.

Parafraseando a Ratzinger, podemos decir que el alma no es otra cosa que la capacidad de referencia del hombre a la verdad, al amor eterno. «Y entonces la secuencia de realidad es correcta: la verdad, que es amor, esto es, Dios, da al hombre eternidad y, porque en el espíritu humano está la materia integrada en el alma humana, por eso alcanza en él la materia la consumación en la resurrección»³⁴⁶. Por esta razón, nos dice Sánchez: «lo humano es un camino que lleva hasta Dios»³⁴⁷.

El hombre, no obstante, ha sido creado para lo sobrenatural, para lo eterno. Sólo allí puede encontrar su auténtica verdad y su completa realización. Por eso, podemos decir con toda propiedad que el hombre es un ser dinámico y no estático, anclado en su propio eje, sin ningún futuro; si no que está referido a su Creador de manera permanente desde el momento de su concepción hasta su muerte. Además, la reflexión sobre el hombre encuentra en esta verdad su auténtico fundamento; la cual será muy útil para el debate actual ante aquellos que tienen una mirada demasiado cosificada sobre el hombre.

Todo en nosotros, entonces, está 'llamado' a desplegarse hacia un fin común único, hacia el que, a su vez, cada uno de sus elementos debe confluir con sus respectivos fines específicos. La vida, pues, aparece como un proceso como un camino a recorrer que integra los procesos inferiores [...] "existe una verdad común de una humanidad única presente en todos los hombres", es decir, una naturaleza. Ratzinger asume la necesidad de recuperar este concepto en el debate actual, frente a posturas que o niegan su existencia o la amplían de tal manera que mezclan lo natural y lo sobrenatural³⁴⁸.

De hecho, Ratzinger considera que nos encontramos ante una mentalidad relativista que pone en peligro el ser del hombre como un ser esencialmente constituido por Dios con una identidad sexual absoluta e inmodificable, ante una sociedad que parece poco importarle

³⁴³ Cf. J. RATZINGER, «Entre muerte y resurrección», *COMMUNIO*, 37.

³⁴⁴ J. RATZINGER, «Entre muerte y resurrección», *COMMUNIO*, 33.

³⁴⁵ J. RATZINGER, «Entre muerte y resurrección», *COMMUNIO*, 41.

³⁴⁶ J. RATZINGER, «Entre muerte y resurrección», *COMMUNIO*, p. 42.

³⁴⁷ G. SÁNCHEZ ROJAS, «Un legado doctrinal para el siglo XXI (I)», 29.

³⁴⁸ M.E. GÓMEZ DE PEDRO, *Libertad en Ratzinger: Riesgo y Tarea*, 35-36.

el ser hombre o mujer. Esto aunque parezca bello y generoso encierra un peligro muy grave. «Significa que la sexualidad no se considera ya como enraizada en la antropología; significa que el sexo se mira como una simple función que puede intercambiarse a voluntad»³⁴⁹. No obstante, «la sexualidad no es una ‘cosa’³⁵⁰, que, si se convierte en un medio para un fin, se le inflige un daño duradero. La Iglesia debe poner en guardia ante las soluciones baratas. Debe proteger a hombres y mujeres cuando esas soluciones son impuestas por el Estado»³⁵¹.

En conclusión, hay que afirmar con toda raigambre y sin temor a equivocarnos que, ante una sociedad relativista y hedonista, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y con una identidad sexual que no puede ser cambiada a capricho. Esta realidad, no obstante, es querida y amada por Dios, porque de esta manera se representa también su imagen y semejanza. En consecuencia, negar esta verdad es negar al mismo Dios que nos ha creado por amor.

2. Varón y mujer son complementarios

La verdadera teología entiende que solamente son complementarios los sexos opuestos más no los iguales, tal como proponen hacernos creer los colectivos homosexuales en sus distintas expresiones. Esta complementariedad no sólo tiene que ver con los roles que realiza uno y otro, sino que tiene que ver, fundamentalmente, con su naturaleza, con su identidad sexual. Entonces, cualquier opinión contraria a esta verdad es contraria a la naturaleza tal como lo ha querido Dios. Pero al mismo tiempo hay que afirmar que existe una radical igualdad entre varón y mujer en cuanto a su existencia y dignidad.

Ellos son una criatura y tienen una dignidad humana [...] El hombre para la mujer, la mujer para el hombre. Están buscándose entre sí para recobrar la totalidad [...] La persona ha sido creada para necesitar al otro, para superarse a sí misma. Necesita el complemento. No ha sido creada para estar sola, lo bueno para ella no es la soledad, sino la comunidad. Tiene que buscarse y encontrarse en el otro³⁵².

Pero, ese encontrarse con el otro tiene muchas dimensiones, como podemos ver, p. e., las relaciones de parentesco, las relaciones de amistad, las relaciones laborales, las relaciones humanas en general; las cuales se hacen desde una identidad sexual singular, es decir, como varón o mujer sin ninguna ambigüedad.

³⁴⁹ J. RATZINGER -V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 40.

³⁵⁰ «El cuerpo es considerado como una posesión de la que el individuo dispone de acuerdo con lo que le parece más útil para su ‘calidad de vida’. El cuerpo es algo que se tiene y se usa [...] En consecuencia, es también totalmente indiferente que ese cuerpo sea de sexo masculino o femenino; en efecto, no revela ya un ser, sino que se ha convertido en un tener» (J. RATZINGER, «Dificultades ante la fe en la Europa de hoy», *COMMUNIO*, 106-107).

³⁵¹ P. SEEWALD, *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, 92.

³⁵² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 76.

En primer lugar, podemos ver el fenómeno conocido como feminismo, opuesto radicalmente a esta complementariedad querida por Dios. El feminismo profesa un radicalismo que llega incluso al desprecio del propio cuerpo y de sus expresiones específicas como la maternidad y esponsalidad.

Cuando la mujer reniega del propio cuerpo considerándolo como un mero objeto al servicio de una estrategia de conquista de la felicidad mediante la realización de sí misma, reniega también de su feminidad, la forma propiamente femenina de la entrega personal y de la acogida del otro, cuya señal más típica y su realización más concreta es la maternidad [...] un verdadero feminismo trabajaría por la promoción del hombre entero y por la liberación de todos los seres humanos. Lucharía, en efecto, para que se le reconozca a la persona la dignidad que le corresponde por el hecho de existir, de haber sido querida y creada por Dios³⁵³.

Ciertamente, la Iglesia, servidora de la verdad, es la primera en reivindicar a la mujer en una sociedad machista y hedonista, que sólo ve en ella un objeto de trabajo, de exhibicionismo y de placer. La Iglesia, no obstante, fiel a las enseñanzas del Señor ve en la mujer la obra más bella salida de las manos de Dios; pero, al mismo tiempo, la ve como a la más delicada de las criaturas que necesita un trato y cuidado especiales, como los ha tenido nuestro Dios con la misma Virgen María, de la cual tomó nuestra carne. Por eso, «los cristianos deben unirse en la lucha contra toda discriminación, incluyendo la que se da contra las mujeres»³⁵⁴.

En segundo lugar, tenemos la ideología de género que propone unas falsas teorías igualitarias y falsas teorías diferenciales en la relación varón-mujer. Para unos la Igualdad llega hasta extremos que niegan cualquier diferencia entre varón y mujer. Otros admiten la inferioridad extrema de la mujer frente al varón como el más dotado de capacidades para llevar adelante cualquier empresa.

Es falso querer medir a hombres y mujeres por el mismo rasero y decir que esa diminuta diferencia biológica no significa absolutamente nada. Ésta es la tendencia hoy predominante. Personalmente me sigue estremeciendo aunque se pretenda convertir a las mujeres en soldados como los hombres; que ellas, que siempre han sido las guardianas de la paz y a quienes hemos visto oponerse al deseo masculino de pelear y guerrear, vayan ahora por ahí con ametralladoras, demostrando que pueden ser igual de belicosas. O que las mujeres también posean ahora el ‘derecho’ de recoger las basuras y de bajar a la mina -lo que en realidad no deberían hacer por su propia dignidad, por respeto a su grandeza, a su mayor cualidad diferencial-, un derecho que ahora se les impone en nombre de la igualdad. En mi opinión, ésta es una ideología hostil al cuerpo y maniquea³⁵⁵.

Ratzinger nos presenta, por otro lado, la falsa ideología de la diferencia varón-mujer. Esta ideología lo vemos expresada en el fenómeno denominado machismo que admite la superioridad del varón

³⁵³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 47-48.

³⁵⁴ P. SEEWALD, *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, 92-93.

³⁵⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 78.

sobre la mujer. P. e., las mujeres no pueden tomar ninguna decisión en la casa o en la comunidad, las mujeres no son capaces de competir intelectualmente con los hombres, las mujeres no pueden tener voz ni voto ante un tribunal. Sin ir muy lejos esta realidad es bastante palpable en nuestro país, incluso en estos últimos días (13 de agosto de 2016) en los que la sociedad civil se ha organizado para realizar una marcha denominada 'ni una menos' en favor de la mujer y sus derechos, ante una ola creciente de violencia familiar.

Esta posibilidad que se considerase a las mujeres como seres inferiores, dedicadas únicamente a cocinar y limpiar, mientras que los señores de la creación hablaban y guerreaban y se sentían una casta dedicada a lo más elevado. Por eso las mujeres fueron consideradas solamente carnales, sensuales, negadas para lo espiritual, para lo creativo y qué sé yo qué cosas más. Con esto, la ideología de la diferencia se eleva a la naturaleza de casta. Esta idea impide percibir el carácter único de la creación divina, que, a pesar de sus diferencias, es unitaria y complementaria³⁵⁶.

Ratzinger, como hombre de Dios, tiene una especial consideración a la mujer que ha sido dotada con múltiples cualidades por su hacedor. Ella es hermosa no sólo por su apariencia física, sino por la totalidad de su ser, por su corazón. En este sentido, puede ser comparada con un hermoso jardín donde cada flor es única y aporta a la totalidad, así son cada una de las cualidades de una mujer en la totalidad de su ser y en el ambiente que la rodea.

Las mujeres precisamente tienen una especial sensibilidad para captar lo nuevo, lo distinto, lo grande, lo misterioso que aparece en Él, y que Jesús las admite de manera especial en su compañía. Frente a la costumbre judía de la época, que consideraba a las mujeres seres de segundo rango, Jesús inicia una especie de emancipación de la mujer. Debido a su posición social, las mujeres pertenecían a esa categoría de lo humilde, a la que Dios garantiza su especial cariño e inclinación. Con ello despierta también el carisma de las mujeres³⁵⁷.

En conclusión, Dios ha creado al hombre varón y mujer para ser complementarios, debido a su igual dignidad y a sus respectivas diferencias de sexo y de cualidades que están integrados en su propia identidad. Desde esta perspectiva caen por tierra cualquier propuesta ideológica que presente una hegemonía femenina o masculina. Como cristianos no podemos ser fomentadores de la violencia de sexos, sino que debemos proponer una auténtica complementariedad en los distintos aspectos de la vida familiar y social.

³⁵⁶ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 78-79.

³⁵⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 233.

3. La familia querida por Dios

El amor sponsal sólo puede darse entre un varón y una mujer, tal y como lo ha pensado y querido nuestro Dios. Esta verdad fundamental sobre la familia, desafortunadamente, es puesta en tela de juicio por el hombre moderno. En este último siglo, no obstante, ha asumido la autoría del pensamiento liberal sobre la familia la llamada «ideología de género»; la cual plantea la construcción de la familia desde el matrimonio civil igualitario; considerando, de esta manera, discriminatorio el matrimonio entre un varón y una mujer. Por eso, la Iglesia nos recuerda que el verdadero matrimonio sólo se puede dar desde el verdadero amor entre un varón y una mujer y nunca entre seres del mismo sexo; porque

el amor es una exigencia que no me deja intacto. En él no puedo limitarme a seguir siendo yo a secas, sino que he de perderme una y otra vez al ser desbastado, al ser herido. Y precisamente esta herida para sacar a relucir mis mejores posibilidades forma parte, en mi opinión, de la grandeza, del poder curativo del amor. En este sentido, no se debe imaginar un amor puramente romántico, que cae del cielo sobre ambos cuando se han encontrado y que a partir de entonces todo irá sobre ruedas. El amor hay que entenderlo como pasión. Sólo cuando se está dispuesto a soportarlo como pasión, aceptándose siempre de nuevo el uno en el otro, madurará una pareja para toda la vida³⁵⁸.

Ratzinger considera que la Iglesia siempre ha defendido la santidad y la fidelidad del matrimonio, frente a los numerosos peligros que describen los Padres Conciliares: «Esta institución aparece nublada por la poligamia, por la lacra del divorcio, por el llamado amor libre y otras deformaciones análogas. Además, el amor conyugal se ve profanado frecuentemente por el egoísmo, el hedonismo y las prácticas ilícitas contra la generación»³⁵⁹. Admitiendo que la familia es siempre un espacio vital donde los hijos pueden aprender el amor y la renuncia, la disciplina de la vida recta en medio de cualquier pobreza. Por eso, este ámbito de fidelidad también propicia el crecimiento de virtudes como la paciencia y respeto mutuos³⁶⁰ y de las demás virtudes morales como la humildad, la fortaleza, la justicia y la templanza.

La familia, vista desde el plan de Dios, no se la puede entender desde cualquier óptica filosófica o teológica, porque el hombre y la mujer han sido creados uno para el otro en mutua complementariedad, que tiene su verdadera realización en el matrimonio y la familia de modo derivado³⁶¹.

También podemos entender, desde esta perspectiva, el verdadero ser y misión de la familia en el mundo; ya que la familia tiene su principal origen en Dios que es familia, cuyo vínculo esencial se da en el amor. Y

³⁵⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 79.

³⁵⁹ GS n° 47b.

³⁶⁰ Cf. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 406.

³⁶¹ Cf. P. BLANCO SARTO, *Benedicto XVI habla sobre la Familia*, Palabra, Madrid 2013, 10.

de este amor vive e infunde este mismo amor en el mundo. Por eso, afirma Ratzinger que «la unidad, lo definitivo y la indivisibilidad del amor entre el hombre y la mujer, en último término, sólo pueden realizarse y comprenderse en la fe en la unidad e indivisibilidad del amor de Dios»³⁶², que es trinidad de Personas.

En consecuencia, sólo podemos hablar de manera auténtica sobre la familia como algo querido por Dios desde su constitución sacramental. Por eso, «Benedicto XVI expresa y directamente habla y se dirige siempre a la familia cristiana, es decir, a la que tiene su origen en el sacramento del matrimonio. Ésta es la que responde de manera adecuada a la verdad del designio divino sobre la familia»³⁶³. Por otro lado, podemos ver que la familia juega un papel muy importante en la formación de los futuros ciudadanos que contribuirán en el desarrollo armónico de la sociedad³⁶⁴. Asimismo, debemos indicar que la familia, constituida desde el sacramento del matrimonio, es expresión de la Iglesia, y que, al mismo tiempo, la Iglesia actúa a través de ella, como «comunidad salvada y salvadora, evangelizada y evangelizadora»³⁶⁵.

La Iglesia está al servicio del verdadero amor entre los conyugues del cual surge una institución estable³⁶⁶, en medio de un mundo que cree tener poder para construir un mundo según su antojadizo criterio y de rediseñar al hombre como mejor le parezca. En este sentido, el hombre moderno cree que, sólo le hace falta ponerse manos a la obra para construir el paraíso que todos los hombres buscan y no lo alcanzan, porque lo buscan más allá de este mundo. Lo que se pretende, por tanto, es construir un mundo mejor de completa libertad y goce ilimitado³⁶⁷. Sin embargo, hay que afirmar con toda fuerza que el hombre moderno se encuentra sumergido en su propio artificio.

El verdadero amor no consiste sencillamente en ceder siempre, en ser blando, en la mera dulzura. En este sentido, un Jesús o un Dios dulcificado, que dice a todo que sí, que siempre es amable, no es más que una caricatura del verdadero amor. Porque nos ama, porque quiere que avancemos por el camino de la verdad, Dios también debe exigirnos y corregirnos. Dios tiene que poner en práctica lo que simbólicamente denominamos la 'ira de Dios', es decir, oponerse a nosotros cuando nos perdemos a nosotros mismos y corremos peligro [...] Por tanto, un verdadero acto de amor es el que procede del bien y desemboca en él. Así pues, el amor implica siempre, por un lado, autorrenuncia, darse a sí mismo al otro, y por otro, ayudarle. Ayudarle a no encerrarse en sí mismo y limitarse a guardar todo dentro de sí, sino a encontrar también el camino de proyectarse hacia afuera, el camino del grano de trigo³⁶⁸.

³⁶² J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 56.

³⁶³ P. BLANCO, *Benedicto XVI habla sobre la Familia*, 11.

³⁶⁴ Cf. P. BLANCO, *Benedicto XVI habla sobre la Familia*, 12.

³⁶⁵ P. BLANCO, *Benedicto XVI habla sobre la Familia*, 14.

³⁶⁶ Cf. GS 48-52.

³⁶⁷ Cf. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Espíritu Santo en Pentecostés*, Traducción de María Xesús Bello Rivas, Palabra, Madrid 2013, 14.

³⁶⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 173-174.

4. El don de la vida

Este es un tema muy actual en la teología de Ratzinger y en la misión de la Iglesia; porque, como consecuencia del relativismo moral, se ha llegado a negar a la vida como don de Dios y como obra suya desde el momento de la concepción. Este tema, ciertamente, nos apremia, porque tal negación significa una aberración a la verdad y al amor. Por tanto, quienes creen en la verdad y en el amor creerán también en la vida como don de Dios. Y, en consecuencia, una falsa comprensión de la vida y del amor lleva consigo una negación de la misma.

Una primera manifestación del atentado contra la vida lo podemos ver en la manipulación genética, justificada y promovida de manera radical por la ideología de género. Convirtiendo, de esta manera, al ser humano en objeto de experimentos científicos.

Con esta manipulación, un ser humano convierte a otro en su criatura. Entonces el ser humano ya no surge del misterio del amor, mediante el proceso en definitiva misterioso de la generación y del nacimiento, sino como un producto industrial hecho por otros seres humanos. Con ello queda degradado y privado del verdadero esplendor de su creación [...] la vida del ser humano tiene que seguir siendo intocable. Aquí es preciso poner límites, una vez más, a nuestra actuación, a nuestros conocimientos, a nuestro poder y a nuestra experimentación. La persona no es una cosa, sino que refleja la presencia del mismo Dios en el mundo³⁶⁹.

La vida humana debe estar exenta de todo concurso científico en su procreación y desarrollo, porque sólo debería ser fruto del verdadero amor manifestado por los esposos. Sólo así estaría garantizada la vida humana en todas sus dimensiones, porque no sólo se trata de respirar, comer, trabajar y más; sino también de tener una mente sana, una capacidad de amar, de socializarse y de aspirar a los bienes eternos. Por eso, dice Ratzinger: «para Dios cada uno tiene su propia cara, su propio nombre. No somos ejemplares intercambiables de una mercancía; somos amigos, conocidos, queridos, amados. Dios tiene su propio plan para cada uno de nosotros. Nadie es superfluo, nadie es una mera casualidad»³⁷⁰.

En consecuencia, la ideología de género considera que el tener hijos es un derecho y que, por tanto, se lo puede conseguir utilizando cualquier medio. Éste, no obstante, es un camino erróneo y absurdo; porque de este modo el hijo se convierte en mera propiedad y en un producto que se puede conseguir en el mercado. En consecuencia, la vida humana no procedería de la libertad del Creador, que también se presenta en la libertad imprevisible de la naturaleza humana³⁷¹. Por tanto, no consentir que el hijo sea un regalo, sino pretender fabricarlo a todo trance, supone traspasar lo racional. Supone olvidar el acto de amor y hasta el acto instintivo de los animales. En este sentido, lo que

³⁶⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 126.

³⁷⁰ J. RATZINGER, «Homilía para una confirmación», *COMMUNIO*, 47.

³⁷¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 128.

propone la ideología de género traspasaría incluso los límites del comportamiento animal para la procreación.

En lugar de un acto de amor, aparece la actuación técnica que implica la fertilización *in vitro*. Esto desencadena, por fuerza, problemas ulteriores. Primero se plantea la cuestión de qué sucede con los denominados fetos sobrantes, es decir, con seres que son personas, aunque sean tratados de antemano como productos de desecho [...] Pero sabemos que hemos de oponernos a semejante usurpación del ser humano, a manipularlo y a disponer de él. No se trata de frenar la libertad de la ciencia o las posibilidades de la técnica, sino de defender la libertad de Dios y la dignidad de la persona, que es lo que está en juego³⁷².

Siguiendo con este proceso de desenmascarar a la ideología de género que pretende, en nombre de la no discriminación, obligar a la Iglesia católica a modificar su postura frente al aborto, a la homosexualidad o a la ordenación de mujeres. Pretende también que Ella renuncie a su propia identidad, ya que hasta ahora ha sido una abstracta religión negativa, un parámetro tiránico al que todo el mundo tiene que adherirse³⁷³.

En relación al tema del aborto podemos decir que la ideología de género tiene un objetivo muy silencioso que consiste en controlar el crecimiento demográfico teniendo como base a la eugenesia, tal como lo define la real academia española: «Estudio y aplicación de las leyes biológicas de la herencia orientados al perfeccionamiento de la especie humana». Aunque esta definición resulte corta, sin embargo, nos da pie para ver la profundidad del problema, porque estaría favoreciendo a la ley del aborto, que consiste en la eliminación de todos aquellos seres humanos que suponen una degeneración de la especie, ya sea porque han sido considerados fruto de un abuso sexual, de una relación de pareja no planificada, de un accidente amoroso, de una pasión incontrolada, de una deformación genética que puede tener consecuencias graves a nivel biológico y psicológico-mental; cuyos nacimientos, no obstante, van a suponer una carga para la familia, para la sociedad y para Estado. Es decir, va a suponer una carga sobre todo económica, que va a impedir el confort del resto de la familia y de la sociedad.

Esta ideología lo que busca, y desgraciadamente lo está consiguiendo, es eliminar a estos seres humanos que tienen una dignidad, pero que no se los respeta, porque no pueden presentar una defensa. Así, pues, con propiedad podemos decir que estamos asistiendo al más grande genocidio del siglo de la mal llamada 'sociedad civilizada'. En este sentido, se nos dice que «el aborto sigue siendo siempre el homicidio de una vida humana inocente. Debemos conseguir que pocas mujeres sean

³⁷² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 129.

³⁷³ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo: El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*, Traducción de Roberto H. Bernet, Herder, Barcelona 2010, 28.

puestas en esa posición de angustia. Debemos promover una cultura de vida en nuestro mundo»³⁷⁴.

La ideología de género, por otro lado, impone sus propuestas a toda una nación, como un soberano dictador, a través del poder ejecutivo, legislativo y judicial de un Estado. P. e., a este escenario estamos asistiendo en nuestra patria, dónde una ONG en pro de la despenalización de la llamada ‘píldora del siguiente día’ ha logrado tal objetivo, obligando a los establecimientos de salud pública la repartición gratuita de este fármaco en un plazo de 30 días (Noticia del día 22 de agosto de 2016). Tal normativa no tiene ningún sustento científico, sino sólo ideológico; cuya finalidad es económica y, por ende, no importan los medios que, en este caso, son la eliminación de muchas vidas humanas. Estos, no obstante, se inventan leyes que van contra la vida y la integridad de la persona humana.

Esto resulta tanto más evidente y dramáticamente grave cuando, en nombre de la libertad de quien tiene poder y voz, se niega al derecho fundamental a la vida a quienes no tienen la posibilidad de hacerse oír [...] Se entiende entonces cómo un Estado que se arroge el derecho de definir qué seres humanos son o no sujetos de derechos, y que, en consecuencia, reconozca a algunos el poder de violar el derecho fundamental de otros a la vida, contradice el ideal democrático, a pesar que lo siga invocando, y mina las bases mismas sobre la que se sostiene. Se comprende así que la idea de una tolerancia absoluta de la libertad de elección destruye el fundamento mismo de una convivencia justa entre los hombres³⁷⁵.

Para este tipo de mentalidad «la vida en sí misma no es buena; la única posibilidad es revelarse contra todo lo que es responsable de la desgracia de tener que vivir. Lo único bueno es destruir»³⁷⁶. Ésta es la gran mentira que no se dice cuando proponen control de la natalidad en función del bienestar familiar, del progreso económico y del confort social.

Si se concibe a la vida humana desde un punto de vista meramente científico se pierde el sentido del acto de donación personal, ya no se habla de procreación y colaboración con el poder absoluto del Creador. Por tanto, el hombre ya no es don ni creación de un Dios que le ama. En consecuencia, la vida humana se reduce a pura ‘biología’, a unión de gametos realizada ‘in vitro’ y su única diferencia con la ‘cosa’ es su capacidad de reproducirse. Esa fisiología de la vida humana sería lo único real, lo demás, el ‘encuentro personal’, la ‘intervención divina’, serían vistas como mera ‘mitología’ sin ningún soporte científico³⁷⁷.

Ante estas posturas poco científicas o nada científicas de la ideología de género, Ratzinger, desde un punto de vista científico, afirma: «La biología humana sostiene que en el cigoto que deriva de la fecundación ya se ha constituido la identidad biológica de un nuevo individuo

³⁷⁴ P. SEEWALD, *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, 92.

³⁷⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 44.

³⁷⁶ J. RATZINGER, «Sobre la esperanza», *COMMUNIO*, 54.

³⁷⁷ Cf. A. MARTÍNEZ-CARBONELL LÓPEZ, «Argumentos Bioéticos en el pensamiento de Joseph Ratzinger», 224.

humano»³⁷⁸. Por tanto, desde el primer momento de la concepción ya existe una vida humana que merece un respeto incondicional a su integridad corporal y espiritual, por parte de sus progenitores, del Estado y de todos los demás miembros de la familia humana.

El hijo ya no es visto como don sino en clave de utilidad, como carga, alguien al que el gran valor ético de la modernidad, la libertad, puede decidir su suerte arbitrariamente. Con el aborto, se acepta cerrar los ojos al otro y aquí comienza el drama moral de nuestra época. Señala Ratzinger que el inicio de tal drama se encuentra en la opción de contemplar o no el dolor del otro. En el aborto, en la manipulación y en el desecho de embriones, no se ve el rostro del otro, pues permanece oculto y velado. Y este ocultamiento incapacita al hombre moderno para encontrar la verdad sobre sí mismo pues como afirma, citando al filósofo francés, Michel Serres, la verdad sobre el hombre se halla sobre todo contemplando el rostro del hombre que sufre³⁷⁹.

Ratzinger indica que la vida humana va más allá de lo meramente biológico. Afirma que «en el ser humano es preciso añadir un nuevo nivel. Es el espíritu, que vive y vivifica. El espíritu se funde con la existencia biológica, confiriendo a la vida otra dimensión»³⁸⁰. Por tanto, «la Iglesia tiene que proyectar una y otra vez esa responsabilidad sobre la vida humana»³⁸¹. Ella, con este fin, ha creado movimientos y organizaciones que promueven la defensa de la vida en todo el mundo, mediante cursos de capacitación, terapias de sanación, centros de rehabilitación y albergues para niños cuyos padres querían abortarlos. De esta manera y de muchas otras iniciativas la Iglesia trabaja incansablemente en favor de lo más grande que ha salido de las manos de Dios, la vida humana.

Cuando dos personas se entregan mutuamente y, juntas, dan vida a los hijos, también está afectado lo sagrado, el misterio del ser humano, que trasciende mi propia autodeterminación. Sencillamente, yo no me pertenezco sólo a mí mismo. Cada persona alberga el misterio divino. Por eso la convivencia de hombre y mujer también se adentra en lo religioso, en lo sagrado, en la responsabilidad ante Dios. La responsabilidad ante Dios es necesaria, y ésta hunde precisamente en el sacramento sus raíces más auténticas y profundas³⁸².

En conclusión, lo que se ha producido es un olvido del fin último del hombre, es decir, de su salvación, de la posibilidad de la vida eterna. A lo que nuestro teólogo llama 'desteleologización de la naturaleza humana' desligando al hombre de su fin, de la relación con Dios y perdiendo su consideración como 'imagen Dei' que es la base de su dignidad humana³⁸³. De este modo, el hombre ve amenazada su propia

³⁷⁸ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 45.

³⁷⁹ A. MARTÍNEZ-CARBONELL LÓPEZ, «Argumentos Bioéticos en el pensamiento de Joseph Ratzinger», 225.

³⁸⁰ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 260.

³⁸¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 404.

³⁸² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 402-403.

³⁸³ Cf. A. MARTÍNEZ-CARBONELL LÓPEZ, «Argumentos Bioéticos en el pensamiento de Joseph Ratzinger», 223-224.

existencia y dignidad ante aquellos que la controlan con leyes inhumanas y diabólicas. Lo más grave es que los que deberían cuidarnos ante los peligros se convierten en nuestros propios enemigos. Esto sucede a diario con los padres que no quieren a sus hijos y los abortan, con los gobernantes que quieren más riqueza y obligan a las mujeres a abortar, con los médicos y laboratoristas que se lucran con la vida de los que no tiene voz. Vivimos en una era salvaje donde los más fuertes matan a los débiles para seguir cuidando su estatus en la sociedad. De esta manera, se dan una serie de abusos contra los niños por nacer; p. e., la manipulación y eliminación de embriones, el aborto y otras violaciones contra la vida humana.

5. El valor del cuerpo

La sexualidad y el valor del cuerpo, tal como lo entiende la Iglesia, son temas de enorme actualidad. En primer lugar, advertimos que hay una crisis de verdad en torno al valor del cuerpo; ya sea porque se llega a un desprecio del mismo o a una sobrevaloración. Como sabemos todos los extremos son peligrosos; por eso, intentaremos presentar una postura intermedia.

El cuerpo humano ha sido creado por Dios para la resurrección y no para su destrucción o para constituirlo en divinidad. Por eso, podemos ver que el desprecio del cuerpo llega incluso al masoquismo. Ciertamente no es muy común a todas luces, pero sí se da a escondidas. Desde el punto de vista espiritual pueden darse abusos de mortificación corporal mediante ayunos, azotes, incisiones o cualquier otro tipo de tortura física con la finalidad de liberar al espíritu atrapado en el cuerpo. Esto, p. e., estaría respondiendo a una mentalidad dualista-platónica. Por otro lado, hay quienes dan culto al propio cuerpo y consideran que lo estético es más importante que lo espiritual. Estos tales viven de la apariencia y no de la realidad. Invierten en su cuerpo tiempo, fortuna e incluso ponen en riesgo su propia vida. De esta manera, se genera un tipo de mentalidad egocéntrica que busca que la realidad gire en torno a sí. En estos casos se advierten patologías que pueden llegar a casos de problemas psiquiátricos, porque ven que con el paso del tiempo no logran conseguir su objetivo y pueden adquirir cuadros depresivos y cardíacos.

El cuerpo aparece más bien como un instrumento al servicio de un proyecto de bienestar, elaborado y perseguido por la razón técnica, que calcula cómo va a sacar el mayor provecho. De este modo, la sexualidad misma es despersonalizada e instrumentalizada. Aparece como una simple ocasión de placer y no como la realización del don de sí ni como la expresión de un amor que, en la medida en que es verdadero, acoge íntegramente al otro y se abre a la riqueza de la vida [...] Se separan los dos significados, unitivo y procreador, del acto sexual³⁸⁴.

³⁸⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 46.

6. La homosexualidad

Una falsa concepción del cuerpo lleva a entender que éste puede ser manipulado a antojo con el fin de cambiar su estructura biológica y sus funciones vitales y genitales. Este fenómeno es favorecido por la ideología de género, que llega incluso a equiparar las relaciones homosexuales al matrimonio entre un varón y una mujer.

Si se separan por principio sexualidad y fecundidad tal como sucede por la utilización de la pildora, la sexualidad se vuelve discrecional [...] A esta concepción que considera la fecundidad como algo diferente, incluso con la posibilidad de que los niños sean producidos de forma racional y no se los vea ya como un regalo natural, siguió muy rápidamente la equiparación del valor de la homosexualidad³⁸⁵.

En consecuencia, lo que podemos ver es que los argumentos que se proponen en contra de la identidad sexual parten de una concepción ideológica, que separa de raíz el tema de la complementariedad y la procreación en las relaciones sexuales genitales; reduciéndolas de esta manera al puro placer y goce egoísta del individuo. Y, además, se produce una aberración contra la institución de la familia constituida por un varón y una mujer de los cuales vienen los hijos por vía natural.

Cuando, en un matrimonio, en una familia, ya no cuenta que sean hombre y mujer, sino que se equipara la igualdad de sexo a esa relación, se está vulnerando el tipo fundamental de la construcción de la persona. De este modo una sociedad se enfrentará a la larga a grandes problemas. Si escuchamos la palabra de Dios debemos dejarnos regalar sobre todo la iluminación de que la convivencia de hombre, mujer e hijos es algo santo³⁸⁶.

En definitiva, hay que admitir que ningún comportamiento sexual contrario al de un varón y una mujer puede llevar a una sana relación con el otro como donación total de sí y cuyo fin no es sólo la realización mutua de los conyugues, sino también la generación de la prole. Todo esto se ve negado de manera radical en las conductas homosexuales, convirtiéndose en una situación patológica a la que la Iglesia no hace caso omiso, sino que está dedicando todos sus esfuerzos con la intención de ayudar a la recuperación de los que padecen este mal. Por eso, ofrece terapias de sanación y acompañamiento espiritual para reincorporarles a la vida sacramental y familiar tal como Dios lo ha querido. Ratzinger, en este sentido, dice que hay que sostener esto aun cuando no le guste a la época en la que vivimos.

Se trata de la verdad interior de lo que significa la sexualidad en la estructura de la condición humana. Si alguien tiene inclinaciones homosexuales profundamente arraigadas -no se sabe hasta ahora si son realmente innatas o si surgen en la temprana infancia-, y en cualquier caso si ellas tienen poder en esa persona, tales inclinaciones son para ella una gran prueba, del mismo modo como otras pruebas pueden pesar sobre un ser humano. Pero eso no significa que, por eso, la homosexualidad sea

³⁸⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 70.

³⁸⁶ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 403.

correcta, sino que sigue siendo algo que está contra la esencia de lo que Dios ha querido originalmente³⁸⁷.

7. La ideología de género y la conciencia humana

La ideología de género atenta fundamentalmente contra la recta conciencia del ser humano, y le hace creer que es verdad lo que incluso se opone a su naturaleza. En este sentido, Ratzinger nos ayuda a comprender cuál es la relación entre la conciencia y la verdad.

Está fuera de discusión que se debe seguir siempre un claro dictamen de la conciencia, o por lo menos que no se puede nunca ir en contra de él. Pero es una cuestión enteramente diversa si el juicio de la conciencia o lo que uno toma por tal tiene siempre la razón, es decir, si es infalible³⁸⁸. Si así fuera, ello significaría que no existe ninguna verdad, al menos en materia de moral y de religión, o sea, en el ámbito de los fundamentos verdaderos y propios de nuestra existencia. Puesto que los juicios de conciencia se contradicen, no habría más que una verdad del sujeto, que se reduciría a su sinceridad³⁸⁹.

Para nuestro teólogo conciencia y verdad no se oponen, sino todo lo contrario. La conciencia no es la mera expresión de la subjetividad, no es primariamente el órgano de la autenticidad personal, sino el lugar de encuentro personal de cada uno con la verdad ³⁹⁰. Es decir, la conciencia es la presencia clara e imperiosa de la voz de la verdad en el sujeto. La conciencia es la anulación de la mera subjetividad, porque es el lugar de encuentro entre la intimidad del hombre y la verdad de Dios³⁹¹; pero también del encuentro de los hombres entre sí. «La conciencia es la capacidad de abrirse a la llamada de la verdad objetiva, universal e igual para todos, y que todos pueden y deben buscar»³⁹². En consecuencia, hay que decir con Ratzinger que, la reducción de la conciencia a la certeza subjetiva significa al mismo tiempo la renuncia a la verdad³⁹³.

La recta conciencia no negocia con las propuestas falsas de las ideologías que están de turno, como es el caso de la ideología de género que está destruyendo la conciencia moral de los individuos de hoy. Por eso, decía nuestro teólogo, un hombre de conciencia es el que no compra tolerancia, bienestar, éxito, reputación y aprobación públicas renunciando a la verdad³⁹⁴; tal como lo vemos en muchos hombres de

³⁸⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, 72-73.

³⁸⁸ «Por otra parte, bajo el término conciencia no se entiende ya la conciencia como una ciencia más elevada, sino como la autodeterminación individual que nadie puede reglamentar, mediante la cual el individuo decide por sí mismo lo que para él es moral en una situación determinada» (J. RATZINGER, «Dificultades ante la fe en la Europa de hoy», *COMMUNIO*, 106).

³⁸⁹ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 79.

³⁹⁰ Cf. J. RATZINGER, *Verdad, valor, poder*, 48.

³⁹¹ Cf. J. RATZINGER, *Verdad, valor, poder*, 59.

³⁹² J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Elogio de la Conciencia*, 45.

³⁹³ Cf. J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 84.

³⁹⁴ Cf. J. RATZINGER, *Verdad, Valor, poder*, 60.

nuestro tiempo que, en un momento determinado de su vida se mostraban a favor de la vida y del matrimonio heterosexual y que, en otro momento, se manifiestan en contra, admitiendo las propuestas absurdas de la ideología de género.

Si nos detenemos en las enseñanzas de Pablo nos daremos cuenta de que los hombres guiados por la luz natural de la razón pueden llegar a conocer y cumplir la ley divina (cf. Rm 2,1-16), que conduce a la formación de la conciencia recta y al conocimiento de la verdad. «En el hombre existe la presencia irrecusable de la verdad, de la verdad del Creador, que se ofrece también por escrito en la revelación de la Historia Sagrada. El hombre puede ver la verdad de Dios en el fondo de su ser creatural»³⁹⁵. En consecuencia, si el hombre no quiere ver la verdad, él mismo se ve privado de la luz y se queda en la oscuridad de su conciencia herida, tal como sucedió con algunos interlocutores de San Pablo y sucede con los hombres de nuestro tiempo. La conciencia llega a ser plenamente ella y a ser libre cuando está inundada de verdad.

«El yugo de la verdad resulta 'ligero' (Mt 11,30) cuando la Verdad ha venido, nos ha amado y ha quemado nuestras culpas en su amor. Sólo cuando conocemos y experimentamos interiormente todo esto, somos libres para escuchar con alegría y sin ansiedad el mensaje de la conciencia»³⁹⁶.

8. La ecología al servicio de la verdad

Ratzinger nos ha legado una doctrina muy rica en torno al tema de la ecología. Dando respuesta a las posturas tendenciosas de una cierta teología ecologista. Por eso, la Iglesia considera a la creación como un verdadero proyecto de amor y de verdad. La creación nos precede y nos ha sido dada como un ámbito de vida. La creación, en definitiva, nos habla del Creador³⁹⁷ y de su amor por la humanidad³⁹⁸. Todo esto, frente a un ecologismo desmesurado, «hija de la ideología de género», que ha pretendido convertir a la creación casi en una divinidad; hemos de estar seguros de que todo cuanto existe en el universo es obra de Dios y que todo ha sido creado para el bien del hombre.

El jardín simboliza la creación incólume y la existencia segura. Allí la creación no es destruida o mal utilizada, sino cuidada y preservada. Esta imagen representa en conjunto la amplitud, la alegría y la seguridad de la creación. Dice que Dios nos pensó para vivir en íntima armonía con la creación y para disfrutar de esa seguridad que proporciona el estar con Él. En este sentido, recoge realmente ambas determinaciones, ser guardián de la creación y estar al mismo tiempo en comunicación directa con Dios para compartir con Él la creación³⁹⁹.

³⁹⁵ J. RATZINGER, *Verdad, valor, poder*, 53.

³⁹⁶ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 94.

³⁹⁷ Cf. *Caritas in veritate* 48; cf. Rm 1,20.

³⁹⁸ Cf. G. SÁNCHEZ ROJAS, «La enseñanza de Benedicto XVI y la hermenéutica de la reforma. Una aproximación», 315.

³⁹⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 73.

En consecuencia, toda la obra de la creación está llamada a su plena perfección. Por eso, Ratzinger afirma que la redención objetiva de Cristo alcanza a toda la creación. «El hombre está íntimamente unido con la creación que no puede haber para él salvación que no sea también y a la vez salvación de la creación»⁴⁰⁰; ya que lo que contemplamos en el mundo es una realidad necesitada de redención, porque el pecado sigue causando desorden y desastres en la naturaleza. Por esta razón, la teología ratzingeriana nos advierte que la creación está sometida a la vanidad, a la esclavitud y, por tanto, ya no se encuentra en su verdad; ésta gime y espera al hombre verdadero que le devuelva a su realidad primera⁴⁰¹, donde la materia, que forma parte de nuestro ser, será redimida.

Una idea fundamental en el pensamiento bioético de Joseph Ratzinger es que al aumentar la capacidad del hombre por manipular la materia, se ha trastocado también la relación del hombre con la naturaleza que es vista en clave de transformación. Así, ya no es capaz de leer ni escuchar el mandato de la creación que nos habla de una sabiduría originaria⁴⁰².

Ratzinger considera que «la fe en Dios creador es el núcleo del catolicismo»⁴⁰³. Desde esta óptica abordamos el tema de la ecología, con toda seguridad. El verdadero y más profundo fin de la creación y, a su vez, del ser humano consiste en el hacerse una sola cosa con Él, donde Dios sigue siendo Dios y la creación criatura: «Dios todo en todos»⁴⁰⁴. Entonces, podemos decir que la obra de la creación responde a la promesa de la Alianza hecha por Dios con la humanidad. Por eso, «la meta de la creación es la Alianza, historia de amor entre Dios y el hombre»⁴⁰⁵.

Cuando Dios creó el mundo pensó en proporcionar un espacio a la alianza con la que Dios entraría en contacto con el hombre para redimirlo en virtud del Verbo encarnado: «En el principio existía la Palabra»⁴⁰⁶. De esta manera, se nos está diciendo que Dios, sin principio, está en el origen de todo y que, por tanto, «el mundo es, permítame la expresión, la materialización de la idea y del pensamiento primigenio que Dios llevaba dentro de sí y que se convierte en un espacio histórico entre Dios y su criatura»⁴⁰⁷.

En conclusión, una verdadera visión de la creación nos lleva a cuidarla y a saber utilizarla en bien de los hombres, para mayor gloria de Dios. La creación, por tanto, no es un absoluto, sino una criatura perfeccionable, porque está herida por el pecado. De esta manera, queda superada cualquier pretensión de culto a los elementos de la

⁴⁰⁰ J. RATZINGER, «Sobre la esperanza», *COMMUNIO*, 66.

⁴⁰¹ Cf. J. RATZINGER, «Sobre la esperanza», *COMMUNIO*, 67.

⁴⁰² A. MARTÍNEZ-CARBONELL LÓPEZ, «Argumentos Bioéticos en el pensamiento de Joseph Ratzinger», 223.

⁴⁰³ J. RATZINGER, *La sal de la Tierra*, 21.

⁴⁰⁴ Cf. RATZINGER, «La Eucaristía como génesis de la misión», *COMMUNIO*, 245.

⁴⁰⁵ J. RATZINGER, *El Espíritu de la Liturgia: Una introducción*, Traducción de Raquel Canas, Cristiandad, Madrid 2007, 46.

⁴⁰⁶ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 106.

⁴⁰⁷ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 107.

naturaleza y, más bien, se convierten en camino de redención, porque podemos descubrir la mano creadora de Dios y su singular predilección por el hombre.

9. La ideología de género y la política

Por último, podemos decir que la ideología de género se ha convertido en el principal punto de referencia en la coyuntura política actual, sobre todo en los países así denominados democráticos. Nuestro país no es la excepción, porque actualmente están en agenda de muchos partidos políticos, entre ellos Congresistas y Ministros de Estado, proyectos de ley sobre el matrimonio igualitario, el aborto terapéutico y métodos de control de la natalidad. Sin caer en la cuenta del grave daño que se está causando a la persona humana y a su dignidad inalienable como indica nuestra Constitución Política.

En la actualidad, el respeto a la libertad del individuo parece consistir esencialmente en que el Estado no decida el problema de la verdad. La verdad, también la verdad sobre el bien, no parece algo que se pueda conocer comunitariamente. Es dudosa. El intento de imponer a todos lo que parece verdad a una parte de los ciudadanos se considera avasallamiento de la conciencia. El concepto de verdad es arrinconado en la región de la intolerancia y de lo antidemocrático. La verdad no es un bien público, sino un bien exclusivamente privado, es decir, de ciertos grupos, no de todos. Dicho de otro modo: el concepto moderno de democracia parece estar indisolublemente unido con el relativismo, que se presenta como la verdadera garantía de la libertad, especialmente de la libertad esencial: la religiosa y de conciencia⁴⁰⁸.

En fin, muchos países como el nuestro, no gozan de una auténtica soberanía, autonomía y libertad al momento de legislar en favor de la dignidad de la persona humana y de su realización como tal, teniendo en cuenta los principios de la ley natural. Todo lo contrario, están siendo continuamente presionados y hasta obligados por la ONU y otros organismos internacionales a crear leyes que van contra la vida, la familia, el mundo y Dios, con tal de poder seguir recibiendo ayudas y beneficios internacionales. De esta manera, los gobernantes ya no legislan para el pueblo que los eligió, sino para los intereses de éstas organizaciones que representan más al mercado de consumo que a la comunidad humana. No obstante, la Iglesia está llamada a anunciar la verdad del hombre, del mundo y de Dios a nuestros gobernantes, para que cumplan bien su deber.

⁴⁰⁸ J. RATZINGER, *Verdad, valor, Poder*, 84.

CAPÍTULO III

LA VERDAD SOBRE LA IGLESIA

La verdad sobre la Iglesia busca disipar algunas dudas que se tejen sobre Ella. Por eso, haremos una breve aproximación a la realidad, para descubrir qué se sabe o qué se piensa sobre la Iglesia. P. e., para unos es una institución obsoleta que debería desaparecer; para otros, una institución todavía útil porque realiza obras sociales; y, para otros, una institución sólo espiritual que me puede ayudar a alcanzar la salvación en Cristo, único mediador. Por esta razón, encontramos un sin número de grupos cristianos que se autodenominan ‘iglesia de Cristo’.

También encontramos frases tales como: ‘Para mí lo que importa es Cristo, más no la Iglesia’; ‘yo no necesito de la Iglesia para encontrarme con Dios’; ‘Dios está en todas partes y eso me basta’. Por tanto, ¿cuál es la Iglesia que quiso y fundó Cristo? Para Ratzinger Cristo es el origen de la fe⁴⁰⁹ y el que crea intencionadamente la Iglesia católica⁴¹⁰. Como señala Blanco: «La Iglesia constituye otro de los focos de la reflexión teológica de Ratzinger, así como uno de los núcleos de su pensamiento. Se trata lógicamente de un elemento concéntrico, alrededor del gran núcleo central que es Cristo»⁴¹¹.

1. ¿Qué es la Iglesia?

La Iglesia sólo puede ser comprendida en su esencia desde el acontecimiento Cristo y desde el testimonio de fe apostólica. Por tanto, su origen no se debe a una revelación privada hecha en cualquier momento de la historia, ni tampoco a una decisión humana por consenso, sino que responde a la voluntad de Dios manifestada en Jesucristo, que quiso fuera una comunidad humana viva, que actuara en el mundo con su autoridad. Además, quiso que esta comunidad esté gobernada por unos hombres elegidos por Él mismo, cuya sucesión estaría garantizada en el tiempo hasta que él vuelva, tal como nos

⁴⁰⁹ «Benedicto hizo notar que la fe no es un evento exclusivamente personal. Al contrario requiere de la comunidad fundada por Cristo» (C. ROSELL DE ALMEIDA, «Benedicto XVI, el Papa de la fe», 10).

⁴¹⁰ Cf. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 19.

⁴¹¹ P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 280.

enseñaba la Iglesia en el Concilio Vaticano I⁴¹². En este sentido, nuestro Señor no pensó en una institución anárquica, sino jerárquica cuya cabeza es Él mismo.

Ekklesia significa 'llamar', 'la llamada'. La palabra, en su significado técnico, quiere decir 'asamblea', que en el ámbito griego se refería a la asamblea del pueblo de las democracias de entonces. Pero en el uso idiomático cristiano se interpreta según la asamblea del Sinaí, la asamblea del pueblo de Israel. En ese sentido significa 'los convocados por Dios', aquellos que están reunidos con Él, los que pertenecen a Dios y saben que Él está entre ellos⁴¹³.

Nuestro Señor, por tanto, ¿tuvo la intención de fundar una Iglesia?

Muchos dicen que no, que sólo quería el reino de Dios, o cualquier otra cosa, pero desde luego la Iglesia, no. Sin embargo, esto supone ciertamente olvidar, no sólo la pertenencia de Jesús a la historia de la salvación del pueblo judío, sino también su propósito de renovar dicho pueblo, de renovar incluso la historia de la salvación en su conjunto [...] creando así la Iglesia⁴¹⁴.

La Iglesia está llamada a permanecer fiel a su Señor, como cuerpo suyo, en continua vigilancia para no negociar ni poner en tela de juicio su identidad. La Iglesia será más servidora de la verdad cuanto más sea Ella misma. Por eso, «la Iglesia como sujeto en sentido propio está presente y se conserva precisamente en ese sujeto. Y sólo se explica porque Él nos da aquello de lo que los seres humanos carecemos»⁴¹⁵. En definitiva, advierte Rosell que, dejar de lado a la Iglesia lleva a dejar de lado al verdadero Jesús⁴¹⁶, su único fundador, pastor y cabeza.

Otra objeción es que Jesús nunca quiso fundar una Iglesia tal como aparece en la católica. Aquí vemos sobre todo la opinión teológica de «la exégesis liberal, que, de acuerdo con la visión liberal del mundo, ve en Jesús al gran individualista, que libra a la religión de las instituciones culturales, reduciéndola a pura ética, la cual, a su vez, se funda enteramente en la responsabilidad de la conciencia individual»⁴¹⁷.

Este tipo de pensamiento ha causado mucho daño a la Iglesia, porque se ha llegado a rechazar la importancia de todo acto de culto y, por ende, de toda liturgia; reduciendo, de esta manera, la religión en moral y en experiencia privada del individuo. Este tipo de exégesis cree que Jesucristo fue un enemigo del culto y que, por tanto, nunca habría pensado en fundar una institución para el culto. Por eso, dentro de la Iglesia han surgido detractores del culto y se han dedicado a destruir el culto sin darse cuenta que estaban destruyendo a la Iglesia. Como consecuencia, se abandonaron las celebraciones eucarísticas, las celebraciones de los demás sacramentos, las devociones populares y la vida de piedad, dedicándose exclusivamente a obras de carácter social.

⁴¹² Cf. Dz 1821.

⁴¹³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 55.

⁴¹⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 327.

⁴¹⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 57.

⁴¹⁶ C. ROSELL DE ALMEIDA, «Benedicto XVI, el Papa de la fe», 10.

⁴¹⁷ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 7.

2. Las notas de la Iglesia

2.1 *La Iglesia es santa*

La verdadera Iglesia de Cristo es santa⁴¹⁸, ya que Cristo, el Hijo de Dios, Él solo es santo⁴¹⁹ y se entregó por ella para santificarla (cf. Ef 5,25-16). Ciertamente, esta definición no se puede aplicar, radicalmente, a cada cristiano de manera subjetiva, porque todos los bautizados seguimos siendo pecadores, aunque llamados a la santidad. En este sentido, hay que decir que la vocación del cristiano es la santidad; ya que hay una llamada incesante de nuestro Señor a la conversión.

El Símbolo no llama a la Iglesia 'santa' porque todos y cada uno de sus miembros sean santos, es decir, personas inmaculadas. Este es un sueño que ha renacido en todos los siglos, pero que no tiene lugar alguno en el Símbolo; expresa el anhelo perpetuo del hombre porque se le dé un cielo nuevo y una tierra nueva, inaccesibles en este mundo. En realidad, las más duras críticas a la Iglesia de nuestro tiempo nacen veladamente de este sueño; muchos se ven defraudados, golpean fuertemente la puerta de la casa y tildan a la Iglesia de mentirosa [...] La santidad de la Iglesia consiste en el poder por el que Dios obra la santidad en ella, dentro de la pecaminosidad humana⁴²⁰.

En definitiva, la Iglesia es santa por voluntad de su Creador y es sostenida en la santidad ante un mundo que vive hundido en el pecado. La Iglesia se convierte en luz en medio de la oscuridad del error y de la mentira. La Iglesia no es santa y pecadora, sino sólo santa. Por eso, cada miembro es más Iglesia cuanto más santo es, de lo contrario deja de ser Iglesia. Por esta razón, la Iglesia nos enseña que hay pecados por los que podemos quedar plenamente excluidos de su comunión, como p. e., tenemos el aborto provocado de manera libre y consciente.

2.2 *La unidad de la Iglesia*

Lo primero que hay que afirmar es que la verdad de la Iglesia se manifiesta en su unidad que brota del misterio de Dios Uno y Trino, como nos refiere Ratzinger, siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II⁴²¹, hace ver que la Iglesia servidora de la verdad debe presentar su propia y auténtica unidad, identidad y misión, en fidelidad

⁴¹⁸ Cf. LG 8.

⁴¹⁹ Cf. LG 39-42.

⁴²⁰ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 216.

⁴²¹ «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal [...] Las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales, consigan también la unidad completa en Cristo» (LG 1).

al encargo que le ha hecho su Señor, a un mundo que la ignora y hasta la rechaza.

Hay que reconocer que las heridas contra la unidad de la Iglesia son muchas y muy hondas, y algunas llevan siglos sin sanar. Estas heridas las podemos considerar llagas de Cristo que siguen sangrando por amor a los hombres, esperando que ellos pronto puedan volver a la unidad de la Iglesia. Pero, hay que admitir que estas heridas no son sólo del pasado, sino también del presente, y se manifiestan en la negación de la infalibilidad, en la negación de los dogmas de fe y en el pensamiento relativista que cree que la Iglesia no es necesaria para la salvación. Al mismo tiempo, encontramos dos tendencias una que subraya en extremo la unidad de la doctrina católica que choca con algunas tendencias,

cada vez más difundidas en la época postconciliar, que ponen en tela de juicio tanto la unidad y la infalibilidad de la Iglesia en materia de fe y moral, como la inmutabilidad de las fórmulas dogmáticas. El otro punto de vista está expresado por teólogos y otras personas que acogieron con satisfacción la afirmación del Vaticano II sobre la libertad de conciencia y la necesidad de presentar la doctrina cristiana de manera idónea al hombre contemporáneo, pero dando por supuesto que esto sólo se puede conseguir adaptando la enseñanza doctrinal a las categorías propias de la cultura moderna. En consecuencia, toda intervención de la autoridad eclesiástica que pretenda la adhesión a la doctrina tal y como ha sido definida y constantemente repetida por el magisterio, es interpretada como expresión de una mentalidad autoritaria y conservadora, incapaz de abrirse a lo nuevo⁴²².

Como podemos ver la unidad de la Iglesia se ve muy amenazada en estos tiempos, no sólo por los detractores que encontramos fuera, sino también por aquellos que, estando dentro de la Iglesia, no piensan como Ella. En este sentido, p. e., encontramos a cristianos que polemizan con las enseñanzas del Santo Padre o con otras enseñanzas del Magisterio, proponiendo las suyas como verdaderas.

En el mundo neoliberal de Occidente se afirmó en formas nuevas una variante de la antigua teología liberal: la interpretación escatológica del mensaje de Jesús. Es verdad que no se concibió ya a Jesús como un puro moralista, pero su figura sigue siendo la de un antagonista del culto y de las instituciones históricas del Antiguo Testamento. Se volvía así al viejo esquema que reduce el Antiguo Testamento a sacerdote y profeta, a culto, instituciones y derecho por una parte, y profecía, carisma y libertad creadora por otra. En esta óptica, sacerdote, culto, institución y derecho aparecen como algo negativo, que es preciso superar, mientras que Jesús se colocaría en la línea de los profetas, a la que pone término, frente al sacerdocio visto como responsable de la muerte de Jesús y de los profetas. Con ello se desarrolla una nueva variante del individualismo liberal: Jesús proclama el fin de las instituciones [...] Pero este nuevo tipo de impostación

⁴²² J. RATZINGER, «Introducción». J.J. ESPINOSA (Dir.), *El misterio de la Iglesia y la Iglesia como comunión*, Traducción de Pedro Antonio Urbina, 3ª Ed., Palabra, Madrid 1995, 22-23.

liberal podía muy fácilmente transformarse en una interpretación bíblica de orientación marxista⁴²³.

Los carismas y dones que suscita el Espíritu Santo en la Iglesia son para la unidad y para la mutua ayuda y complementariedad. Sin embargo, muchas veces los hombres se olvidan de este origen y finalidad y lo convierten en una empresa personal para luchar contra la unidad de la Iglesia. Por eso, «los partidos y contiendas han dividido la túnica del Señor, han dividido la Iglesia en muchas iglesias que pretenden ser, más o menos intencionalmente, la única Iglesia verdadera»⁴²⁴. Ante estas heridas contra la unidad el Señor nos ofrece su amor y perdón.

Entonces, «La Iglesia sólo puede surgir allí donde el hombre llega a su verdad, y esta verdad consiste justamente en que tiene necesidad de la gracia»⁴²⁵. Por tanto, todo acto de destrucción de la unidad brota del orgullo y soberbia de los bautizados que dejan de ser luz y se convierten en tinieblas, para los hombres a los cuales infectan con sus ideas e infidelidades. En consecuencia, el camino de vuelta sólo se podrá dar desde el reconocimiento no sólo de los propios errores, sino también de los propios pecados que necesitan ser perdonados por el poder de Dios.

En este sentido, Ratzinger entiende que hay un trabajo urgente en pro de la comunión que se ha roto por el pecado, porque Dios quiere salvar al hombre no individualmente, sino en comunidad, constituyéndoles en pueblo⁴²⁶. «Ella es comunión de la palabra y del cuerpo de Cristo, y por tanto comunión recíproca entre los hombres, quienes, en virtud de esta comunión que los lleva desde arriba y desde dentro a unirse, se convierten en un solo pueblo; es más, en un solo cuerpo»⁴²⁷. De hecho, la Iglesia es comunión, comunión con todo el cuerpo de Cristo, es decir, con todos sus miembros⁴²⁸. Por eso, en la Eucaristía los cristianos no sólo comulgan con Cristo, sino también con toda la Iglesia y con cada uno de sus miembros. Por la comunión sacramental, por tanto, se acrecienta la comunión entre los miembros de la comunidad de fe.

Partiendo de la carta a los Efesios, podemos entender que los cristianos están llamados a creer en un solo Señor, a tener una sola fe, a recibir un solo bautismo, y a tener un solo Dios Padre de todos (cf. 4,5s). Por tanto, en esta empresa están involucrados los pastores de la Iglesia: «las estructuras están al servicio de este contenido. Hemos dicho: la pertenencia a la comunión en cuanto pertenencia a la Iglesia es por su naturaleza universal»⁴²⁹.

⁴²³ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 9.

⁴²⁴ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 215.

⁴²⁵ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 32.

⁴²⁶ Cf. LG 9.

⁴²⁷ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 38.

⁴²⁸ Cf. J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 38.

⁴²⁹ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 44.

Como podemos ver, las divisiones son un mal que hiere a la Iglesia. Por eso, debemos trabajar por erradicar toda división de nuestro corazón y de la comunidad cristiana. Como afirma Ratzinger, la Iglesia «ante el mal en el mundo, debe proclamar la medicina del Evangelio»⁴³⁰. Además, se nos dice que el remedio consiste en confesar que ‘Jesús es el Señor’⁴³¹. Por eso, la Iglesia, servidora de la verdad, busca con mucho empeño la unidad de todos los cristianos, sabiendo que esa es la voluntad de Dios; la cual no consiste en aspirar a realizar una serie de anexiones, sino de esperar que el Señor despierte la fe por doquier para que ésta confluya y desemboque en una sola Iglesia⁴³², que a lo largo de la historia no ha sido otra sino la Iglesia católica. Sin embargo, la Iglesia tiene que ser consciente de que necesitará siempre la guía e instrucción de su Señor a través de sus pastores legítimos.

En conclusión, el trabajar por la unidad de la Iglesia no siempre va a ser un camino fácil, porque nos tocará luchar con el principal enemigo de la unidad que es Satanás. Quien ha causado muchos sufrimientos a nuestro teólogo, pero que nunca ha dejado de luchar:

Diversas posiciones controvertidas han tomado forma dentro de la Iglesia católica [...] Desde ese momento en adelante, cada uno de los temas disputados -celibato, aborto, el dogma de la infalibilidad, homosexualidad, contracepción- proporcionan munición para atacar al guardián de la fe⁴³³.

2.3 La apostolicidad de la Iglesia

Esta nota de la Iglesia muchas veces es olvidada por aquellos que pretenden negar la existencia apostólica de Iglesia católica. Algunos teólogos consideran que la apostolicidad simplemente fue un carisma del que gozan todos los cristianos gracias a la recepción del sacramento del bautismo, más no constituye un ministerio vinculado de manera necesaria con el Sacramento del Orden. La Iglesia, por tanto, es Apostólica, porque hunde sus raíces en los Apóstoles⁴³⁴ y porque permanece en el cimiento apostólico de sus sucesores.

Apostólica significa vinculación transversal de la Iglesia a través de los tiempos. En primer lugar está unida al origen histórico en los once hombres que escogió Jesús (pues quedaron once, más Matías, que fue elegido a suerte). No es una mitología, una ideología inventada, sino que está realmente anclada en el Jesucristo histórico y puede levantarse una y otra vez desde este origen apostólico. Al mismo tiempo, esto no expresa únicamente fidelidad al testimonio, a la fe de los Apóstoles, sino también el elemento sacramental. Por lo tanto, es imposible imaginar la Iglesia sin una firme unión al origen, sin una constante continuidad con él. El sacramento de las órdenes sacerdotales manifiesta esa vinculación a lo que no hemos

⁴³⁰ P. SEEWALD, *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, 74.

⁴³¹ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Espíritu Santo en Pentecostés*, 15.

⁴³² Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 427-428.

⁴³³ P. SEEWALD, *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, 77-78.

⁴³⁴ Cf. LG III.

inventado y remite al mismo tiempo al Espíritu Santo como garante de la continuidad⁴³⁵.

En la apostolicidad de la Iglesia encontramos su compromiso de servir a la verdad, que se ha dado de manera ininterrumpida a lo largo de la histórica. Ella ha comunicado a todos los hombres la verdad sobre Jesucristo⁴³⁶. En definitiva, no existe verdadera Iglesia si ésta no guarda relación con los Apóstoles, porque de allí brota también el auténtico pastoreo de la Iglesia. Sin apostolicidad ni hay Iglesia ni hay verdaderos pastores. Éstos, por su parte, sin dejarse amedrentar por las persecuciones de toda índole que se han suscitado en cada época, deben cumplir con su misión apostólica.

2.4 La catolicidad de la Iglesia

Veamos, por último, la nota sobre la catolicidad de la Iglesia, cuyo nombre designa lo ‘universal’⁴³⁷, indicando de esta manera que Jesucristo quiso que esta institución fuera para todos los hombres y que, a través de ella, le conocieran y le hicieran amar de todos, para alcanzar el conocimiento de la verdad y la salvación. Ante la realidad restrictiva del judaísmo Jesucristo instituyó la Iglesia con un carácter universal, porque esa era la voluntad del Padre⁴³⁸; cumpliendo, de esta manera, las promesas hechas en el pasado al pueblo de la Alianza, que el reino futuro de Dios sería para todas las naciones.

El vocablo traducido significa: ‘que abarca el conjunto’, implica referencia al todo. Expresa que la Iglesia pertenece a todo el mundo, a todos los tiempos y culturas. Esto es esencial. Porque la Iglesia jamás puede limitarse a ser una Iglesia nacional. Su finalidad es traspasar las fronteras e impedir la existencia de Babilonia. La Iglesia existe para impedir que la confusión de la confrontación domine a la humanidad. Su cometido es conducir a Dios toda la riqueza del ser humano en todas las lenguas, y de ese modo convertirse en la fuerza de reconciliación de la humanidad⁴³⁹.

Por consiguiente, hay que advertir que el modo de pensar católico actualmente no significa lo supratemporal o inmutable, ya que puede experimentar también cambios, profundizaciones y renovaciones con la entrada de nuevos pueblos y la llegada de nuevos tiempos. En este sentido, afirma Ratzinger que la Iglesia siempre ha rechazado cualquier postura excluyente; tal como ha sucedido en el protestantismo (la sola fe, la sola gracia y la sola Escritura)⁴⁴⁰ que considera que la salvación sólo será para sus adeptos. A éstos habrá que decirles que la catolicidad tiene que ver con la unidad. Por eso, aquellos que se han separado de la Iglesia están llamados a volver a la universalidad de la Iglesia.

⁴³⁵ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 332.

⁴³⁶ Cf. LG 17.

⁴³⁷ Cf. LG 13.

⁴³⁸ Cf. LG 2.

⁴³⁹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 332.

⁴⁴⁰ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 33-34.

Esta nota de la Iglesia también lo vemos en la comunión de las Iglesias locales, cuyo nexo fundamental son los Obispos, como ordinarios de su propia jurisdicción eclesiástica. Todas las Iglesias locales se muestran solidarias la una con la otra en la urgencia pastoral. Esta comunión y universalidad lo ve Ratzinger en «el testimonio común de la palabra y en la participación común en la mesa eucarística de todo lugar»⁴⁴¹. Por otro lado se nos dice que, «la palabra ‘católica’ expresa, pues, la estructura episcopal de la Iglesia y la necesidad de la unidad de todos los obispos entre sí»⁴⁴².

Ratzinger considera que «la Iglesia en su historia deberá vigilar siempre para que su centro propiamente espiritual no se vea desplazado por demasiadas estructuras humanas»⁴⁴³. Este peligro, no obstante, estuvo presente en el judaísmo de tiempos de Jesús, donde el cumplimiento de las múltiples leyes de culto y morales hacían difícil el acceso al común de los fieles y, no obstante, para los gentiles era prácticamente imposible no sólo formar parte del pueblo de Dios, sino también cumplir con sus leyes. En este sentido, hay que admitir que las estructuras son importantes pero sin olvidar que son un medio y no un fin. Así lo ha pensado nuestro Señor cuando instituyó el grupo de los Doce. Por eso, la Iglesia garantiza su unión y universalidad en la persona del sucesor de Pedro y en la comunión del colegio episcopal.

En conclusión, podemos decir que Ratzinger ve con mucha claridad la identidad de la Iglesia, manifestada en su unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad. Además, considera que «la apostolicidad y la catolicidad sirven a la unidad, y sin unidad no hay tampoco santidad, ya que sin amor no hay santidad; la santidad, en efecto, se realiza esencialmente en la integración del particular y de los particulares en el amor de conciliación del único cuerpo de Jesucristo»⁴⁴⁴. De hecho, es el amor no sólo de unos con otros, sino sobre todo el amor que procede de Dios uno y trino el que nos conduce a la santidad, a la unidad, a la misión y a abrazar a todos los hombres como hermanos.

3. La sacramentalidad de la Iglesia

Presentamos la sacramentalidad de la Iglesia, considerando los aportes teológicos de Ratzinger a partir de sus estudios agustinianos y de su comprensión de la Constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II⁴⁴⁵.

La Iglesia de Cristo no es un partido, no es una asociación, no es un club: su estructura profunda y sustantiva no es democrática, sino sacramental y, por lo tanto, jerárquica; porque la jerarquía fundada sobre la sucesión

⁴⁴¹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 219.

⁴⁴²Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 219.

⁴⁴³ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 47.

⁴⁴⁴ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 47; cf. ID., «Los movimientos eclesiales y su lugar teológico», *COMMUNIO*, 273.

⁴⁴⁵ Fundamentalmente, hemos de tener en cuenta el capítulo I de la LG que trata sobre el «Misterio de la Iglesia».

apostólica es condición indispensable para alcanzar la fuerza y la realidad del sacramento⁴⁴⁶.

La Iglesia es sacramento universal de salvación para todos los hombres; en ella podemos encontrar no sólo los medios de salvación, sino al mismo Jesucristo que actúa a través de su Santo Espíritu para llevar a los hombres a la casa del Padre. De hecho, su dimensión sacramental lo hace comunidad visible y viva que actúa en la historia comunicando la gracia de Dios a los hombres, que no manifiesten un rechazo radical a la fe cristiana.

La Iglesia misma se entiende como el lugar de un acontecimiento que se realiza en la historia: 'La memoria de la Iglesia, la Iglesia como memoria es el lugar de toda fe. Resiste todos los tiempos, ya sea creciendo o también desfalleciendo, pero siempre como común espacio de la fe'. En este sentido la Iglesia no es una agregación de hombres motivada por el pasado. Pertenece, a su modo, al acontecimiento mismo de la Revelación. Es como está implícito en la expresión paulina 'cuerpo de Cristo', la comunión de los fieles y representa en este mundo la presencia de Cristo⁴⁴⁷.

La Iglesia, por tanto, es Cristo para los hombres, porque es sacramento de Cristo. Es decir, visibilidad de Cristo. De hecho, podemos afirmar que quien ve a la Iglesia ve a Cristo, quien ama a la Iglesia ama a Cristo, quien sirve a la Iglesia sirve a Cristo y quien defiende a la Iglesia defiende a Cristo. Por otro lado, hay que decir que la Iglesia hace visible lo que a los ojos de los hombres permanece invisible. Es decir, Ella acerca a los hombres el cielo que parece tan lejano y tan inalcanzable; Ella es el cielo en figura y en prefiguración. Por eso, los hombres han de experimentar el amor de Dios en el seno de la Iglesia. Es decir, deben sentirse acogidos, amados y valorados como hijos de Dios.

Lo especial de la Iglesia y de su naturaleza: no es ni parte de los órdenes visibles de este mundo, *ni civitas* platónica de mera comunidad de espíritu, sino *sacramentum*, esto es, *sacrum signum*, visible y sin embargo no acabándose en la visibilidad, sino según su completo ser como otra cosa que no es sino una referencia a lo invisible y al camino que allí conduce⁴⁴⁸.

Por últimos, podemos ver que la sacramentalidad de la Iglesia se manifiesta de manera tangible en el septenario sacramental, de manera especial cuando la celebra. Aquí, por tanto, encontramos una distinción esencial con cualquier grupo religioso que se autodenomina 'Iglesia de Cristo'. Por eso, «una Iglesia sin sacramentos sería una organización vacía, y los sacramentos sin Iglesia serían meros ritos sin sentido alguno en el conjunto»⁴⁴⁹.

⁴⁴⁶ J. RATZINGER -V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 21.

⁴⁴⁷ A. SCOLA, «Introducción», RATZINGER, *MI Vida*, 15.

⁴⁴⁸ C. SCHALLER, «La Eclesiología del Concilio Vaticano II en los escritos de Joseph Ratzinger», *SCRIPTA THEOLOGICA* 46 (2014), 6.

⁴⁴⁹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 214.

4. Las categorías de Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo

Las categorías de pueblo de Dios⁴⁵⁰ y cuerpo de Cristo⁴⁵¹, indican, en la Iglesia, los aspectos de peregrinación y de pertenencia a Cristo su cabeza. Estas categorías, ciertamente, son complementarias y no las podemos entender de manera aislada, tal como ha sucedido en el postconcilio, donde algunos o muchos teólogos han llegado a dogmatizar la categoría de pueblo de Dios, para indicar que lo más importante es la dimensión horizontal de la Iglesia que su estructura jerárquica. Pero, lo más grave es que se llegó no sólo a desprestigiar a la autoridad de los pastores de la Iglesia, sino también a rechazarla y a enfrentarla. Esto, no obstante, nos suena a ideología marxista de lucha de clases.

La eclesiología de Ratzinger es en primer lugar una 'eclesiología teológica', que supera toda visión meramente sociológica y horizontal, y procede de la Trinidad a la humanidad. La Iglesia será el pueblo de Dios, como ha recordado y enseñado el Vaticano II; pero no hemos de olvidar el origen divino -en las misiones de Cristo y del Espíritu- de la Iglesia. De esta forma, la Iglesia será sobre todo y en primer lugar el pueblo de Dios. El modelo eclesiológico que propone Ratzinger no es otro que el de la teología de los padres sobre la Iglesia, que tiene a su vez -como es lógico- una firme fundamentación en la Escritura [...] Así, las categorías de pueblo de Dios y cuerpo de Cristo resultan para Ratzinger complementarias⁴⁵².

El pueblo de Dios, es el pueblo sacerdotal que peregrina como cuerpo de Cristo, queriendo alcanzar la meta prometida por su Señor. Pero para alcanzar tal fin necesita necesariamente de la guía de sus pastores legítimos. Los cuales les proporcionarán las provisiones necesarias para el viaje, que muchas veces se torna agreste, lejano y poco gratificante. Este pueblo de Dios tiene a su Señor que lo asiste a través de sus sacramentos y de su Palabra permanente.

5. La Iglesia es infalible

Cuando hablamos de la Iglesia, al servicio de la verdad, nos referimos al don de la infalibilidad que Cristo le ha concedido. Quizá estamos ante el carisma que ha causado más polémica en nuestro mundo moderno; ya que lo inmutable, lo infalible, lo eterno, resultan puras falacias o fabulas llenas de ideales inexistentes, irrealizables o inalcanzables. Por eso, resulta contraproducente que alguien considere que sus enseñanzas son verdades infalibles. El Concilio Vaticano I, en este sentido, dejó bien en claro que dicha infalibilidad estaba ligada al Magisterio del Romano Pontífice⁴⁵³. Sin embargo, la Iglesia fiel a Jesucristo nunca ha dudado de este carisma desde su origen

⁴⁵⁰ Cf. LG II 9-17.

⁴⁵¹ Cf. LG 7.

⁴⁵² P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 280-281; cf. C. SCHALLER, «La Eclesiología del Concilio Vaticano II en los escritos de Joseph Ratzinger», 681.

⁴⁵³ Cf. Dz 1832-1836.

apostólico. Y ha considerado que éste es el modo más auténtico de su servicio a la verdad, que su Señor le ha confiado custodiar y enseñar hasta que acabe este mundo. La Iglesia ejerce este ministerio con mucha humildad sin dejarse seducir por la arrogancia y la soberbia.

Esta doctrina ha de ser comprendida con gran exactitud y sin salirse de sus límites para no abusar de ella ni malinterpretarla. No significa que cada palabra que pronuncien las autoridades eclesiásticas o el Papa sea infalible. Pero sí significa que cuando la Iglesia, en las grandes pugnas espirituales de la historia, tras los rezos y luchas, afirma: 'Ésta es la explicación', trazando con ello una frontera, también se asegura en ese punto que no conduce a las personas al error. Que ella no se convierte en instrumento de destrucción de la palabra de Dios, sino que sigue siendo la madre, el sujeto en el que la palabra vive y se expresa y explica correctamente. Pero esto está, como ya se ha dicho, sujeto a condiciones. Para todos los que tienen responsabilidades en la Iglesia, significa que ellos mismos tienen que someterse con gran responsabilidad a esas condiciones. No pueden imponer a la Iglesia sus propias opiniones como doctrina, sino que tienen que ponerse al servicio de la gran comunidad de la fe y convertirse en oyentes de la palabra de Dios⁴⁵⁴.

En fin, todos los cristianos católicos estamos llamados a aceptar y a obedecer de buen grado todas las verdades enseñadas por la Iglesia de manera infalible, entendiendo que éste es el camino seguro que debemos seguir para no dejarnos desviar por pseudo-doctrinas de fácil divulgación. En este sentido, la Iglesia tiene un trabajo urgente para presentar de manera atractiva su doctrina y procurar, en lo posible, un fácil acceso para sus fieles. Éste podría ser el mejor antídoto contra las falsas doctrinas que se divulgan por doquier.

6. La Iglesia y la política

Este tema nos lleva a recordar cómo se ha dado la relación Iglesia-Estado a lo largo de la historia. Pero sólo haremos mención del momento actual donde goza de independencia frente a los Estados. Ella tiene la obligación de iluminar el mundo de la política, sin confundirse con ningún grupo político⁴⁵⁵. Este aporte a la política no consiste en llevar a cabo un ejercicio activo en la misma, sino en aportar desde la fe y la razón ideas en favor del bien común y en favor de la dignidad de la persona humana. Por eso, Ratzinger considera que la Iglesia al anunciar «el evangelio pone a disposición de la política verdades y valores, pero no da una respuesta concreta a cada uno de los problemas de la política y la economía. Esta 'autonomía de las realidades terrenas', de la que ha hablado el Concilio Vaticano II, es preciso respetarla»⁴⁵⁶.

En el debate actual, en el campo de la política, se piensa que la Iglesia no debe ni siquiera dar su opinión sobre temas de moral y costumbres; ya que se encuentra en un Estado laico donde el poder

⁴⁵⁴ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Dios y el Mundo*, 338-339.

⁴⁵⁵ Cf. GS 76.

⁴⁵⁶ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 51-52.

político de turno es el que determina, a su manera, lo que es el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso. Así se erige como un absoluto, que ya no necesita de ninguna otra instancia, menos aún religiosa, que le diga lo que es el bien y el mal. En este sentido, se están produciendo muchas polémicas entre el Estado y la Iglesia, cuando Ella busca hacerse escuchar. Sin embargo, no por esto la Iglesia debe dejarse amedrentar en su misión sino, todo lo contrario, debe con mayor fuerza luchar por la verdad, el bien y la justicia en favor del hombre y de la creación. Para alcanzar este fin debe seguir formando a los cristianos laicos para que asuman un papel activo y protagónico en la política y puedan legislar conforme a la fe y moral cristianas.

7. Una verdadera reforma

Ratzinger concibe a la Iglesia como una realidad en continua reforma. Aunque advierte que en el postconcilio se han dado dos concepciones distintas de reforma. Una ha causado confusión y la otra, de forma silenciosa, pero cada vez más visible, ha dado y da frutos. Para la hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura, los textos del Concilio y, por ende, la Iglesia del Concilio, no serían aún la verdadera expresión del espíritu del Concilio. Además, consideran que la ‘novedad’ y ‘adecuación de los tiempos modernos’ introducían una oposición entre los documentos del Concilio, la ‘letra’ y un pretendido ‘espíritu’ que es lo que vale y debe buscarse⁴⁵⁷.

Un peligro real es pretender una falsa renovación de la Iglesia según los sueños de cada individuo, en los que se puedan expresar libremente todas las iniciativas humanas sin ningún límite. Forjando, de esta manera una ‘Iglesia mejor’, «una Iglesia de plena humanidad, llena de amor fraterno, de generosa creatividad, una mansión de reconciliación de todo y para todos»⁴⁵⁸; una Iglesia democrática, «donde todos han de convertirse en agentes activos de la vida cristiana. La Iglesia no debe ya bajar de lo alto. ¡No! Somos nosotros quienes ‘hacemos’ la Iglesia, y la hacemos siempre nueva»⁴⁵⁹.

La idea de democracia estaría procurando una Iglesia más activa que nace del consenso y de la voluntad del pueblo, tal como la quiso Jesucristo para este momento histórico. Ciertamente, esta propuesta es muy tentadora, pero no responde al mandato de nuestro Señor que la quiso jerárquica, cuya elección depende de manera absoluta de Él mismo y no de la comunidad cristiana.

«La hermenéutica de la reforma»⁴⁶⁰, tal como la entendió el Vaticano II, es una verdadera *oblatio*: «la Iglesia siempre tendrá necesidad de nuevas estructuras humanas de apoyo para poder hablar y actuar en

⁴⁵⁷ Cf. G. SÁNCHEZ ROJAS, «La enseñanza de Benedicto XVI y la hermenéutica de la reforma. Una aproximación», 302-303.

⁴⁵⁸ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 66.

⁴⁵⁹ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 67.

⁴⁶⁰ G. SÁNCHEZ ROJAS, «La enseñanza de Benedicto XVI y la hermenéutica de la reforma. Una aproximación», 304.

todas las épocas históricas»⁴⁶¹. Por eso, «la primera y fundamental *ablatio*, necesaria para la Iglesia, es siempre el acto mismo de fe; ese acto de fe que rompe las barreras de lo finito, abriendo así el espacio para llegar a lo ilimitado»⁴⁶². Es urgente, por tanto, la renovación en la fe de todos los fieles cristianos.

Negar, por tanto, la obra de la redención realizada por Cristo, lleva a negar a la Iglesia como dispensadora y administradora de esta obra de redención, que es agente de renovación⁴⁶³. Es decir, la Iglesia cumple en el mundo la obra renovadora en el corazón de cada cristiano que se abre a la gracia de Dios.

Ante la opinión de algunos teólogos que dicen que hace falta una iglesia más humana, Ratzinger considera que, «lo que necesitamos no es una Iglesia más humana, sino una Iglesia más divina; sólo entonces será también verdaderamente humana»⁴⁶⁴. Esta afirmación es una gran verdad, porque muchos predicán que la Iglesia ha dejado de ser humana y que se ha quedado en la sacristía de las iglesias o en el mejor de los casos en el púlpito. Sin embargo, el problema está en que los cristianos se han olvidado de Dios.

En conclusión, la renovación de la Iglesia se da en la participación activa del culto litúrgico, sobre todo en la Eucaristía. Por eso, la obra de renovación lo hace Cristo con la colaboración de los cristianos que se abren a la gracia. Así, pues, «pronto se pensó en la Iglesia no simplemente como unidad de la mesa eucarística, sino como comunidad de los que son uno a raíz del banquete eucarístico»⁴⁶⁵.

⁴⁶¹ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 70.

⁴⁶² J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 71.

⁴⁶³ Cf. J.J. SILVESTRE VALOR, *Con la mirada Puesta en Dios*, 77-78.

⁴⁶⁴ J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, 72.

⁴⁶⁵ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 212.

CONCLUSIONES

1. En el pensamiento filosófico griego descubrimos que los hombres han tenido como su más grande preocupación el conocer la verdad y, una vez atisbada su presencia, se han dispuesto a servirla siguiendo muchos caminos de pensamiento.
2. En el mundo bíblico descubrimos a Dios como la Verdad absoluta, que se revela a los hombres de una manera progresiva a lo largo de la historia, hasta que se manifiesta plenamente en la encarnación del Verbo de Dios. También vemos cómo aquellos hombres, elegidos por Dios, se convierten en servidores de la verdad revelada. Aunque experimentarán su propia limitación e infidelidades; pero Dios permanece fiel y sigue apostando por el hombre.
3. La Iglesia desde sus orígenes se manifiesta como servidora de la verdad. Esto lo podemos ver fundamentalmente en la figura de los Apóstoles, columnas de la Iglesia, y en los Obispos como pastores auténticos de la Iglesia.
4. La Iglesia, al servicio de la verdad, realiza un trabajo de profundización en la fe y lo presenta de manera comprensible a todo el mundo, especialmente a los cristianos. Esto, no obstante, sucede desde la época de los Padres hasta nuestros días.
5. La Iglesia nunca ha vivido de espaldas al mundo y a la realidad concreta de los hombres. Por esta razón, ha polemizado muchas veces defendiendo la verdad ante aquellos que se oponen o la tergiversan mediante doctrinas filosóficas o teológicas. De una manera muy clara lo vemos en la época moderna donde surge un desprecio muy grande por la fe.
6. En todos estos puntos que hemos podido señalar, hay que decir que el aporte de Ratzinger, es muy completo y profundo al respecto. Él nos muestra cómo la Iglesia ha sembrado en el corazón de los hombres la verdad y los ha llevado a servirla. En los estudios realizados por Ratzinger descubrimos que hay un celo muy grande no sólo por conocer la verdad, sino, y sobre todo, por servirla.

7. Nuestro teólogo también ha tenido que sufrir las consecuencias de una sociedad que se opone a la verdad. Primero lo podemos ver en el contexto de la Segunda Guerra Mundial con el Nacionalsocialismo y con el Comunismo. Pero, por otro lado, se tiene que enfrentar con el pensamiento relativista, no sólo fuera de la Iglesia, sino también en el interior de la misma, que genera un desenfrenado secularismo en los ambientes de vida religiosa de los fieles laicos y de los consagrados.
8. También podemos ver que Ratzinger se dedicó al servicio de la verdad, no sólo como teólogo, sino como pastor de la Iglesia. Fue ordenado obispo y eligió como lema: “colaborador de la verdad”. Este lema le acompañará a lo largo de toda su vida episcopal hasta llegar a ser elegido Romano Pontífice.
9. Ratzinger vivió consagrado a la verdad y, por ello, sufrió lo que no está escrito. Él mismo nos cuenta en sus escritos, que durante los años que vivió junto a San Juan Pablo II como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, lo tenían como al nuevo inquisidor de la Iglesia, que se había quedado anclado en el pasado tridentino y que no había sido capaz de abrirse a la novedad del mundo actual y al espíritu del Concilio Vaticano II.
10. Los aportes teológicos de Ratzinger lo vemos en la presentación de la verdad del misterio de Dios, en la verdad del misterio del hombre y en la verdad del misterio de la Iglesia. Unimos, en este sentido, la teología, la cristología, la antropología y la eclesiología ratzingeriana, para mostrar a la Iglesia servidora de la verdad, en medio de un mundo donde la crisis de verdad se manifiesta de muchas maneras; fundamentalmente, en la negación de la existencia de Dios y en el relativismo antropológico.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Abreviaturas bíblicas

1 y 2Co	Corintios
1 y 2Cro	Crónicas
1, 2 y 3Jn	Juan
1 y 2R	Reyes
1 y 2S	Samuel
1 y 2Tes	Tesalonicenses
1 y 2Tm	Timoteo
Ap	Apocalipsis
Col	Colosenses
Dt	Deuteronomio
Ef	Efesios
Éx	Éxodo
Flp	Filipenses
Ga	Gálatas
Gn	Génesis
Hab	Habacuc
Hb	Hebreos
Is	Isaías
Jn	Juan
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Lc	Lucas
Lm	Lamentaciones
Mc	Marcos
Mt	Mateo
Ne	Nehemías
Os	Oseas
Rm	Romanos
Sal	Salmo
Sb	Sabiduría
St	Santiago
Tt	Tito
Za	Zacarías

Abreviaturas corrientes

a.C	Antes de Cristo
AT	Antiguo Testamento
Cf	Confróntese, véase
Col (s)	Columna (s)
d.C	Después de Cristo
DTNT	Diccionario Teológico del Nuevo Testamento
Dz	Dezinger, Magisterio de la Iglesia
ed.	Editor (s)
FC	Familiaris Consortio
FR	Fides et Ratio
GS	Gaudium et Spes
LG	Lumen Gentium
LXX	La Septuaginta
NTDB	Nuevo Diccionario de Teología Bíblica
NT	Nuevo Testamento
P.e.	Por Ejemplo
RTL	Revista Teológica Limense
RCB	Revista Cuaderno de Bioética
Ss	Siguiente (s)
ST	Scripta Theologica
VTB	Vocabulario de Teología Bíblica

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES:

1. RATZINGER, J., *La sal de la Tierra: Quién es y cómo piensa Benedicto XVI*, Traducción de Carla Arregui Núñez, 11º ed., Palabra, Madrid 2006.
2. ____, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, Traducción de Jesús Aguirre, Ed. II, Encuentro, Madrid 2006.
3. ____, *Ser cristiano en la era neopagana*, Edición e introducción de José Luis Restán, 2ª ed., Encuentro, Madrid 2006.
4. ____, *Mi vida*, Traducción de Carlos d'Ors Führer, 1º ed. Encuentro, Madrid 2006.
5. ____, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, San Pablo, Madrid 2005.
6. ____, *Verdad, Valor, Poder: Piedras de toque de la sociedad pluralista*, 4ª ed., RIALP, Madrid 2005.
7. ____, *Introducción al cristianismo*, Traducción de José Luis Domínguez Villar, Sigueme, Salamanca 2002.
8. ____, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Traducción de Daniel Ruiz Bueno, 1ª ed., 3ª reimpresión, Herder, Barcelona 2005.
9. ____, *Al servicio del Evangelio: Meditaciones sobre el sacerdocio en la Iglesia*, 1ª ed. Vida y Espiritualidad, Lima 2003.
10. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Espíritu de la Liturgia: Una introducción*, Traducción de Raquel Canas, 4ª ed., Cristiandad, Madrid 2007.
11. ____, *Obras completas: Comprensión de la revelación y teología de la historia de San Buenaventura*, vol. II, BAC, Madrid 2015.
12. ____, *Obras Completas: Teología de la Liturgia*, vol. XI, BAC, Madrid 2012.
13. ____, *El Espíritu Santo en Pentecostés*, Traducción de María Xesús Bello Rivas, Palabra, Madrid 2013.
14. ____, *Luz del mundo: El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*, Traducción de Roberto H. Bernet, Herder, Barcelona 2010.
15. ____, *Los Padres de la Iglesia*, vol. I, Traducción de librería Editrice Vaticana, 3ª ed., Ciudad Nueva, Madrid 2009.
16. ____, *Los Padres de la Iglesia*, vol. II, Traducción de Librería Editrice Vaticana, 3ª ed., Ciudad Nueva, Madrid 2010.
17. ____, *La infancia de Jesús*, Traducción de J. Fernando Del Río, Planeta, New York 2012.

18. ___, *La Belleza, la Iglesia*, Traducción de Carmen Salgado, 4ª ed., Encuentro, Madrid 2012.
19. ___, *Jesús de Nazaret: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Traducción de J. Fernando del Río, Segunda Parte, Encuentro, Madrid 2011.
20. ___, *El Elogio de la Conciencia. La Verdad interroga al Corazón*, Traducción de José Ramón López Arangüena, 2º ed., Palabra, Madrid 2010.
21. ___, *Jesús de Nazaret*, Traducción de Carmen Bas Álvarez, 1ª ed., Doubleday, New York 2007.
22. ___, *Dios y el Mundo: Creer y vivir en nuestra época*, Traducido por Rosa Pilar Blanco, Círculo de Lectores, Madrid 2005.

ESTUDIOS:

23. ALONSO GONZALEZ, J.L., *Jesucristo Hijo de Dios y Salvador*, Encuentro, Madrid 2005.
24. BARDAZZI, M., *De Joseph Ratzinger a Benedicto XVI*, Encuentro, Madrid 2006.
25. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre la Familia*, Palabra, Madrid 2013.
26. ___, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, 2ª ed., Palabra, Madrid 2011.
27. ___, *Joseph Ratzinger: Vid y teología*, RIALP, Madrid 2006.
28. ___, *Joseph Ratzinger: Razón y Cristianismo*, RIALP, Madrid 2005.
29. VON CAMPENHAUSEN, Hans: *Los Padres de la Iglesia: Padres latinos*; vol. II, Traducción de A. Martínez de Lapera, Madrid, Cristiandad, 2001.
30. DERVILLE, G., *Amor y desamor: La pureza liberadora*, Traducción de Mercedes Villar, RIALP, Madrid 2015.
31. ESPINOSA, J.J. (Dir.), *El don de la verdad: sobre la vocación eclesial del teólogo*, Traducción de Pedro Antonio Urbina, 3ª ed., Palabra, Madrid 2005.
32. ___, *Declaración «Dominus Iesus»*, Traducción de L'Osservatore Romano en español, Palabra, Madrid 2002.
33. ___, *El misterio de la Iglesia y la Iglesia como comunión*, Traducción de Pedro Antonio Urbina, 3ª Ed., Palabra, Madrid 1995.
34. ___, *La meditación cristiana*, Traducción de Miguel Ángel García, Palabra, Madrid 1994.
35. GIRARDI, G., *La Túnica Rasgada: la identidad cristiana, hoy, entre liberación y restauración*, Traducción de Rufino Velasco, Sal Terrae, Santander 1991.
36. GÓMEZ DE PEDRO, M.E., *Libertad en Ratzinger: Riesgo y tarea*, Encuentro, Madrid 2014.
37. GUARDINI, R., *El espíritu de la liturgia*; 2ª ed., 1ª Reimpresión, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2006.

38. GUTIÉRREZ ROBLES, A., *La Hermenéutica Analógica: hacia un nuevo orden de racionalidad*, Plaza y Valores, México 2000.
39. LORDA, J.L., *Avanzar en Teología: Presupuestos y avances del trabajo teológico*, Palabra, Madrid 1999.
40. MADRIGAL, S., *El pensamiento de Joseph Ratzinger*, San Pablo, Madrid 2009.
41. MIRES, F., *El pensamiento de Benedicto XVI (Joseph Ratzinger)*, LOM, Santiago 2006.
42. NICHOLS, Aidan: *The thought of Pope Benedict XVI: An introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, Burns & Oates, New York 2007.
43. PIZZUL, M.E., *La formación humanística, fin esencial de la universidad*, FASTA, Buenos Aires 2013.
44. POLO, Leonardo: *Introducción a la Filosofía*, 3ª ed., EUNSA, Navarra 2002.
45. RATZINGER, J. - HABERMAS, Jürgen: *Dialéctica de la secularización. Sobre la razón y la religión*, Traducción de Pablo Largo, 4ª Ed. Encuentro, Madrid 2006.
46. RATZINGER, J. - MESSORI, V., *Informe sobre la fe*, Traducción de Legaza, Bartolomé Perea y Gonzalo Haya, 2º ed., BAC, Madrid 1985.
47. SÁNCHEZ ROJAS, G., *Benedicto XVI. Un Papa en diálogo*, 1ª ed., Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, Lima 2016.
48. ____, *Renovación en continuidad. A los 50 años del Vaticano II*, 1ª ed., Facultad de teología Pontificia y Civil de Lima, Lima 2015, 101-102.
49. SEEWALD, Peter: *Una Vida para la Iglesia: Benedicto XVI*; Traducción de José María Navalpotro, 2ª ed., Palabra, Madrid 2007.
50. SILVESTRE VALOR, Juan José: *Con la mirada Puesta en Dios: Redescubriendo la Liturgia con Benedicto XVI*; 1ª ed., Palabra, Madrid 2014.

DOCUMENTOS MAGISTERIALES

51. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. Edición bilingüe patrocinada por la Conferencia Episcopal Española. Presentada por Ángel Suquía Goicochea; Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1993.
52. SS. JUAN PABLO II: Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* (1981), nº 5. En: Guía de lectura y estudio de Hernando Sebá López. 1ª Ed. Bogotá, San Pablo, 2009.
53. DEZINGER, *El Magisterio de la Iglesia, Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres*, Herder, Barcelona, 1963

DICCIONARIOS

54. L. COENEN - E. BEYREUTHER - H. BIETENHARD, ed., *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, IV, Sígueme, Salamanca 1994.
55. X. LEÓN-DUFOUR, ed., *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1972.
56. P. ROSANO, G. RAVASI, A. GIRLANDA, ed., *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Paulinas, Madrid 1990.

ARTÍCULOS DE REVISTAS

57. BLANCO SARTO, P., «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», *ST* 44 (2012), 273-303.
58. ____, «¿Qué es la teología? Vida y teología en Joseph Ratzinger», *RTL* 44, (2010), 321-360.
59. ESLAVA, E., «La razón mutilada. Ciencia, razón y fe en el pensamiento de Joseph Ratzinger», *ST* 39 (2007), 829-851.
60. MARTINEZ-CARBONELL LÓPEZ, A., «Argumentos Bioéticos en el pensamiento de Joseph Ratzinger», *RCB* 25 (2014), 221-229.
61. MANCINI, H., «El esplendor de la verdad para un científico cristiano», *ST* 39 (2007), 495-527.
62. MATEO-SECO, L.F., «El largo camino interior de Joseph Ratzinger», *ST* 45 (2013), 697-715.
63. MOROS, E., «La importancia de la verdad. Análisis de siete obras recientes sobre la verdad», *ST* 39 (2007), 889-910.
64. RATZINGER, *COMMUNIO: Un programa teológico y eclesial*; Encuentro, Madrid 2013.
65. ROSSEL DE ALMEIDA, C., «Benedicto XVI, el Papa de la fe», *RTL* 47 (2013), 5-24.
66. SÁNCHEZ ROJAS, G., «Un legado doctrinal para el siglo XXI: El magisterio de Benedicto XVI» (Primera parte), *RTL* 47 (2013), 25-54.
67. ____, «Un legado doctrinal para el siglo XXI: El magisterio de Benedicto XVI» (Segunda parte), *RTL* 47 (2013), 353-386.
68. ____, «La enseñanza de Benedicto XVI y la hermenéutica de la reforma. Una aproximación», *RTL* 44 (2010), 299-320.
69. ____, «La cultura en la enseñanza de Benedicto XVI» *RTL* 43 (2009), 339-362.
70. SCHALLER, C., «La Eclesiología del Concilio Vaticano II en los escritos de Joseph Ratzinger», *ST* 46 (2014), 677-691.
71. TANZELLA-NITTI, G., «La unidad de la verdad en el acceso a Dios: Ciencia, razón y fe», *ST* 41 (2009), 409-424.

SAGRADAS ESCRITURAS

72. BIBLIA DE JERUSALÉN (Nueva edición revisada y aumentada), Desclée de Brouwer, Bilbao 1998.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
PARTE I:	
PERSPECTIVA HISTÓRICA	9
CAPÍTULO I:	
APROXIMACIÓN LINGÜÍSTICA, FILOSÓFICA Y BÍBLICA	10
1. Pensamiento filosófico griego	10
1.1 El concepto de verdad	10
1.2 Verdad y religión	12
1.3 Verdad y realidad	13
1.4 El hombre y la verdad	14
1.5 La cuestión de la única verdad y la participación en el único ser	16
1.6 La verdad de lado de lo divino	17
2. En la Sagrada Escritura	19
2.1 Algunas consideraciones preliminares	19
2.2 La verdad en el Antiguo Testamento	21
2.2.1 La raíz básica 'mn ('amen)	22
2.2.2 Los sustantivos 'emúnáh y 'emet	23
2.2.3 La definición de 'Emet	23
2.3 La verdad en el Nuevo Testamento	25
2.3.1 El servicio a la verdad en los Evangelios Sinópticos	25
2.3.2 La teología Paulina al servicio de la verdad	33
2.3.3 El corpus joane al servicio de la verdad	36
CAPÍTULO II:	
LOS PADRES, LA ESCOLÁSTICA Y LA MODERNIDAD	45
1. Los Padres de la Iglesia, servidores de la verdad	45
2. La verdad en la Escolástica	50
3. La consideración de la verdad en el pensamiento moderno	52
PARTE II:	
SITUACIÓN ACTUAL: EN EL MUNDO HAY CRISIS DE VERDAD	57
CAPÍTULO I:	
RATZINGER Y LA IGLESIA ANTE LA CRISIS DE VERDAD	58
1. Ratzinger y la crisis de verdad	58
2. La Iglesia, servidora de la verdad, y dictadura del relativismo	61
2.1 La Iglesia ¿debe cambiar?	62
2.2 Una Iglesia del pueblo -acéfala	64
2.3 La verdad en manos del Soberano	66

2.4 Dogmatismo del relativismo	68
CAPÍTULO II:	
CIENCIA, RAZÓN Y FE	70
1. Fragmentación del conocimiento y de la verdad	70
1.1 Ciencia y metafísica	70
1.2 ¿Una ruptura histórica insalvable?	71
2. Infravaloración del saber filosófico y absolutización de la razón práctica	73
2.1 La razón se aparta de la fe	73
2.2 Abandono de la filosofía	75
2.3 La absolutización de la razón lleva al ateísmo	76
2.4 El hombre, capaz de verdad	79
2.5 Las ideologías y la verdad	79
2.6 Ciencia y progreso	81
CAPÍTULO III:	
VERDAD Y PLURALISMO TEOLÓGICO-RELIGIOSOS	83
1. La Iglesia ante el pluralismo teológico-religioso	83
1.1 El pluralismo como subjetivismo teológico	84
1.2 Pluralismo religioso y Dios verdadero	85
1.3 Monoteísmo y politeísmo	87
1.4 Pluralismo y verdad	87
2. El peligro fideísta y la verdad de la fe	88
PARTE III:	
APORTE TEOLÓGICO DE JOSEPH RATZINGER Y TAREA ACTUAL	
CAPÍTULO I:	
EL VERBO ENCARNADO REVELA LA VERDAD DE DIOS	92
1. La verdad sobre el Verbo Encarnado	92
2. La verdad sobre el Misterio de Dios	98
CAPÍTULO II:	
LA VERDAD SOBRE EL HOMBRE Y LA CREACIÓN ANTE LA IDEOLOGÍA DE GÉNERO	102
1. Creado por amor y con una identidad	102
2. Varón y mujer son complementarios	105
3. La familia querida por Dios	108
4. El don de la Vida	110
5. El valor del cuerpo	114
6. La homosexualidad	115
7. La ideología de género y la conciencia humana	116
8. La ecología al servicio de la verdad	117
9. La ideología de género y las decisiones políticas	119
CAPÍTULO III:	
LA VERDAD SOBRE LA IGLESIA	120
1. ¿Qué es la Iglesia?	120
2. Las notas de la Iglesia	122
2.1 La santidad de la Iglesia	122
2.2 La unidad de la Iglesia	122
2.3 La apostolicidad de la Iglesia	125
2.4 La catolicidad de la Iglesia	126

3. La sacramentalidad de la Iglesia	127
4. Las categorías de pueblo de Dios y cuerpo de Cristo	129
5. La Iglesia es infalible	129
6. La Iglesia y la política	130
7. Una verdadera reforma	131
CONCLUSIONES	133
SIGLAS Y ABREVIATURAS	135
BIBLIOGRAFÍA	137